

AYUNTAMIENTO DE MADRID

REVISTA
DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO



AÑO VII.—JULIO, 1930.—NÚMERO XXVII

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

DIRECTOR: MANUEL MACHADO

Redactor Jefe: A. MILLARES CARLO. Secretario: JOSÉ RINCÓN LAZCANO

Administrador: ANGEL ANDARIAS

SUMARIO

NARCISO ALONSO CORTÉS.—*Narciso Serra*.

RAFAEL ALVAREZ.—*Una bella fortaleza madrileña: El Castillo del Real de Manzanares*.

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA.—*Un breve de Pío VI referente a «La Florida» y traducido por Moratín*.

VARIEDADES: AMALIO HUARTE: *La proclamación del archiduque en Madrid en 1706*.—VALENTÍN DORADO DELLMANS: *El duque de Rivas, madrileño*.

RESEÑAS: González de Amezúa y Mayo, Agustín.—*Formación y elementos de la novela cortesana* (JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA).—*Altamira, Rafael*.—*Temas de Historia de España* (J. DELEITO Y PIÑUELA).—*Mayer, Augusto L.*—*El estilo gótico en España* (S. DE R.).—*Pérez Dionisio (Post-Thebussem)*.—*Gula del buen comer español* (J. DELEITO Y PIÑUELA).—*Navarro, José Gabriel*.—*La escultura en el Ecuador* (A. GARCÍA BELLIDO).—*André, Marius*.—*Cantares* (M. NÚÑEZ DE ARENAS).—*Subirá, José*.—*La participación musical en el antiguo teatro español* (M. M.).—*Gallego Burín, Antonio*.—*Pedro de Mena y el misticismo español* (S. DE R.).—*Artigas Ferrando, Miguel y Sáinz Rodríguez, Pedro*.—*Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo* (JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA).—*Colección de pliegos sueltos, agora de nuevos sacados, recogidos y anotados por Vicente Castañeda y Amalio Huarte* (M. NÚÑEZ DE ARENAS).—*Carayon, Marcel*.—*Maîtres des littératures: Lope de Vega* (M. NÚÑEZ DE ARENAS).—*Markoff, Alexis*.—*Historia de Rusia* (S. DE R.).

NOTICIA.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA.

Esta REVISTA se publicará cada tres meses

La correspondencia literaria y administrativa debe dirigirse a la Biblioteca Municipal, plaza del Dos de Mayo, 2, Madrid.

Las suscripciones se pagarán por adelantado y por giro postal, sobre monedero o letra de fácil cobro las de provincias y extranjero.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, un año.....	10 pesetas.
Provincias, Portugal, países Hispanoamericanos y EE. UU. del Norte, un año.....	12 —
Demás países, un año.....	14 —

Número suelto, 3 pesetas.

No se admite más colaboración que la solicitada. No se devuelven los originales que se remitan.

REVISTA

DE LA

BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

AÑO VII

JULIO, 1930

NÚMERO 27

NARCISO SERRA

Algunos biógrafos de Narciso Serra dicen que el padre de éste fué médico. Sin embargo, véase lo que escribe D. Julio Nombela en su libro *Impresiones y recuerdos*: «Narciso Serra, de quien los que admiraban el talento y asombrosa facilidad para versificar decían que era hijo natural del general Ros de Olano, me había dado muestras de afecto en varias ocasiones... Vivía entonces en la calle del Carmen con su madre, una buena señora, de cuyo lado no se apartó durante su vida y a la que quería entrañablemente. Si lo que se murmuraba acerca del origen del poeta militar era cierto, con sus virtudes, su recogimiento, su conducta ejemplar y el amor que profesó a su hijo se hizo acreedora aquella santa mujer a la estimación y el respeto de todo el mundo. En su compañía habitaba un hermano suyo, distinguido médico, hombre recto, bondadoso, que fué siempre para su sobrino un verdadero padre y un cariñoso amparador de su hermana» (1).

Madrileños viejos que conocieron a Serra están en esta misma creencia y tienen idéntica opinión respecto a la madre del poeta, en cuanto a bondad y conducta ejemplar. Doña Carlota, que así se llamaba, estaba de doncella o ama de gobierno en casa de D. Natalio Carriquiri, a quien, por cierto, Ros de Olano dedicó *El diablo las carga*, Miguel de los Santos Alvarez, *La protección de un sastre*, y Serra, *El bien tardío* (2).

Qualis pater, talis filius.—El general Ros de Olano fué una de las figuras más interesantes del siglo xix, ya se le mire en el aspecto militar, ya

(1) *Impresiones y recuerdos*, tomo II; pág. 102.

(2) A continuación puede leerse la partida de bautismo del poeta:

«D. Leocadio Lobo, Canónigo, Doctor en Derecho Canónico y Coadjutor primero de la Parroquia de S. Ginés de Madrid.—CERTIFICO: Que en el libro cuarenta y nueve de Bautismo, al folio doscientos catorce vuelto, se halla la siguiente

PARTIDA: En la Villa de Madrid, a veinte y cuatro días del mes de Febrero, año de mil ochocientos treinta.—En la Iglesia Parroquial de S. Ginés. Yo, Dn. Pedro Fernández, Teniente Cura de la misma, Bauticé solemnemente a Narciso Matías, hijo de Dn. Alejandro Sáenz Díez,

en el literario. De su vida militar y política pueden encontrarse abundantes datos en los libros de Barado, Chamorro, Carrasco, Angel M. Segovia, etc.; pero, su personalidad literaria aún está por estudiar. Menéndez Pelayo, en su *Historia de la poesía hispanoamericana*, le dedicó párrafos breves, pero, como suyos, de una exactitud perfecta. «Ros de Olano — escribe, entre otras cosas — pertenecía a aquella clase de escritores que son naturalmente afectados, no por moda literaria, sino por lo tortuoso y enmarañado de sus concepciones acerca del arte y de la vida. Rara vez, sobre todo en prosa, decía las cosas que todo el mundo, o las decía de la misma manera; pero consiste en que tenía un peculiar modo de ver y sentir, el cual fielmente se reflejaba en su estilo. Podrá agradar más o menos; pero es cierto que hace pensar, que interesa por la extrañeza y que no se parece a otro escritor alguno de los nuestros, aunque sí a Richter, a Hoffman y a Edgar Poe entre los extraños. Su ardiente amor a la naturaleza se trueca en vértigo panteísta; su idealismo, en visión cataléptica; su sensibilidad, en punzante neurosis.»

Por estas palabras se comprenderá que Ros de Olano podría tener de todo menos de vulgar. Su originalidad es tan suya, que no hay ningún otro escritor que se le parezca. Yo ni siquiera le encuentro semejanza con los tres humoristas citados por Menéndez Pelayo. El lector, ante él, acaba por desconcertarse. No sabe si aquello está escrito en serio o si es un caprichoso embolismo. Tan pronto halla conceptos de honda sugerencia, como tropieza con desplantes infantiles. Análogamente el estilo — que a veces parece sufrir la influencia de Estébanez Calderón — culebrea y ondula entre arcaicos tonos y violentos contrastes. A veces se desborda en impetuosa facundia; a veces se recoge hosco y reconcentrado. Alarcón comparó a Ros de Olano con el Greco, y en diferentes puntos de vista la comparación es acertada.

Pero todo ello ciertamente es natural en Ros de Olano, efecto de su misma singularidad mental. Acaso intentó ser humorista por imitación de Miguel de los Santos Alvarez, y se encontró en su propio terreno y envolvió sus ideas en informes visiones, *velut aegri somnia*. Parece a veces que son exactas, con relación a su propia persona, estas palabras que dice el héroe de su novela *El doctor Lañuela*: «Indudablemente estoy enfermo;

natural de Torrecilla de Cameros, Obispado de Calahorra, de edad de cuarenta y cinco años, del Comercio, y de doña Carlota Serra, natural de esta Corte y parroquia de S. Martín, de edad de veinte y cuatro años; y que sus Abuelos paternos eran Dn. Bernabé Sáenz Díez y D.^a María Urbana Sáenz López, naturales del dicho Torrecilla, y los maternos Dn. Juan Serra, natural de Cardona, Obispado de Solsona, y D.^a Narcisca Ortega, natural de Villarejo Sobre Huerta, Obispado de Cuenca. Fueron padrinos su abuela materna y Dn. José Serra, su tío, que viven en la calle de la Flora, n.º 6, a quienes advertí sus obligaciones, y lo firmé. — Dr. Pedro Fernández. — Rubricado. Concuerdar con su original, a que me remito. San Ginés de Madrid, a veinticuatro de enero de mil novecientos treinta.»

Se observará que en esta partida no se dice, como es corriente en esta clase de documentos, que el bautizado fuese hijo legítimo, ni que los padres fuesen cónyuges. Si, como parece, la versión de Nombela es cierta, Serra fué bautizado, no como hijo de Ros de Olano — que por unas u otras razones rehusaría dar su nombre —, sino de un padre supuesto.

es mi cerebro una rueda dentada en incesante movimiento que coge una idea para darle vueltas, y de la generación de la idea fundamental saca y engrana otra, y de ésta deduce otra, y luego otras tras otras, y después más; y así va engranando las ideas de las ideas, de abstracción en abstracción hacia lo vago, lo indefinible, lo impenetrable al hombre, hasta que el dolor me llama a la vida física, y hallo que el dolor es bálsamo que acude, socorre y alivia el espíritu. El espíritu, postrado, se reclina entonces entre las mónadas..., allá en la niebla de las ideas en germen; la razón le dice que duerma, pero la imaginación le hace gestos a un mismo tiempo feos y hermosos, siempre horribles, y la memoria le dice disparates ridículos con voces exóticas. Cuando yo consultaba médicos díjome un hombre formal: «Esos son los nervios; piense usted menos y ande usted más»; a lo que me quedaba bobo como el que oyó respuesta de augur. Y dí luego en andar pensando lo que fuera no pensar, tanto que a poco más me vuelvo loco.»

En su vida militar y política Ros de Olano reflejó estas mismas cualidades. Basta recorrer las interesantes *Memorias íntimas* del general don Fernando Fernández de Córdova — que le trata con particular afecto — para ver los infinitos asuntos, grandes y chicos, en que tuvo intervención, y siempre con igual pujanza y vehemencia. Nacido en 9 de noviembre de 1808 en la ciudad Mariana de Caracas (Venezuela), donde su padre, catalán, era coronel de Infantería, vino a España en 1816, y diez años más tarde entró a servir en el ejército como alférez. En 1832, por figurar entre los liberales sospechosos, sufrió un proceso. En 1834 pasó a campaña e hizo la guerra civil hasta su terminación. Tomó parte en más de treinta combates, algunos muy gloriosos. Al terminar la guerra fué elegido diputado a Cortes.

En 1854 fué uno de los «doce hombres de corazón» que iniciaron el movimiento revolucionario, bien que dos años más tarde preparase la contrarrevolución y el desarme de la Milicia Nacional. Fué uno de los héroes de la guerra de Africa (1859-1860), donde mandó el tercer cuerpo del ejército. En la revolución de 1868 tomó parte muy activa. Murió en 1887. A más de los altos cargos que desempeñó en el ejército, Ros de Olano fué ministro de Fomento y poseyó los títulos de conde de Almina y marqués de Guad-el-Jelú. Por ser memorable en todo, lo fué hasta con la invención del «ros», que de él tomó su nombre.

Ya en 1834 escribió Ros de Olano, en colaboración con Espronceda, una comedia titulada *Ni el tío ni el sobrino*, estrenada en el teatro de la Cruz, y de la que *Figaro* habló con alguna dureza. Su siguiente obra fué de muy distinta índole: *Observaciones sobre el carácter militar y político de la guerra del Norte* (1836). Hasta cuatro años más tarde no publicó su primera novela, casi a la vez que aparecía, con un prólogo suyo, *El Diablo Mundo*, de Espronceda, y ambas cosas dieron rápidamente mayor relieve a su personalidad literaria.

El prólogo de *El Diablo Mundo* dió mucho que hablar, no sólo por su impetuosa verbosidad, sino por su hiperbólico elogio de Espronceda. Empezaba Ros de Olano por seguir la trayectoria del genio a través de las

edades, desde Homero y Virgilio hasta Byron y Chateaubriand, pasando por Dante y Shakespeare, y decía después: «El joven D. José de Espronceda se levanta con la osadía del genio, para escalar a donde nadie se ha atrevido a mirar de hito en hito sin confundirse». Y hacía un examen del poema tan detenido como abundante en observaciones singulares.

En cuanto a la novela, era la titulada *El diablo las carga*, «cuadros de costumbres, año de mil ochocientos treinta y tantos.» No es precisamente una novela enigmática, pero sí de proceso insólito y contradictorio. Hay un personaje, Gustavo, no poco incomprensible, ya que después de favorecer los amores de un íntimo amigo, Fernando, le pone bajo la pistola del ofendido esposo.

Muy distinta es *El doctor Lañuela*, publicada veintitrés años después, en 1863. A raíz de su publicación, D. Cándido Necedal —que es, según parece, el *Cándido* a quien José, protagonista de la novela, dirige su relato—, dijo así en un artículo de *La España*: «De tu libro dirán algunos, o muchos, que no se entiende, lo cual quiere decir que no lo entienden ellos. Si ellos lo entendieran no valdría el libro lo que vale.» D. Pedro Antonio de Alarcón, refiriéndose a *El doctor Lañuela* y otras obras de Ros de Olano, dijo: «A la verdad todavía no se sabe si él quiere o no quiere que el lector las entienda. Lo que nosotros tenemos averiguado es que desprecia al que no las entiende y que se enoja con los que se dan por entendidos. Hay, pues, que oír y callar o que demostrar por señas, no con explicaciones, que aquellas excentricidades tienen mucha sustancia, como es indudable que la tienen...» D. José Navarrete interpreta así *El doctor Lañuela*: «Presumo yo que el ilustre general ha simbolizado en *Luz* el término que de los tres, Inteligencia, Espíritu y Materia falta a la humanidad en todo, en religión inclusive, y quizá, y aun sin quizá, en religión principalmente para su Redención: el Espíritu.» Y Menéndez Pelayo habla de *El doctor Lañuela* como una «especie de logogrifo filosófico que hasta ahora no ha sido totalmente descifrado por nadie».

La verdad es que por mucho que se aguce el entendimiento no hay modo de desenmarañar los simbolismos y tesis de *El doctor Lañuela*. En la misma duda nos deja el prólogo que lleva el libro, compuesto en estilo fácil, disertado y nada vulgar, afínísimo al de Ros de Olano, por D. Manuel Ascensión Berzosa, ministro togado que fué en el Tribunal Supremo de Guerra y Marina. Si acaso, nos sume en mayores cavilaciones cuando explica la significación de los personajes o nos dice «que desde las primeras páginas se vislumbra que es un libro abierto a cincel sobre las entrañas palpitantes de la víctima».

Más grave es lo que ocurre con los cuentos de Ros de Olano. En *El Iris* (1841), publicó uno titulado *El ánima de mi madre*, donde todavía se mantiene en límites muy comedidos. En *La Ilustración* (1852) publicó otro bajo el título de *El escribano Martín Peláez, su parienta y el mozo Catnez*, al terminar el cual el lector, estupefacto, trata en vano de explicarse lo que el cuentista se ha propuesto. Y nada digamos de los que andando el tiempo

dió al público en la *Revista de España*, como *Historia verdadera o cuento estrambótico*, *Maese Cornelio Tácito*, *Jornadas de retorno escritas por un aparecido* y *Al tiro de Benito*. Para descanso de tanta alucinación, de vez en cuando aparece alguna cosa más apacible y tranquila, como *El maestro Malaguilla*, curioso artículo sobre anécdotas de Espronceda, Narváez, Ríos Rosas, etc.

Otra cosa son los *Episodios militares* que publicó en *El Pensamiento*, en la *Revista de España* y en otros periódicos y luego coleccionó, a lo menos parcialmente, en un tomo (1884). No es que Ros de Olano abandone en ellos totalmente sus abstrusas divagaciones; pero alguno de ellos es de tanta intensidad dramática como el titulado *¡Adiós, mundo!*, y todos abundan en briosos trazos descriptivos.

Como poeta, Ros de Olano ofrece rasgos y cualidades que le dan también fisonomía propia. De principio fué poeta a no dudar, y cuantas fantasías e idealizaciones vagaron por todas sus obras, producto fueron de aquella imaginación que obedecía al *Pierius menti calor incidit*. No es que sus estrofas sean modelo de plasticidad escultórica —bellas las tiene, a la verdad—; mas es que todas están inflamadas de la virtualidad poética. Muchos de sus sonetos son perfectos, como los de *En la soledad*, el de *El simoín* y este otro, *Regalando una botella de vino añejo*:

«De esta que envió, anciana generosa,
frágil tapada, indúbita doncella,
cuanto de más edad, mucho más bella,
rival temible a la mujer hermosa,

no queda en el origen ni aun la hojosa
vid de que fué racimo y es botella.

¿Quiso el deleite hasta saciarse en ella
tenerla en claustro por gozarla añosa?

Profana, amigo, su recinto escaso,
que a sensual naturaleza plugo
en breves bordes provocar a exceso...

La boca femenina es chico vaso,
y allí embriaga el amoroso jugo
que vierte el labio al recibir un beso.»

No menos bellos suelen ser sus romances, como el titulado *Las playeras*, los que integran el *Lenguaje de las estaciones* —y especialmente los de *En la primavera*, dechado de primores descriptivos— y el muy conocido de *Sin el hijo*, rebotante de ternura. ¿Quién diría que su autor es el mismo que escribió los *Cuentos estrambóticos*, de marmórea frialdad, y los *Episodios militares*, encuadrados en la perspectiva de un espectador impasible?

Bien merece Ros de Olano un estudio detenido. La complejidad de su espíritu no es de las que pueden despejarse en un somero examen.

Varios amigos y admiradores de Narciso Serra describen pintorescamente la figura de éste, cosa que permite reconstruirla con facilidad. Todos afirman que Serra, en su juventud, fué «un militar alegre, borrascoso, adán», y que, «ídolo de la juventud atolondrada, versificador de café y gran trasnochador, nadie le buscaba en los salones, Bibliotecas ni Ateneos, sino en las casas de juego, en los cuerpos de guardia, fondas y bastidores de teatros».

De niño recitó ya versos en el Liceo. Intentó —o intentaron los suyos que intentara— seguir la carrera en el Colegio General Militar, pero con resultado negativo. Desde los diez y ocho años empezó a escribir para el teatro, y con tan favorable éxito como el que le proporcionaron las comedias *Mi mamá* y *La boda de Quevedo*. Ya por entonces dió comienzo a su vida de bohemio. Para atender a los gastos a ella consiguientes llegó a escribir aleluyas y romances para los ciegos. «Un impresor que vivía en la plaza de la Cebada —dice Zamora Caballero—, y que ganó bastantes miles de duros editando la *Vida de don Perlimplín* o las aventuras de *Jaime el Barbudo*, daba cinco pesetas por la propiedad de cada una de estas composiciones, y si hubiese comprado todas las que Serra podía escribir seguramente no hubiese tenido dinero con que pagarlas. Muchas veces entraba el joven principiante en algún café de tercer orden donde era conocido, pedía papel y tintero, y mientras le preparaban el *befsteak*, que le servía de almuerzo o de cena, llenaba de versos diez o doce cuartillas. El mismo mozo se encargaba de llevarlas al impresor, y cuando volvía con su duro se cobraba el importe del consumo, y entregaba a Serra los doce o catorce reales que sobraban. De cien veces noventa y nueve, aquellas tres pesetas se quedaban en el garito más próximo.»

No contento con eso, de buenas a primeras se constituyó en director de una compañía de cómicos de la legua. Con ella hizo algunas excursiones fuera de Madrid, y por último actuó durante una temporada breve en el teatro del Instituto, situado en la calle de las Urosas. Parece que fué un actor bastante malo, a lo cual, como observaba Fernández Bremón, contribuiría su sordera; pero también allí halló ocasión de lucir su ingenio. «Representaba una noche —dice el biógrafo antes citado— la pieza final, y como la función había sido muy larga, muchos espectadores empezaban a abandonar el teatro antes de que terminase. Al ver esto Serra, que se hallaba en escena, exclama dirigiéndose al público:

«¿Se van ustedes, señores?
Es muy tarde y no me asusta...
Pero a ninguno le gusta
hablar con los bastidores.»

Acercóse la revolución de 1854. El Gobierno, presidido por el conde de San Luis, cometía toda clase de tropelías, y la opinión liberal clamaba desesperada contra ellas. El día 28 de junio los generales, jefes y coroneles

sublevados enviaron a la reina desde Alcalá una exposición en que acusaban a los ministros de concusionarios y dilapidadores, diciendo que no habían concedido «ninguna línea de ferrocarril sin percibir antes alguna crecida subvención, ni despachado ningún expediente sin haber tomado para sí alguna suma, habiendo vendido hasta los destinos públicos de la manera más vergonzosa». Después de esto y de otras cosas interesantes que el lector curioso puede ver en todos los libros que tratan del asunto, y especialmente en la *Memoria sobre los sucesos de julio de 1854*, del general Fernández de Córdova; en *La revolución de julio de 1854*, de D. Cristino Martos, y en el igualmente titulado de D. Andrés Borrego, sobrevino la batalla de Vicálvaro. Narciso Serra, pocas horas después del pronunciamiento del Campo de Guardias, se juntó a Ros de Olano — que tan activa parte tomaba en los sucesos —, y éste le presentó a O'Donnell. De la entrevista Serra salió hecho alférez de Caballería. Con Ros de Olano fué a Vicálvaro, y en la lucha — así a lo menos lo cuenta Eusebio Blasco — se portó como un valiente y sufrió serio accidente. «Herido — dice Blasco — y abandonado en unos trigos con su compañero Pastorfido, de quien era inseparable, pedía socorro en verso y se burlaba en verso de su suerte, echando sangre durante dos horas. «¡Narciso! — gritaba Pastorfido, herido también a poca distancia —, aquí vamos a quedar durante la noche, sin que nadie acuda a levantarnos.» Narciso contestaba:

«Reniego, amén, de mí estrella
de poeta y de soldado.
¡Gran batalla hemos ganado!
Tales «puntos» hubo en ella.»

Poco después fué ascendido a teniente e incorporado al regimiento de Borbón. Así pasaron ocho años, que fueron los más desarreglados de su vida. Solía andar «con su uniforme de capitán de Caballería, o manchado o desaseado; el tricornio, como él decía, a «media paga»; las botas sin lustre; falta la levita de botones; el cuello grasiento...» Pasaba largos ratos en el café Suizo, y se entretenía en llenar las mesas de versos satíricos contra la Milicia Nacional y contra Espartero mismo. Otras veces distraía sus horas en los amores fáciles o en tirar de la oreja a Jorge. Vivía con su amigo el autor Miguel Pastorfido — hay quien dice que las obras de éste procedían de pluma ajena —, y su vivienda, a lo que dicen quienes la conocieron, debía de ser sumamente pintoresca.

Infinitas son las anécdotas atribuidas a Narciso Serra. La más conocida de todas — y que tal vez refirió antes que nadie Julio Nombela en *El Correo de Ultramar* (1864) — es aquella de Francisco Camprodón. Tuvo Serra un juicio de conciliación con cierta empresa que había retirado del cartel una de sus obras, no obstante dar buenas entradas, y llevó como «hombre bueno» al autor de *Marina*. Este se sintió orador forense e hizo un discurso en que casi abogaba en pro de la parte contraria. Serra le dejó

terminar sin interrumpirle con un gesto ni con una palabra, y cuando hubo concluido se encaró con él y le dijo:

«Francisco, me has dado un palo
con ese discurso ameno.
¡Yo te traje de hombre bueno
y me has salido hombre malo!»

De otras cosas análogas dejemos hablar a Blasco:

«Sería interminable la relación de sus «obras sueltas». Obras sueltas llama un académico a las ocurrencias particulares de Serra. Los ocho o diez años que fué el poeta de la Zarzuela no cesó de decir cosas tales, que si se hubiesen reunido formarían hoy una colección inapreciable. ¿Se anunciaba una zarzuela de dos autores que a él no le parecían buenos y Caltañazor no trabajaba en ella? Pues Narciso, antes de que se levantara el telón, decía:

«Música de Cepeda,
letra de Ramos,
¿y no sale Vicente?
¡Frescos estamos!»

¿Se trataba de juzgar a un artista? Pues sin ofenderle le retrataba:

«Aunque hagas de emperador
en la obra más excelente,
¡tú siempre serás... Vicente!
¡Vicente Caltañazor!»

Le decía Reguera, empleado del teatro, que hiciese el favor de avisar a Oudrid para que subiese a la Dirección a última hora, y Serra, asomándose al cuarto de Caltañazor, donde estaba Oudrid, exclamaba sin pensarlo:

«Oudrid, me ha dicho Reguera
que al acabar la función
subas a la Dirección,
que en la Dirección te espera.»

Favorecido ya por el público, Serra escribió sin descanso para todos los teatros de Madrid, y en especial para el Circo, el Príncipe y la Zarzuela. Ni meditaba sus obras ni se cuidaba de pulirlas. Sus deberes militares, entretanto, habían de estar un poco desatendidos. Vióse de pronto trasladado de guarnición, y no halló mejor medio de evitar el cambio que pedir la licencia absoluta. La Unión Liberal le nombró entonces oficial del Ministerio de la Gobernación.

Disfrutando de su empleo se hallaba Serra y en el apogeo de su fama, cuando le sorprendió el ataque de parálisis que lentamente había de terminar con su vida. Tristemente hubo de arrastrarla durante diez y seis años hasta el fin de sus días. En 1864 el favor oficial le acudió, concediéndole el cargo de censor de teatros. Aun entonces Serra, que no había perdido totalmente su buen humor, tuvo ocasión de manifestarle alguna que otra vez, y de emplear en su labor censora ciertas normas originales. Prohibió por revolucionario un drama de García Gutiérrez, alegando que le parecía tanto más peligroso cuanto que estaba primorosamente escrito, y en cierta ocasión tuvo con el ministro un gran disgusto a consecuencia de haber puesto en cierta obra dramática el siguiente dictamen: «Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representación se autorice ni en que lleven a su autor a Leganés.»

El Gobierno revolucionario de 1868 suprimió la censura, y Serra cesó en su cargo. En 1873 *La Epoca* y *La Gaceta Popular* abrieron una suscripción para socorrer al autor de *¡Don Tomás!*, que produjo escaso resultado. Por su parte el ministro republicano D. Eleuterio Maisonnave le envió una credencial. Mas tarde, en 1877, el Casino de la Prensa rogó al conde de Toreno que viese de aliviar la situación de Serra, y aquel ministro le dió un destino de 20.000 reales en el Ministerio de Fomento.

El desdichado poeta pasó sus últimos años en una casa modesta de la calle de Segovia, número 26, segundo derecha. «Soportó su larga enfermedad —dice Zamora Caballero— con admirable entereza. Aquel hombre, que parecía frívolo y ligero, tenía un corazón sano y una profunda fe religiosa. Vivió largos años clavado en un sillón, asistido por su pobre madre y rodeado de un corto número de amigos.»

En 1876 publicó un libro titulado *Leyendas, cuentos y poesías* —reimpreso al año siguiente—, y en él se lamentaba de que los empresarios no admitieran sus obras, y llamaba al sentimiento de los lectores. «Pues ahora bien —decía—, la mano que aún no tengo impedida y que necesita dar de comer al cuerpo baldado, condena al silencio del olvido sus versos inútiles para el teatro y escribe y publica otros, para ver si éstos son admisibles en la lectura del gabinete.» Pena da oírle sus desgarradas lamentaciones:

«Pobre de mí que me quejo
y mis quejas lleva el aire,
y ni las siente ninguno
ni me las escucha nadie,
ni nadie me las responde
ni con nadie se comparten,
y con mis pesares vivo
y vivo de mis pesares.

Todo a mi redor tristeza,
todo mi presente afanes,
oigo sólo el susurrado
rezo de mi pobre madre...»

Murió Serra el día 26 de septiembre de 1877, a las doce de la mañana. Su entierro se efectuó en la tarde del 27 bajo una lluvia copiosísima, no obstante lo cual asistió numeroso acompañamiento, en que figuraban los más notables literatos y artistas. Zorrilla, que llevó una de las cintas del féretro, publicó días después una poesía dedicada al poeta muerto.

La figura de Serra, dicen los que le conocieron, era «el conjunto abotargado de tendero enriquecido en la venta de comestibles», y así lo confirman sus retratos. «Serra era un hombre de regular estatura, fornido, grueso, rubio, con ojos azules, vivos y penetrantes, calvo, descolorido, de rostro carnoso, ancho de hombros, «achaparrado», como suele decirse. Él aseguraba que de todo tenía figura menos de poeta, y decía verdad. Como Manuel del Palacio, más parecía un hombre de negocios que un escritor. Era, según expresión de Ventura de la Vega, un «militarucho» que llevaba dentro un gran poeta.»

Zamora Caballero añade: «No he conocido a nadie más ignorante que a Narciso Serra. Decía un progresista que llegó a ministro de Hacienda, que no había leído en su vida más que dos libros. Creo que Serra no había leído ninguno... Sus manuscritos eran la desesperación de los copiantes de teatro. No corregía nunca. Escribía unas veces en su casa, otras en la mesa de un café, muchas sobre las rodillas, con tinta o con lápiz, en cuartillas sueltas o en el primer papel que hallaba a mano. Iba numerando todas aquellas hojas sueltas, y un mamotreto que no bajaba de doscientas era el original de una comedia.»

* * *

Refiriéndose a las comedias de Narciso Serra, escribía lo siguiente Fernández Bremón:

«Hay autores cuyas obras se prestan al estudio, y a medida que el lector se engolfra en ellas sorprende bellezas inesperadas y va descubriendo poco a poco como la clave y la razón del ingenio del poeta. Lo que ganan con el estudio sus comedias, lo pierden, a mi juicio, las de Serra. Producto de una musa espontánea y sin cultivo, sucede con frecuencia que la reflexión y la lectura desvanecen ciertas impresiones favorables sentidas en la representación. Pero así como en las comedias discretas, razonadas, atildadas y casi libres de defectos falta lo principal, que es la inspiración, así también en las incorrectas, desiguales y poco meditadas de nuestro autor, se reconoce y distingue la mano del poeta.»

No puedo menos de corroborar esta opinión de Fernández Bremón, y, aunque lo lamente, he de reforzarla en el sentido más desfavorable para Serra. Acaso Fernández Bremón, encargado por los editores de *Autores dramáticos contemporáneos* de prologar el *¡Don Tomás!*, no se atrevió a ir más allá en sus apreciaciones; pero claramente se trasluce que la labor

dramática de Serra le merecía muy poca estima. Y en efecto, cuando se llega a conocer toda ella con detenimiento, la conclusión que se saque no puede ser otra (1).

Al leer una y otra comedia de Narciso Serra hasta el total conocimiento de su labor dramática, el desencanto no puede ser mayor. Espera uno ver confirmadas alguna vez las apreciaciones de la crítica, que le pone entre los mejores autores de su época, y la comprobación no llega nunca. Sólo cuatro o seis obras, que luego nombraremos, quedan a salvo de la calificación general.

Por otra parte, la versificación, que pudiera compensar de otros defectos, transcurre monótona y baja. La facilidad del poeta sólo puede apreciarse en que, a fuerza de serlo, llega a la vulgaridad. Alguna vez aparece tal cual tirada de versos sueltos y expresivos, por los cuales se deduce que la inspiración de Serra no era tan estéril como la obra de conjunto manifiesta.

Como es indudable que Serra tenía ciertas cualidades de poeta, y así lo patentizan esos fragmentos atildados, e igualmente sus ingeniosas imprevisiones, debemos suponer que la mediocridad de su obra obedece a la precipitación y desorden con que escribió. A trabajar con calma y meditación, es seguro que, aun sin elevarse a desmesuradas alturas, hubiese podido acercarse a su antecesor Bretón de los Herreros —a quien temerariamente se le ha comparado—, o a su sucesor Vital Aza.

Con algunas salvedades, no hay inconveniente en admitir las cuatro clases de comedias que Fernández Bremón distingue entre las de Serra. «Cuatro elementos —dice— informan su irregular, pero interesantísimo teatro: la lectura de nuestros dramáticos antiguos, que le inspiró obras como *La calle de la Montera*, cuyo primer acto es tan bello y lozano, que si los otros dos correspondiesen a su gallarda exposición, no hubiese come-

(1) Obras dramáticas de Narciso Serra:

Mi mamá, 1848; *Marica-Enreda*, con Juan Dot, 1849; *Cómo se rompen palabras*, 1852, con Cayetano Suricalday; *La boda de Quevedo*, 1854; *Con el diablo a cuchilladas*, 1854; *¡En crisis!*, 1854; *El alma del rey García*, 1855; *Amar por señas*, 1855; *Amor, poder y pelucas*, 1855; *El todo por el todo*, 1855; *El querer y el vascar...*, 1856; *Un hombre importante*, 1857; *Sin prueba plena*, 1857; *El reló de San Plácido*, 1858; *¡Don Tomás!*, 1858; *El último mono*, 1859, zarzuela, música de Oudrid; *La calle de la Montera*, 1859; *Zampa o la esposa de mármol*, 1859, con Pastorflido, zarzuela, música de Herold; *Los infieles*, 1860, con Luis Mariano de Larra; *Nadie se muere hasta que Dios quiere*, 1860, música de Oudrid; *La edad en la boca*, 1861, música de Gaztambide; *Una historia en un mesón*, 1861, zarzuela, música de Gaztambide; *El loco de la guardilla*, 1861, música de Oudrid; *Harry el diablo*, 1862, zarzuela, con Pastorflido, música de Reparaz; *El amor y la Gaceta*, 1863; *Un huésped del otro mundo*, 1863; *La oveja descarriada*, 1865; *¡Don Genaro!*, 1866, música de Martin; *A la puerta del cuartel*, 1867; *El bien tardío*, 1867 (segunda parte de *El loco de la guardilla*); *Luz y sombra*, 1867, música de Caballero; *Las dos hermanas*, 1869; *Entre bastidores*, 1870; *Dos Napoleones*, 1870; *Perdonar nos manda Dios*, 1870; *Flor de los cielos*, 1874, música de doña Soledad de Bengoechea; *El gran día*, 1874, música de doña Soledad de Bengoechea; *Las ferias de Madrid*, con Juan Dot; *Todos al baile*; *Las desdichas de un buen mozo*, con Pina Domínguez, y *Los monederos falsos*, con Pastorflido, música de Rossi. De estas cuatro últimas no he podido encontrar ejemplares, y solamente en la Biblioteca Municipal de Madrid, he visto los autógrafos de *Todos al baile* y *Las desdichas de un buen mozo*.

dia más apropiada para muestra y tipo del talento de su autor. La influencia de las exageraciones románticas, que se ve claramente en *El reloj de San Plácido* y *Con el diablo a cuchilladas*. La observación y copia fiel de la sociedad en que vivía, evidente en comedias tan naturalistas como *El amor y la Gaceta* y *A la puerta de cuartel*, y el humorismo cómico sentimental de ciertos escritores franceses, como Karr y Mery, de cuya afición hay pruebas en sus pasillos filosóficos *El último mono* y *Nadie se muere hasta que Dios quiere*.»

Las refundiciones de nuestros clásicos, tan frecuentes por aquellos días, llevaron a Serra, no sólo a ensayarse en la misma tarea refundiendo en cuatro actos *Amar por señas* (1), de Tirso de Molina, sino a escribir verdaderas comedias de capa y espada. En colaboración con D. Cayetano de Suricaldy escribió una, *Cómo se rompen palabras*, cuya acción se supone acaecida en Madrid a mediados del siglo xvii, y que no es del todo desafortunada (2). Con D. Juan Dot dió al público la titulada *Marica-Enreda*, bastante floja, y cuya protagonista, después de no pocas incidencias, resulta hija del duque de Oropesa. Los autores colocan el hecho en los años de la guerra de sucesión, bien que, sin pararse en pelillos anacrónicos, citen los versos:

«¡Ay amor, cómo me has puesto!»

y aquellos de:

«En las rejas de la cárcel
no me vengas a llorar» (3).

La calle de la Montera, a pesar de cuantos elogios ha recibido, se halla muy por bajo del nivel medio. El primer acto parece que anuncia algo interesante, pero luego todo se embrolla en una serie de lances extemporáneos. La versificación —y esto es lo característico en Serra— parece fácil porque toca en el prosaísmo; pero no es la fluidez nacida de la íntima y fecunda compenetración entre las ideas y la expresión artística, sino el simple artificio métrico, con frecuencia desmañado. Ni siquiera se libran

(1) *Amar por señas*. Comedia en tres jornadas y en verso, de el Maestro Tirso de Molina. Refundida y puesta en cuatro actos por D. Narciso Serra. Madrid. Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 9, 1855.

(2) *Cómo se rompen palabras*. Comedia en tres actos y en verso, original de D. Narciso Serra y D. Cayetano de Suricaldy. Representado (*sic*) con aplauso en el teatro del Instituto Español, en la noche del 27 de octubre de 1852. Madrid. Imprenta que fué de Operarios, a cargo de D. F. R. del Castillo, calle del Factor, núm. 9, 1852.

(3) *Marica-Enreda*. Comedia en tres actos y en verso, original de Don Narciso Serra y Don Juan Dot. Representada en Madrid en el teatro de la Cruz a beneficio de D. Vicente Caltañazor. Madrid, 1849: Imprenta de Tomás Fortanet, M. Ruano. Greda, 7.

totalmente de este defecto las tan elogiadas quintillas en que Pinzorro refiere el suceso que dió nombre a la calle de la Montera:

«Pues señor, yo no sé cuándo
el montero Villafranca,
en Valladolid estando
la corte, tal vez cazando
dió consigo en Salamanca.

Nunca a Salamanca fuera.
Vió una labradora un día,
y hallóla tan hechicera,
que aunque montera tenía,
quiso darla otra montera.

Habló al padre, un hombre rudo
y tan noble como bravo,
mas de caudal tan desnudo,
que cuelga en el mismo clavo
el azadón y el escudo.

.....
Esto a usiría le explica
que yo más fuerza demande,
y que con espada y pica
quiera una ronda más grande
para una calle tan chica.

Que si usiría se viera
aquí de alcalde menor
al de corte le dijera...
¡Es mucha calle, señor,
la calle de la Montera!»

No trató Serra de *documentarse* sobre las causas que dieron nombre a la famosa calle, e hizo caso omiso, por tanto, de las tradiciones relativas a la *montera* del rey Don Sancho IV y a la configuración de los cerros que daban fondo al paraje. En *Dos palabras* que preceden a la comedia dice Serra lo siguiente: «Mi distinguido amigo el eminente literato y reputado escritor D. Juan Eugenio Hartzenbusch, djome una noche hallándonos juntos en un palco del teatro de Jovellanos: —Amigo Serra, ¿por qué no hace usted una comedia de la calle de la Montera? —Porque no sé nada de esa calle, Sr. D. Juan. —Esa calle *tomó su nombre de la mujer de un montero, muy hermosa, que vivió en ella*; esto es lo único que yo sé... — Pues basta y sobra, Sr. D. Juan, que yo me inventaré el resto. — Pues Dios le ayude, Sr. D. Narciso. —Pues muchas gracias, Sr. D. Juan. Ni he consultado más datos ni he pedido más noticias, a excepción de las subrayadas; todo lo demás es invención mía.»

Puesto a inventar, Serra pudo sacar mucho más partido de la trama. Ni Isidora, la *Montera*, ni sus galanes Andrés y Miguel, ni los demás personajes, incluso el viejo alcalde Santillana, tolerante y generoso con su ta-

rambana sobrino, proporcionan a la acción elementos de particular eficacia teatral (1).

Otras comedias de capa y espada, con más o menos apariencia de históricas, escribió Narciso Serra. Todos los autores de la época hicieron lo mismo, y sería curioso, aunque poco provechoso para la gloria de nuestro teatro, dado el escaso valor de casi todas ellas, examinar las muchas comedias que se escribieron de aquel estilo y estudiar la numerosa serie de personajes del siglo de oro, poetas o artistas, que salieron a las tablas interpretados en la más variada y caprichosa forma.

La primera que Serra compuso de esta clase fué *La boda de Quevedo*. En otro lugar, hablando de las obras teatrales inspiradas en el autor de los *Sueños*, he hecho notar que esta comedia figura entre las mejores de Serra. Aunque alejada de toda verdad histórica, la idea de hacer una sola persona de la dama defendida por D. Francisco y de doña Esperanza de Aragón, señora de Cetina, fué muy acertada para el mayor interés dramático, bien que Serra tenga que convertir en tierno idilio de amor lo que en realidad fué una estipulación tan meditada cuanto funesta. Aun por la versificación correcta y pulcra más que de ordinario, aventaja esta comedia a casi todas las de Serra. Procuró éste imitar, en los versos puestos en boca de Quevedo, el estilo de su héroe, y hasta cierto punto lo consiguió, sobre todo en los romances. Mas la influencia que principalmente se nota, así en esta comedia como en otras de Serra, es la de Moreto, hasta el punto de aparecer alguna frase tomada al autor de *El lindo Don Diego*, como aquella de ¡Ah, pobreta, que te clavás! El carácter de Quevedo, sin estar totalmente definido, deja entrever relevantes cualidades en que contrastan la amargura pesimista y el rendimiento amoroso. Ello le lleva a las consideraciones, un tanto chocantes, de las seguidillas finales y a su promesa de ejemplaridad conyugal:

«Y yo que en Esperanza
pongo la mía,
de mi esperanza espero
lograr la dicha.
Por sus luceros,
modelo de maridos
será Quevedo» (2).

No más respetuoso con la tradición anda Serra en *El reloj de San Plácido*. Felipe IV, «ese pobre rey —decía con razón un crítico al dar cuenta

(1) *La calle de la Montera*. Comedia en tres actos y en verso, original de Don Narciso S. Serra. Representada en el teatro del Circo, a beneficio del primer actor D. Julián Romea. Madrid: Imprenta de Luis García, calle de San Bartolomé, núm. 4. 1859.

La dedicatoria de esta comedia dice así: «Al Sr. D. José Serra y Ortega. Mi querido tío: huérfano de padre desde muy niño, no he tenido otro padre que V.: Acepte, pues, esta comedia como una prueba pequeñísima del inmenso filial cariño de su—Narciso.»

(2) *La boda de Quevedo*. Comedia en tres actos y en verso, original de Don Narciso Serra. Madrid. Imprenta de la calle de S. Vicente, a cargo de J. Rodríguez. 1854.

Está dedicada a Julián Romea.

del estreno—, que si por milagro sacase la cabeza del sepulcro, se moriría de pena nuevamente al ver los escuadrones de hijos que le han colgado los poetas y la multitud de infracciones al sexto mandamiento que se le atribuyen», figura también, como es natural, en *El reloj de San Plácido*; pero no solamente como protagonista del episodio amoroso a que la leyenda —sin el menor fundamento, claro es— atribuye la colocación de aquel reloj, sino algo más. El monarca galantea a doña Ana, doncella educada en San Plácido y próxima a casarse; sorprendido por el padre de la joven, obligale indignamente a abrirle las puertas de su casa; mas doña Ana, aunque enamorada del rey, ruega al autor de sus días que la dé muerte para evitar el deshonor. Cuando llega el rey, doña Ana acaba de caer bajo la daga de su padre:

«Señor, yo cumplí;
abro yo mismo la puerta
y Ana os aguarda allí.

REY. ¡Muerta!
DON JUAN. ¿Pues qué pensabais de mí?
Dar su sangre al rey es ley
natural de la hidalguía;
como ella era sangre mía,
la he vertido por el rey.»

Doña Ana no muere, sin embargo. Vuelve al convento, y en nombre de las monjas se presenta al rey —que duda si aquélla es realmente doña Ana o una aparición— con objeto de pedirle un reloj para el convento. El rey, persiguiéndola, entra en la iglesia —aquí ya vuelve Serra los ojos a la tradición— y la encuentra en su ataúd, cercada de blandones (1).

Otra comedia de este género es la famosa de *El loco de la guardilla*. Si en *La calle de la Montera*, *La boda de Quevedo* y *El reloj de San Plácido* prescindió Serra de toda verdad histórica, en el *Loco de la guardilla* llegó a la falsedad extrema. Afirma él, y así es cierto, que tomó la idea del cuento *La locura contagiosa*, de Hartzenbusch; pero de tal modo alteró y modificó los hechos, que lo que antes era lógico y verosímil, pasó a ser de todo punto desatinado. Hartzenbusch colocó el suceso en Valladolid y en 1603, y se limitó a un asunto sencillísimo. Magdalena, la hermana de Cervantes, lleva a su casa a un cura y a un doctor para que observen a su hermano, a quien supone loco por las carcajadas que lanza a destiempo y los raros pensamientos que le ocurren; pero sucede que aquellos dos personajes, y toda la familia de Cervantes, acaban por reír de la misma manera, ya que tales demostraciones no tenían otra causa que la génesis y redacción de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Conserva Serra

(1) *El reloj de San Plácido*. Drama original, en tres actos y en verso, de D. Narciso Serra. Representado en el teatro del Circo la noche del 8 de marzo a beneficio del primer actor D. Julián Romea. Madrid, imprenta de Fortanet, 1858.

este asunto, pero traslada la acción a Madrid, y hace que Magdalena - que realmente era ya cincuentona por aquella fecha - sea una joven de veintitrés años y esté en relaciones con un sacristán completamente absurdo.

Más gracioso todavía es que al alboroto producido por las risotadas de los que oyen leer el *Quijote*, entre en la casa de Cervantes un familiar del Santo Oficio, que es —¡peregrina ocurrencia!— Lope de Vega. Aunque el lector o el espectador tengan poco de eruditos, no dejarán de asombrarse ante los recíprocos elogios que se dirigen el Príncipe y el Fénix de los Ingenios. Así dice Cervantes:

«Señor cura, con permiso,
que cuando la Inquisición
manda sujeto tan ínclito
a honrar mi pobre guardilla,
es muy santo el Santo Oficio;
no trueco, pues os cobija
el techo en que me cobijo,
por precioso artesonado
con plata y con oro rico,
que tal es la honra de hablaros
y tal el placer de oiros,
que hasta compensan el susto
que me dieron los esbirros.»

En un relato que se hizo famoso, y que no deja de causar agrado por su soltura y despejo, Cervantes cuenta de qué modo conoció a Lope de Vega. Es el siguiente:

«Salíme yo una mañana
del sol al primer reflejo,
con que su frente engalana,
por la puente segoviana,
entrada del Madrid viejo.
Pensando a un tiempo y andando
en el cementerio di
sin saber cómo ni cuándo;
v es que el hombre pára allí
cuando mejor va pensando.
Lleguéme a una reja a ver,
y lo que vi ¡vive Dios
que hacía me estremecer!
vi un hombre y una mujer,
y un muerto junto a los dos.
El hombre estabase grave;
la mujer, con menos calma,
soltaba al dolor la llave;
el muerto... sólo Dios sabe
cómo tendría su alma.

«Que me lloréis es en vano
—dijo el hombre con voz dura
y en estilo mondo y llano—,
o no entierro a vuestro hermano
o pagáis la sepultura;
yo estoy en lo positivo
y mis derechos percibo,
porque no hay ley ni hay alcalde
que me haga enterrar de balde,
pues que de los muertos vivo.»

Tal dijo el hombre y se fué
murmurando no sé qué;
la mujer rompió a llorar;
yo me mantenía en pie
y el muerto sin enterrar.

Rompiendo por la espesura
y echando atrás la sotana,
con planta firme y segura,
llegó a interponerse un cura
entre el difunto y la hermana;
y con mano poderosa,
cavando con tino cierto,
despobló la hierba ociosa,
rezó, bendijo la fosa
y dió sepultura al muerto.

Su bolsa a la hermana dió,
que estaba fuera de sí;
la sotana recobró;
tuve curiosidad yo,
y cuando salió, salí.

— ¡Dios os bendiga! —la hermana
gritaba con voz amiga.
Siguió, y una pobre anciana,
al ver al de la sotana,
gritóle: ¡Dios os bendiga!

Mi curiosidad no cesa
y sigo su derrotero:
Hállase al duque de Sesa,
y el duque su mano besa
y se le quita el sombrero.

Da en el palacio a sazón
que el rey estaba al balcón,
y viendo en la plaza al cura,
le saluda con ternura
y cariñosa expresión.

Siguió el cura y yo seguí.
¿Quién es, decía entre mí,
este hombre que por amigos
tiene duques y mendigos
y el rey le saluda así?

Y no llegué a conocer,
aunque iba de él tan en pos,
que era aquel inclito ser
en quien juntar quiso Dios
virtud, ingenio y saber.

Aunque le siguió anhelante
no pudo mi vista ciega
leer su nombre en su semblante.
Era... el que tenéis delante
Frey Félix Lope de Vega.»

Pero no son estas y otras falsedades, perdonables en quien sólo escribe por distraer al público, las que merman mérito a *El loco de la guardilla*. Es la endeblez del asunto, que no llena las menores exigencias del interés teatral. Si *El loco de la guardilla* alcanzó aplausos del público fué seguramente, aun con su error fundamental, por la idea de presentar juntos, y en situación interesante, al autor de *El Quijote* y al de *La Dorotea*; que aun el público más indocto mira con veneración las representaciones de los grandes hombres, sobre todo si se expresan en versos como los que Serra pone en boca de aquellos dos. Todo ello a trueque de que crea verdaderas las palabras con que Cervantes cierra la comedia:

«Si Lope me adivinó
al darme famoso mote,
la patria ingrata no vió
que Cervantes no cenó
cuando concluyó *El Quijote*» (1).

El bien tardío, segunda parte de *El loco de la guardilla*, es cosa verdaderamente peregrina. Magdalena, la hermana de Cervantes, y el sacristán Josef —a la sazón alguacil de ronda, gracias a una recomendación de Lope de Vega— están ya casados. Un galán cojo, D. Francisco, ronda la casa con demostraciones de amor, y como es consiguiente Josef tiene celos; mas viene a ponerse en claro que D. Francisco es solamente un gran admirador de Cervantes, a quien desea tratar. Cervantes —que,

(1) *El loco de la guardilla*, paso que pasó en el siglo XVII. Escrito en un acto y en verso por Don Narciso Serra, música del maestro D. Manuel Caballero. Representado por primera vez en el Teatro de la Zarzuela el día 9 de octubre de 1861. Octava edición. Madrid. Imprenta de José Rodríguez, Atocha, 100, principal. 1887.

(Cuando no me ha sido posible ver la primera edición de una obra, como me ocurre con ésta, cito la que he manejado.)

Está dedicada a doña Raimunda Ceriola de Carriquiri.

Al final del libreto van indicadas las variaciones necesarias para representar la obra como comedia.

D. Federico Soler (*Serafi Pitarra*) escribió una parodia de esta obra con el título de *L'boig de las campanillas*. Barcelona, 1865.

nótese, había escrito ya *El Persiles*— está muy enfermo, y no menos su mujer, doña Catalina. Entra en la casa D. Francisco, y dice así al autor de *El Quijote*:

«La envidia con su malicia
os posterga, bien está;
algún siglo llegará
en que se os haga justicia;
y alumbrando como soles
vuestras páginas de gloria,
viviréis en la memoria
de todos los españoles.
¿Cuándo podrán esos viles,
que hablan en la sombra oscura,
ni soñar tanta ventura
como contiene *El Persiles*?
En el estilo sencillo,
¿a quién asombra mirar
cómo supisteis trazar
Rinconete y Cortadillo?
Y aunque sea un Iscariote
que todo lo ve con ira,
decidme, ¿quién no se admira
con vuestro inmortal *Quijote*?»

D. Francisco, que tiene aspiraciones de poeta, lee un romance a Cervantes, el cual aplaude la obra y aconseja al novato que huya «los rodeos» de Góngora e imite a Lope. Entretanto Josef va a Palacio para ver de conseguir el gobierno de Indias que Cervantes tenía solicitado. Una dama tapada, que resulta ser la madre de Isabel de Cervantes —esto es, una Ana Franca falsificada—, se presenta a Cervantes, y éste, como quien no dice nada, se declara autor de la muerte de D. Gaspar de Espeleta, el cual, según cuenta, había sido primeramente rival suyo en las aulas de Alcalá, después compañero en Lepanto y, por último, infamador de su honra en Valladolid. La madre de Isabel decide retirarse, como ésta, a un convento. El conde de Lemos se presenta en el domicilio de Cervantes llevando la credencial del gobierno de Indias, precisamente cuando el autor de *El Quijote* acaba de expirar. Tan escasa de recursos está la familia, que ni siquiera tiene para el entierro; y entonces el galán cojo, que resulta ser D. Francisco de Quevedo, pone a su disposición su «bolsa de estudiante».

Con tan graciosos anacronismos, patrañas e incongruencias, la obra, a su estreno, en 1867, no hizo otra cosa que pasar (1).

(1) *El bien tardío*. Segunda parte de *El loco de la guardilla*. Drama original, en un acto y en verso, de D. Narciso S. Serra. Representado en el teatro de la Zarzuela en octubre de 1867. Madrid. Imprenta de Rojas y Compañía, Valverde, 16, bajo. 1867.

Está dedicada a D. Narciso Carriquiri.

En otras obras de este género Serra echó más por los cauces románticos, un tanto tumultuosos, abiertos por Zorrilla en obras como *El eco del torrente*, *El alcalde Ronquillo* y *El Excomulgado*. Tales son *Con el diablo a cuchilladas* y *El alma del rey García*. No es cosa de analizar estas obras por menudo. La primera mete al emperador Carlos V en una aventura amorosa, no muy noble ciertamente, y en la que resulta castigado nada menos que por su hijo Felipe (1). *El alma del rey García* es un drama directamente influido por los de Zorrilla, realmente notable, pero inferior a los modelos. El crimen del rey Fortuño, matador de su padre, tiene expiación por obra del remordimiento y por la fidelidad del noble Guevara. Procura Serra rodear la acción de aquella bruma de misterio que ensombrece los citados dramas de Zorrilla y que tan bien encuadra en el marco romántico; pero si alguna vez lo consigue, es por recursos menos artísticos que los del poeta valisoletano. Tiene a su favor este drama la versificación, que es acaso la más correcta en el caudal dramático de Serra (2).

No ya en estos comedidos límites de la comedia histórica, sino en el campo revuelto del drama folletinesco, tan frecuentado a la sazón, discurren algunas zarzuelas de Serra, como *Una historia en un mesón*, *Harry el diablo* y *Zampa o la esposa de mármol*. La primera, enlazada con la leyenda de *La máscara de hierro*, trae sus derivaciones a nuestro suelo y hasta viene a relacionarse con la sucesión al trono español (3). La segunda, escrita en colaboración con Pastorfido, procede indudablemente de alguna novela francesa, y contiene una serie de lances descabellados cuyo protagonista es el príncipe de Gales (4). La última, escrita también con Pastorfido, es un simple arreglo de la conocida ópera de Malesville, hecho únicamente para aprovechar la música de Herold (5).

(1) *Con el diablo a cuchilladas*, drama en tres actos y en verso, por Don Narciso Serra. Se publicó en la colección *Museo dramático ilustrado*.

(2) *El alma del rey García*. Drama en tres actos y en verso, original de Don Narciso Serra. Madrid. Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 9. 1855.

(3) *Una historia en un mesón*. Zarzuela en un acto y en verso, de Don Narciso Serra. Música del maestro D. Joaquín Gaztambide. Representada por primera vez en el teatro de la Zarzuela el día 5 de junio de 1861. Madrid: Imprenta de Manuel de Rojas, Pretil de los Consejos, 3. 1861.

En la dedicatoria, dirigida a D. Juan Eugenio Hartzenbusch, dice Serra que había escrito esta obra «en cuatro días, en la época más azarosa de mi vida, con muchos dolores del cuerpo y no pocos del alma».

(4) *Harry el Diablo*, zarzuela en dos actos y en verso, letra de Don Narciso Serra y Don Miguel Pastorfido, música del maestro Reparaz. Representada por primera vez en el teatro del Circo el día 21 de febrero de 1862. Madrid. Imprenta de José Rodríguez, Factor, 9. 1862.

Lleva esta dedicatoria:

«Al Sr. D. Adelardo López de Ayala:

Esta obra, Ayala querido,
otro mérito no encierra
que el de haber tu nombre unido
al del pobre enfermo Serra
y su amigo Pastorfido.»

(5) *Zampa o la esposa de mármol*. Obra lírico-fantástica en tres actos y en verso, acomodada la letra a la música del célebre Herold por Don Narciso Serra y D. Miguel Pastorfido. Madrid. Imprenta de J. M. Ducazcal, plazuela de Isabel II, n. 6, 1859.

Si por estas comedias históricas o seudohistóricas de enredo Narciso Serra mereció juicios opuestos, suele haber en cambio más unanimidad cuando se trata de juzgar sus numerosas comedias de costumbres. Ellas le han ganado casi todos los elogios. «Serra —escribió D. Manuel de la Revilla al morir el autor de *¡Don Tomás!*— era el legítimo heredero de Bretón. Salva la fecundidad, nada hay más semejante que ambos poetas. Uno y otro cuidábanse poco de la trascendencia y profundidad del pensamiento que habían de desarrollar en sus fábulas y del plan a que habían éstas de someterse. Frecuente era que en sus obras no saliese nunca el argumento, que la acción fuera inverosímil o falta de interés y que de ella nada se dedujera ni se desprendiera enseñanza alguna. Pero esto les tenía sin cuidado. Arrancar a la realidad unas cuantas figuras llenas de vida, de verdad y de carácter; moverlas de cualquier manera, pero siempre con gracia; poner en su labor un diálogo vivo, chispeante, facilísimo, rebosando naturalidad y gracejo; sembrar a manos llenas el chiste desenfadado, picante y donoso, la sátira incisiva, pero nunca personal ni amarga, la alusión oportuna, el ingenioso y a veces libre equívoco, el delicado epigrama y la observación discreta y exacta; formar con todo esto una acción, y en ocasiones semiacción, más o menos verosímil y bien trabajada, pero siempre graciosa y entretenida; trazar de este modo con cuatro rasgos un acabado cuadro de costumbres de fotográfica exactitud y maliciosa, pero no maligna intención, y revestir estos elementos con la magia de una versificación fácil y fluida, he aquí el secreto de los éxitos que alcanzaron estos poetas, que resolvieron el problema, hoy difícil, de excitar constantemente la risa del público sin caer nunca en la chocarrería y en la bufonada.» Y aún añade Revilla lo siguiente: «Serra llevaba una ventaja a Bretón. El autor de *Marcela* nunca supo traspasar la esfera de lo cómico; sus tentativas dramáticas fueron desdichadas. Serra, sin llegar al verdadero drama, movióse en círculo más amplio que su predecesor.»

No ya por el capricho de contrariar opiniones ajenas, sino por una detenida y reflexiva comparación entre Serra y Bretón de los Herreros, he de manifestar mi absoluta disconformidad con estas palabras que Revilla —uno de los más sutiles y comprensivos críticos del siglo XIX— escribió con evidente precipitación, ya que, de haber estudiado el caso, su certero saber crítico le hubiese llevado a conclusiones muy distintas. Jamás en Serra pueden descubrirse cualidades análogas a las de Bretón de los Herreros. La habilidad con que éste, sobre un asunto sencillísimo, levantaba el esbelto andamiaje de una comedia; la soltura con que de cuatro pinceladas trazaba un cuadro de costumbres vivo y perdurable; la lógica y naturalidad en la sucesión de escenas, que por sus pasos contados llevaban la acción a su desenlace; la preparación oportuna y nunca violenta de las situaciones cómicas, propicias siempre, más que a la carcajada, a la más grata y apacible distracción, y como engarce valioso de todo ésto, la versificación espontánea, fluida, llena de gracia y vivacidad... Cosas son estas que, características en Bretón, nunca, o rarísima vez, se encuentran en Serra. Acaso

donde hay alguna semejanza entre ambos es en el diálogo, que en Serra, como dice D. Manuel de la Revilla, es también fácil, movido y chispeante; mas en esto mismo, acaso por esa agilidad y facundia, Serra llega a vulgaridades y atrevimientos que jamás osó Bretón de los Herreros.

Por otra parte, es indudable que Serra acudió con frecuencia a inspirarse en *vaudevilles* y otras obras francesas, teniendo el cuidado de callarlo. No puede esto llamarnos la atención, ni hemos de hacer a Serra único responsable de semejante pecado, pues en la innegable penuria teatral española de aquel tiempo, fueron muchos los autores que hicieron lo mismo. Ventura de la Vega, Luis Mariano de Larra, Pérez Escrich, Pina Domínguez y otros muchos, pueden servir de comprobación.

Recorridas por orden cronológico las comedias en tres actos de Serra, pocas son las que en una valoración justa quedan a flote. No merece atención especial la titulada *¡En crisis!*, basada en los celos infundados de dos matrimonios (1); ni *Sin prueba plena*, comedia de celos igualmente (2); ni *Los infieles*, tomada en parte de un *vaudeville* de Paul de Kock, que por ello acarreó a Serra y a su colaborador Luis Mariano de Larra algunos ataques (3); ni *Amor, poder y pelucas*, que es una simple traducción del francés (4); ni *La oveja descarriada*, de asunto que se prestaba a más ameno desarrollo (5); ni *Dos Napoleones*, obra verdaderamente desastrosa, que nos presenta a Serra en uno de los momentos de su más lastimosa decadencia (6); ni, en fin, *Perdonar nos manda Dios*, inspirada en *El hijo pródigo*, de Alarcón, y que a ratos consigue entonarse sobre la monotonía del conjunto (7).

Por diversas razones, conviene mencionar aparte algunas otras. Una de ellas es *El Amor y la Gaceta*, que figura entre las más conocidas del autor. Escribióla Serra con motivo de un Real decreto dictado por O'Donnell —a quien, por cierto, dedicó la obra a su impresión—, trascendentalísimo para los militares, pues les prohibía solicitar licencia para contraer matrimonio sin depositar antes la cantidad de 4.000 duros. Es aquí donde

(1) *¡En crisis!* Comedia en tres actos y en verso, original de D. Narciso Serra. Madrid. Imprenta de la calle de San Vicente, a cargo de José Rodríguez. 1854.

(2) *Sin prueba plena*, comedia en tres actos, original de Don Narciso Serra. Representada con extraordinario éxito en el teatro del Circo. Madrid. Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 9. 1857.

Está dedicada a su hermana Pilar.

(3) *Los infieles*. Juguete cómico en tres actos y en verso, por D. Luis Mariano de Larra y D. Narciso Serra. Representado por primera vez en el teatro del Príncipe el 20 de enero de 1860, a beneficio del primer actor D. Manuel Catalina. Segunda edición. Madrid. Imprenta de José Rodríguez, Calvario, 18. 1867.

(4) *Amor, poder y pelucas*. Comedia en tres actos, traducida libremente del francés por D. Narciso Serra. Madrid. Imprenta de José Rodríguez. 1855.

(5) *La oveja descarriada*. Proverbio en tres actos y en verso de Don Narciso Serra. Madrid. Imprenta de Rojas y Compañía, calle de Valverde, 16 y 18. 1865.

(6) *Dos Napoleones*, juguete cómico en tres actos y en verso, original de Don Narciso Serra. Representado en el teatro Español el 15 de octubre de 1870. Madrid, imprenta de Fermín Martínez García, calle de Segovia, número 26. 1870.

(7) *Perdonar nos manda Dios*, drama en tres actos y en verso, original de Don Narciso S. Se-

figuran la capitana Canela, el teniente Zapata, el cura castrense Murillo y otros personajes, que acaso den a conocer las costumbres, nada aristocráticas, a lo que se ve, de aquellos militares, pero que originan una acción vulgar y deslavazada (1). Y algo parecido puede decirse también de otro juguete de la misma índole, aunque en un acto, *A la puerta del cuartel*. Redúcese a un desfile de tipos militares, con sus correspondientes parejas, en que el mejor deseo no puede descubrir ninguna cosa plausible (2).

La comedia *Un nombre importante* es mejor que las ya citadas. En ella el protagonista D. Juan, hombre poltrón y mediocre, se encuentra, por obra de la casualidad, convertido en diputado y en hombre importante. Los partidos políticos se le disputan; la situación se tambalea a la sola amenaza de sus ataques, y todos le tienen por un político de portentosas facultades, menos él mismo, que reconoce sus escasos méritos. Al fin recibe indicaciones para trasladarse al extranjero, y acepta complacidísimo, no sin conseguir sendos empleos para tres allegados suyos:

MARQ. Don Juan, es fuerza se tuerza
ese propósito...

JUAN. ¡Oh, no!

DIPUT. ¡Si es lo que decía yo!
¡Se va por fuerza, por fuerza!
¿Y la inviolabilidad
del diputado en su puesto?

JUAN. Prudencia, señores.

DIPUT. Esto

rra (imitado del Hijo pródigo, de Alarcón). Representado en el Teatro Español en noviembre de 1870. Segunda edición. Madrid: Imprenta de José Rodríguez, Calvario, 18. 1870.

Lleva la siguiente dedicatoria:

«A mi madre:

Acoge, madre mía,
mi humilde drama,
como pobre recuerdo
de quien te ama
sobre la tierra
más que a su propia vida,

Narciso Serra.»

(1) *El amor y la Gaceta*. Juguete cómico en tres actos, original y en verso, de Don Narciso Serra. Representado en el teatro del Príncipe el día 12 de octubre de 1863. Madrid. Centro general de Administración, calle de San Agustín, 12, 2.º 1863.

En demostración de que Serra no vacilaba a veces en utilizar los pensamientos ajenos, podemos ver que en la escena XV del acto primero reproduce un cuentecillo de Martínez Villergas (el del soneto «Mandó el tío Antonio, el ciego, al lazarillo»), y, lo que es peor todavía, queda muy por bajo del original.

(2) *A la puerta del cuartel*. Juguete cómico en un acto y en verso, original de D. Narciso S. Serra. Representado en el teatro de la Zarzuela en octubre de 1867. Madrid. Imprenta de Rojas y Compañía. Valverde, 16, bajo. — 1867.

Está dedicado al teniente general D. Eusebio Calonge.

es una arbitrariedad.
Usted hace falta.

JUAN. (*Dándoles la mano.*)

No;

yo me voy, mas quedarán
muchísimos hombres tan
importantes como yo.

Yo ya, señores, pasé.

MARQ. No, señor. Usted vendrá;
la patria le llamará.

JUAN. Si es que peligra, vendré.
Si veo el orden social
hollado, o la religión,
vida y luz del corazón
y escudo santo del mal,
vendré a defenderla aquí
hasta faltarme el aliento,
y siempre algún regimiento
tendrá un fusil para mí.»

«*Un hombre importante* —escribió acertadamente un revistero de teatros— es obra destinada a distraer agradablemente una noche, o sea mientras ofrece el interés de la novedad; pretensión a que no debe reducirse jamás autor alguno para no adocenarse y perder su reputación, si ya la ha conseguido, o inhabilitarse para obtenerla, si sólo pretende contraer nuevo mérito. En el fondo la comedia del Sr. Serra es una picante sátira, en la cual se favorece muy poco a la práctica del sistema representativo; pues no ha de recomendarle mucho por cierto la suposición de que sirve de pedestal a verdaderas nulidades» (1).

Las obras maestras de Narciso Serra, dentro de las comedias de costumbres, son *El todo por el todo* y *¡Don Tomás!* Y se da el caso de que los críticos, al hablar de Narciso Serra, ni por casualidad se acuerdan de *El todo por el todo*.

Encajada esta comedia en los moldes de *El hombre de mundo*, de Ventura de la Vega, compite dignamente con ella y puede considerarse como valioso precedente de las de Adelardo López de Ayala. Los dos actos primeros, en especial, son excelentes, y si Narciso Serra hubiese escrito muchos como ellos, no podrían tenerse por hiperbólicos los elogios que se le han dedicado.

La exaltación de pasiones no llega a grandes extremos en *El todo por el todo*. El espectro del adulterio apenas se anuncia. Luis, enamorado de Amparo, siente entibiada su pasión a la vista de Adela, tía de aquélla.

(1) *Un hombre importante*. Comedia en tres actos y en verso, original de Don Narciso Serra... 1857. Madrid. Imprenta de C. González, calle de San Antón, núm. 26.

Don Juan, marido de Adela, de más edad que ella, darse cuenta del peligro que le amenaza, y auxiliado por su hermano Baltasar, padre de Amparo, alecciona a ésta para que coquettee y excite los celos de Luis. El efecto es inmediato. Luis, creyéndose despreciado, ve renacer su amor, y Adela, que en algún momento pudo sentir su voluntad vacilante, reacciona y comprende cuán diferente era el amor que Luis profesaba a ambas.

El asunto, como se ve, no tiene nada de nuevo ni de genial; pero Serra supo desarrollarle habilísimamente y en muy inspirada versificación. De gran expresión son las palabras con que Luis explica a Adela las causas de su pasión:

«Pues bien, señora, más claro:
a Amparo me liga un nudo
sagrado, pero yo dudo
que haga la dicha de Amparo.

No es esa blanca virtud
por la que el alma se inflama
con la abrasadora llama
de la ardiente juventud.

Estrella que a la maleza
del mundo oculta el reflejo,
porque no manche su espejo
de inmaculada pureza;

no es esa alma virginal,
que entre los cielos se esconde,
nido de palomas, donde
nunca tuvo asiento el mal,

la que ha de darme pasión
tan honda como la mía:
ella tiene todavía
dormido su corazón.

Y como es fácil que enferme
si amor la mira con ceño,
mejor es velarle el sueño
a ese corazón que duerme.

Ojalá, si halla desvío
en su pasión verdadera,
el de esa niña hechicera
no se angustie como el mío.

Y pues la felicidad
en amor es tan escasa,
y ella dulce vida pasa
en su dulce soledad,
que vayamos es razón
cada uno según su estrella:
viviendo en sus sueños ella,
yo muriendo en mi pasión.

Cuando Don Juan hace saber a su mujer que ha descubierto las intenciones de Luis, tan dignamente celoso se muestra en la defensa de su honor como confiado en la virtud de Adela:

- ADELA. Si se alejara de aquí...
JUAN. Pensarás en él ausente
y te será indiferente
viéndole cerca de ti.
ADELA. Pon obstáculos...
JUAN. No creo
en su eficacia; ellos son
del amor propio aguijón
y demonio del deseo.
¡Adiós!, ¡adiós!
- ADELA. ¡Va a volver!
JUAN. De sobra que lo sabía.
ADELA. Yo...
JUAN. Tú eres mujer mía
y muy honrada mujer.
Rasga esa venda fatal
que así la verdad te oculta;
tu imaginación abulta
un mal que casi no es mal.
Creerlo, dudar de ti
es una injuria, y jamás,
Adela, recibirás
ninguna injuria de mí.
Levanta esos ojos bellos
que son de mi alma pedazos.
¡Cuando yo te abro mis brazos
mereces estar en ellos!
Solos os dejo a los dos;
ya ves que nada recela
mi alma de ti... Adela... Adela...
Dame otro abrazo y ¡adiós!
- ADELA. (Con exaltación.)
¡Oh! ¡Yo sabré merecer
confianza tan entera!
- JUAN. (Con confianza.)
¡Venga ese hombre cuando quiera
a robarme mi mujer!

El tercer acto, como se ha dicho, decae bastante; pero aun así, *El todo por el todo*, comedia totalmente olvidada hoy, debe contarse como una de las partidas más valiosas en el haber literario de Serra (1).

(1) *El todo por el todo*. Drama en tres actos y en verso, original de D. Narciso S. Serra. Representado en el teatro del Príncipe a 16 de noviembre de 1855. Madrid. Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 2. 1855.

Dedicada al general Serrano.

Respecto a *¡Don Tomás!*, Fernández Brenión escribió palabras muy oportunas. Son las siguientes:

«Pertenece a este grupo de comedias *¡Don Tomás!*, que es, entre todas las de Serra, la de mejores proporciones y de mayor vida en la escena. Su estructura es regular, tiene un pensamiento, si no muy original, importante como crítica de la falsa misantropía que padecen algunos hombres nacidos para vivir honradamente y en familia; destácase el protagonista sin esfuerzo entre los demás personajes de la obra, tipos todos bien definidos y naturales; la acción se desarrolla con desembarazo; hay gracia y frescura en todo el diálogo y chistes de gran efecto teatral, como la respuesta del asistente cuando Don Tomás le excita a ser franco, no mirando en él un jefe, sino un camarada, y que le diga sin reparo ni temor lo que opina de su carácter. No se representa *¡Don Tomás!* una sola vez sin que al llegar a esta escena deje de notarse entre el público aumento de atención para no perder aquella célebre respuesta, tan gradual y hábilmente preparada. ¡Lástima grande que flaquea la comedia por traspasar de vez en cuando los límites de lo cómico, escurriéndose hacia la caricatura o frisando con la grosería, y que frecuentes incorrecciones y descuidos afeen su animado y fácil diálogo! Comedia de grandes condiciones, pero de defectos muy visibles, es la que más revela el temperamento, las condiciones literarias y las faltas del autor.»

Como en *El todo por el todo*, los dos primeros actos de *¡Don Tomás!* no admiten la menor tacha. Asoma la más fecunda vena cómica desde los primeros chispeantes diálogos entre Aniceta y Don Jesús y entre éste y su mujer:

TOMASA. «Por Dios, hija, arrima el hombro
porque todo es menester.
¡Jesús!

JESÚS. ¿Qué quieres, mujer?

TOMASA. No te llamo, es que me asombro.
Yo, que en poniéndome, tiro
por la ventana la casa...
¡Jesús!

JESÚS. ¿Qué quieres, Tomasa?

TOMASA. No te llamo, es que suspiro.»

La presentación de Don Tomás está preparada y ejecutada de mano maestra. Don Tomás, se observa bien pronto, es hombre opuesto a los convencionalismos, fórmulas e hipocresías sociales. Es franco, rudo y sincero, merced a las lecciones de la experiencia. Mas no cuenta Don Tomás con que unos lindos ojos pueden destruir en un momento las teorías que parecen más incommovibles. Inocencia, su prima, que sin estar en desacuerdo con su nombre tiene esa picardía y sagacidad tan frecuentes en toda

mujer enamorada, se encarga de dar al traste con aquellas jactancias. Don Tomás acaba por caer a sus plantas (1).

Hay escenas en *¡Don Tomás!*, como la XI del acto segundo y la XVI del mismo acto —a que alude Bremón en las palabras antes copiadas—, que pueden citarse como modelos de acierto teatral. La misantropía de Don Tomás, muy distinta a la del Alceste, de Molière, no se deja burlar por las añagazas de una coqueta como Celimena, pero sí sucumbe ante el amor y la discreción de Inocencia.

Numerosas son las comedias y zarzuelas que Serra escribió en un acto, y hecha la ponderación de sus méritos, la proporción no resulta más favorable que la señalada hasta aquí. Algunas, por su escasa valía, pueden desde luego descartarse. Tales son *Mi mamá*, basada en las cuitas de un joven tímido que no se atreve a declarar su amor (1); *La edad en la boca*, cuya tesis, si es que hay tesis, estriba en demostrar que todas las personas tratan de justificar sus egoísmos, caprichos y tonterías, como consecuencia de la edad, de la que no se hacen cargo los demás (2); *¡Don Genaro!*, que entra ya en los límites de lo estulto (3); *Un huésped del otro mundo*, fundada en el manoseadísimo tema del tío de Indias que supone casado, sin estarlo, a su sobrino y presunto heredero (4), y *El gran día*, que gira sobre las bodas de dos hermanas y un *quid pro quo* a que ello da lugar (5).

Algo mejor es *El querer y el rascar...*, estrenada en 1856, y de la cual, indudablemente, sacó Serra la idea de *¡Don Tomás!* Trátase de un tío que deja la mitad de su fortuna a su mujer y la otra mitad a su sobrino Marcial, capitán de caballería, y a su sobrina Pilar, con la condición de que se casen, cosa que al fin, después de varios incidentes, se efectúa (6).

Pasaderas son también las tituladas *Las dos hermanas* (7) y *Entre*

(1) *¡Don Tomás!* Juguete cómico en tres actos y en verso, original de Don Narciso Serra. Representado por primera vez en el Teatro del Circo a beneficio de la Sta. Doña Amalia Gutiérrez. Cuarta edición. Madrid: Imprenta de José Rodríguez, Calvario, 18, 1867.

(2) *Mi mamá*. Comedia en un acto y en verso, original de Don Narciso Serra. Segunda edición. Madrid: Imprenta que fué de Operarios, a cargo de D. F. R. del Castillo, calle del Factor, núm. 9. 1852.

(3) *La edad en la boca*. Pasillo filosófico casero, original y en verso, por Don Narciso Serra, música de D. Joaquín Gaztambide. Representado por primera vez en el teatro de la Zarzuela el día 11 de mayo de 1861. Madrid: Imprenta de Manuel de Rojas, Pretíl de los Consejos, 3. — 1861.

(4) *¡Don Genaro!* Zarzuela en un acto y en verso, original de D. Narciso S. Serra. Música del maestro Martín. Representada en el teatro de la Zarzuela el 19 de febrero de 1866. Madrid: Imprenta de *La Iberia*, a cargo de J. de Rojas, calle de Valverde, 16, bajo. 1866.

(5) *Un huésped del otro mundo*, comedia en un acto y en verso, original de Don Narciso Serra. Segunda edición. Madrid: Imprenta de José Rodríguez, Calvario, 18. 1868.

(6) *El gran día*, zarzuela en un acto y en verso, letra de Don Narciso Serra, música de la señorita Doña Soledad de Bengoechea. Representada en el teatro de la Zarzuela el 5 de abril de 1874. Madrid, Imprenta de Eduardo Martínez García, calle de Segovia, número 26. 1874.

(7) *El querer y el rascar...*, Comedia en un acto y en verso, original de Don Narciso Serra. Segunda edición. Madrid, Imprenta de José Rodríguez, Factor, 9. 1861.

(7) *Las dos hermanas*, comedia en un acto y en verso, original de D. Narciso S. Serra. Re-

bastidores (1). Esta última, que contiene, en efecto, una serie de escenas acaecidas en el escenario de un teatro, informa gráficamente sobre las costumbres de los cómicos por aquellos años de 1870.

Los críticos de Serra han elogiado sus pasillos y sus baladas dramáticas, y hasta han juzgado tales obras como un género nuevo por él creado. No pasan, en realidad, de cuatro o cinco, y es muy cierto que sobresalen por su delicadeza y regularidad, aunque, por lo que a su fondo respecta, sean muy poco originales. Entre los que llamó pasillos filosóficos, salen de lo vulgar los titulados *El último mono...* y *Nadie se muere hasta que Dios quiere*. El primero se basa en una novelita de Alfonso Karr, teatralizada diestramente. Un marqués de rancio abolengo mira despectivamente, por no ser de sangre azul, a cierto banquero, su futuro consuegro; el banquero menosprecia al escribiente López, que pretende a su hija; el escribiente López tiene a menos su unión matrimonial con la doncella Gregoria; ésta echa con cajas destempladas al soldado de caballería Juan Colchón, que la piropea; Juan Colchón maltrata como ser inferior a un lacayo negro; el lacayo recibe con no mayor consideración a un mendigo ciego, que se presenta a pedir limosna, y el mendigo acaba por dar un puntapié a su pobre perro. Ya se sabe, el último mono... (2).

Nadie se muere hasta que Dios quiere está tomado de un pensamiento de Mery. Aunque con algunos rasgos burdos —ello parece inevitable en Serra—, es una obrita muy linda. Pueden admitirse de buen grado la inconsecuencia de Arturo y su filosofía, sobradamente barata, por los excelentes resultados que causan, evitando duelos y suicidios, y por la optimista conclusión a que conducen. El mismo Arturo, con todas sus pretensio-

presentada en el Teatro Español el 30 de noviembre de 1869. Madrid. Imprenta de Fermín Martínez García, calle de Segovia, número 26. 1869.

Esta comedia lleva la siguiente dedicatoria:

«Al Sr. D. Rafael María Liern:

Hace catorce meses no tengo empleo; hace más de ocho años que estoy enfermo; en este estado he escrito esta comedia, pobre y baldado.	Es el único mérito que en ella existe, una gota de llanto por cada chiste, que cual despojos daban a la esperanza mis tristes ojos.	Esta comedia humilde te la dedico; sé con ella indulgen' e, te lo suplico; y con Dios queda, y para siempre tuyo, Narciso Serra.»
---	---	---

(1) *Entre bastidores*, comedia en un acto y en verso, original de Don Narciso Serra. Representada en el Teatro Español en 1870. Madrid, Imprenta de Fermín Martínez García, calle de Segovia, número 26. 1870.

(2) *El último mono...* Sainete filosófico, escrito en verso sobre un pensamiento de Alfonso Karr por Don Narciso Serra, música de Don Cristóbal Oudrid. Representado por primera vez en el Teatro de la Zarzuela con extraordinario aplauso en la noche del 30 de mayo de 1859. Tercera Edición. Madrid. Imprenta de José Rodríguez, Calvario, 18. 1874.

Hay la siguiente parodia:

El último mono... Parodia del sainete filosófico en un acto de este mismo título, en verso. Madrid, 1903.

nes de pensador, es vencido por el amor y rescatado a la vida; de modo que sus alardes de humorística despreocupación vienen a resumirse en las palabras finales:

«Vivamos, pues, amando
niña hechicera,
y ya nos moriremos...
cuando Dios quiera.»

En *Nadie se muere hasta que Dios quiere* hállanse algunos versos que, citados repetidamente, vinieron a hacerse famosos. Tales son aquellos de:

«La sociedad toma a risa
todo lo que llega al alma.»

Y aquellos otros:

«Derramemos una lágrima
a la memoria de aquel
que fué nuestro amigo... y luego
nos iremos a comer» (1).

Inferiores son las baladas dramáticas. La titulada *Luz y sombra*, que tiene semejanzas, casuales, según dijo Serra, con la comedia francesa *La hija del rey René*, gustó mucho a su estreno, a lo cual sin duda contribuyó la música de Caballero; pero no es otra cosa sino un cuadrilo que, pasando por lo inverosímil, llega a lo sensiblero (2). De parecido defecto, aunque en menor grado, adolece *Flor de los cielos*. El tierno episodio de la desventurada *Flor de los cielos*, que muere de amor mientras su padre toca en el violoncelo *El suspiro*, de Aubert, lleva irremediamente a la emoción hiperestésica (3).

* * *

Del anterior examen, que algunos juzgarán sobradamente rápido y otros, por el contrario, minucioso con exceso, se habrán deducido las cualidades de Narciso Serra como autor dramático. Fué irregular y desorde-

(1) *Nadie se muere hasta que Dios quiere*. Pasillo filosófico, fúnebre, en verso y original de Don Narciso Serra, música de D. Cristóbal Oudrid. Representado por primera vez en el Teatro de la Zarzuela el día 29 de septiembre de 1860. Cuarta edición. Madrid. Imprenta de José Rodríguez, Atocha, 100, principal. 1888.

(2) *Luz y sombra*. Balada lírico-dramática en dos actos y en verso, escrita en parte con el pensamiento de una obra francesa, por Don Narciso Serra, y puesta en música por el maestro D. Manuel Fernández Caballero. Representada por primera vez, con extraordinario éxito, en el teatro de la Zarzuela, en la noche del 18 de octubre de 1867. Segunda edición. Madrid. Imprenta de José Rodríguez, Calvario, 18. 1867.

(3) *Flor de los cielos*, balada lírico-dramática en verso, original de Don Narciso Serra, música de la señorita Doña Soledad Bengoechea. Representada en el teatro de la Zarzuela el día 5 de abril de 1874. Madrid. Imprenta de Eduardo Martínez García, calle de Segovia, número 26. 1874.

nado en el desarrollo de sus planes; vertió en sus diálogos, más que salática, especias un tanto acres a paladares delicados; arañó superficialmente en los caracteres, que por ello jamás mostraron su intensidad pasional o su fuerza cómica; rasgó arrebataadamente la versificación, y dejó esparcidas en ella, como es consiguiente, numerosas violencias e impropiedades. Todo esto debe entenderse, naturalmente, en aplicación de conjunto; pero pueden señalarse también excepciones muy laudables. Y en pago de todas esas máculas se encontrará en Serra un gallardo desenfado de palabra, grato al público sencillo y popular; una gran facilidad para engarzar los asuntos en la débil trama de hechos insignificantes, y un fondo de simpática emotividad, demasiado exacerbada en ocasiones.

Como más arriba hemos observado, es frecuente la comparación entre Narciso Serra y Bretón de los Herreros. «Herederero legítimo del autor de *Marcela* —escribía Gonzalo Calvo Asensio en *El teatro hispanolusitano en el siglo XIX*—; tan natural y fácil como éste, pero con mayor delicadeza de sentimiento; espontáneo, afluente e inspirado, si no es tan gran rimador como el maestro, ni maneja con su singular perfección la lengua patria, aventájale en el aticismo y la galanura, por más que caiga con frecuencia en la incorrección y el conceptismo, a fuerza de espontaneidad unas veces, y otras de alambicar y sutilizar frases y chistes, de los que pretende sacar mayor partido que el racional y necesario.» Lo mismo, según hemos visto, opinaba D. Manuel de la Revilla, y en cuanto al padre Blanco García, escribió lo siguiente: «Por la fecundidad, lo mismo que por las dotes peculiares de su talento dramático, Serra figura desde luego entre los discípulos fieles y aprovechados de Bretón. Como él era apto para desenvolver un mismo tema en distintas obras con variedad y perfección, no así para concebirlos nuevos y originales; como él tenía siempre a su disposición un mundo propio donde poder explayarse a su gusto, imaginación risueña y fecunda, verbosidad chispeante y prodigiosa y dominio absoluto sobre la rima, en la que no encontró dificultades, sino ayuda. El sello bretoniano que distingue las obras dramáticas de Serra se extiende hasta los más imperceptibles pormenores, aunque nunca permite ver las huellas del plagio, porque eran más grandes que todo eso las disposiciones del imitador.»

Todo esto demuestra que si Narciso Serra, por las circunstancias que acompañaron a su triste vida, fué extremadamente desdichado, en cambio ha tenido fortuna al ser juzgado como poeta y autor dramático. ¿A qué ha obedecido esto? Tal vez a la consideración de su propia desventura y al respeto de cierta aureola que le rodeaba desde joven, y que la generación siguiente a la suya admitió sin contradicción y con todo el valor de cosa juzgada. Cuando se representaban las obras de Serra, el teatro español, sumido en lastimosa decadencia, estaba invadido por una legión de medianías, entre las cuales, naturalmente, habían de sobresalir Serra y otras dos o tres figuras. Pero quien desapasionadamente estudie a Serra y Bretón hallará un profundo abismo entre los dos, sin que por ello haya de negar al autor de *Don Tomás!* determinadas cualidades dignas de elogio.

Así Fernández Bremón, que escribió ya a más distancia de Serra y examinándole con más calma que los anteriores, tuvo que reconocer los graves defectos de que adolece su obra (1).

* * *

A parecidas conclusiones habrá que llegar si se considera a Serra como poeta lírico. Siendo todavía un muchacho, a los diez y ocho años, publicó un tomo de *Poesías líricas*, en las cuales, como puede suponerse, ajustábase a los moldes por entonces admitidos. Eran principalmente leyendas zorrillescas (*Un ángel y un hombre*, *Un castigo por amor*), romances, octavas, seguidillas y quintillas. Hay, por descontado, versos amorosos, dirigidos a R., y hay los correspondientes reproches de ingratitud, como en *Un adiós a mis amores*:

«Adiós, ya no importunando
tus sueños irán mis quejas
como cuando, suspirando,
pasaba noches cantando
en el dintel (*sic*) de tus rejas.»

La poesía titulada *Un buen recuerdo* es una verdadera dolora, con el siguiente estribillo:

«Que todo pasa en la vida,
todo con el tiempo muere» (2).

(1) Los autógrafos de muchas de las citadas comedias de Serra, y de otras inéditas, obran en la Biblioteca Municipal de Madrid. Ello se debe al generoso donativo de la señora doña Pilar Pérez, que los poseía, hecho por intervención de D. Juan Ródenas. En honor de ambos debe hacerse constar aquí, con el merecido elogio.

Los autógrafos existentes son los de las siguientes comedias:

Un hombre importante.—*Culpas atrasadas*.—*Mi mamá*.—*Con el Diablo a cuchilladas*. *La calle de la Montera*. *Un huésped del otro mundo*.—*¡Don Tomás!*—*La boda de Quevedo*.—*El reloj de San Plácido*.—*La edad en la boca*.—*Una historia en un mesón*. *En crisis*.—*El loco de la guardilla*.—*El bien tardío*.—*El todo por el todo*.—*El alma del rey García*.—*Amor por señas*.—*El gran día*.—*La caprichosa*.—*Todos al baile*.—*Flor de los cielos*.—*La muerte de Theudiselo*.—*A la puerta del cuartel*.—*Las dedichas de un buen mozo*.—*La prueba plena*.—*Perdonar nos manda Dios*.—*Dos Napoleones*.—*Entre bastidores*.—*Luz y sombra*.—*Un modelo*.—*Aventura en un mesón*.—*La hechizada*.—*La deuda más olvidada*.—*Deudas afortunadas*.—*El Cristo de la Verdad*.—*Boda secreta*. *Con la pena del Talión*.

También figuran varias poesías autógrafas, entre ellas ocho dirigidas a Alfonso XII, y los siguientes poemas: *Ballasar Raya*.—*Matador y santo*.—*El alma errante*.—*Ave Maria*.—*La confesión de un muerto*.—*El mejor galán*.

(2) *Poesías líricas* de Don Narciso Serra. Madrid, 1848. Establecimiento tipográfico de D. J. Llorente, calle de Alcalá, n. 44.

Esta poesía y algunas otras del mismo tomo pasaron al que muchos años después, en 1876, publicó Serra. Forman este tomo en gran parte varias leyendas: *Matador y santo*, sobre la vida de San Macario; *El alma errante*, en que Serra, con escasísimo impulso de alas, quiso remontarse a las filosofías de Campoamor; *Baltasar Raya*, de asunto fantástico, en que juega un hijo vendido al diablo por su padre; *El mejor galán*, tradición religiosa; *Ave María*, lo peor indudablemente de cuanto produjo la pluma de Serra, y *La confesión de un muerto*, cuento dedicado al rey Don Alfonso XII, y cuyo protagonista, nuevo Don Juan Tenorio, se salva por haber socorrido a un leproso. Ni en estas leyendas, ni en las poesías que completan el libro, será posible, por muy buen deseo que se ponga, señalar bellezas de versificación. Sólo algunas de estas últimas, como las tituladas *A mi madre*, *A mi mismo* y *¡Ay de mí!*, causan impresión profunda, porque presentan al pobre poeta enfermo y desvalido, sometido a las torturas de la pena y aun de la desesperación (1).

Momentos más felices revelan algunas poesías que publicó sueltas, como las insertas en *El sombrero* (1859), o aquella fabulilla, bastante conocida:

«A un santo le tocó la lotería
y a Dios le daba gracias noche y día.
Pero un ladrón, que halló la puerta franca,
le robó con auxilio de una tranca.
*Dios premia al bueno, pero vien : el malo,
le quita el premio y le sacude un palo.»*

También aquellos versos *A Joaquina*, escritos en sus últimos años:

«Joaquina, me desatina,
cuando me miro al espejo,
el encontrarme tan viejo,
¡pero tan viejo, Joaquina!

Llena el corazón de pena
que ya no moje la lluvia
mi larga melena rubia,
que ni es rubia ni es melena.

Y escucho a cuantos me ven:
—¡Oh! Narciso Serra, salvo
que se halla baldado, calvo
y hecho una plasta, está bien.

(1) *Leyendas, cuentos y poesías*, originales de Don Narciso S. Serra. Segunda edición, corregida y aumentada. Madrid. Imprenta y Librería de Eduardo Martínez, (Sucesor de Escribano), calle del Príncipe, 25. 1877.

Y cada vez que te veo
en mi dolor siento creces:
tú cada día embelleces,
y yo cada día *enfeo*.

Y comento por mil puntos
este pensamiento amargo:
—Yo soy viejo, y sin embargo
hemos sido niños juntos.»

La época que correspondió a Serra en la vida literaria de España, no fué en verdad muy brillante, ni para la lírica, absorbida por las febles modulaciones de Selgas, Arnao y sus numerosos discípulos, ni para la dramática, en que, salvando las obras de Ayala y Tamayo y algunas comedias ingeniosas, privaban los efectismos sentimentales de Rubí, Camprodón, Pérez Escrich y Luis Mariano de Larra. Serra cumplió su papel discretamente, pues sin abrir caminos nuevos satisfizo el gusto público con recursos de mayor realismo. De *ingenio incompleto* le califica Fernández Bremón, y así es verdad. Dejando su importancia reducida a los justos límites, no es posible negar tampoco la significación que tuvo en uno de los momentos críticos de nuestro arte dramático.

NARCISO ALONSO CORTÉS.

EL CASTILLO DEL REAL DE MANZANARES

Séanos permitido comenzar el somero estudio del interesante castillo de los Mendoza expresando la extrañeza que nos causa encontrarle citado en escritos de cierta consideración de manera absolutamente inadecuada.

Escribir castillo de Manzanares el Real es un contrasentido, porque Manzanares el Real es el pueblo, y el pueblo es posterior al castillo —aunque la afirmación resulta aparentemente aventurada, puesto que el pueblo aparece como fundado por los segovianos en 1247—; nació a su sombra, progresó a su cobijo, y mal pudo dar nombre el hijo al padre.

Sea cual fuese el origen de la fortaleza, que aún alza su bella silueta en uno de los lugares más amenos de nuestra sierra guadarrameña, es indudable que el castillo se alzó para defensa del territorio realengo comprendido en límites que, sobre la actual carta geográfica, seguirían la línea férrea del Norte por Pozuelo, Villalba, Collado Mediano y El Espinar la falda de la sierra hasta Sepúlveda, la carretera de Madrid a Buitrago por Alcobendas hasta Fuencarral, para bajar por El Pardo a Pozuelo otra vez.

Por ser valle principal, abundar en él la ubérrima arboleda de sabroso fruto y ser tierra de reyes, le vino el apelativo de Real de Manzanares. El castillo que requirió su defensa sólo del Real de Manzanares puede llamarse, y así lo consignan Colmenares en su *Historia de Segovia* y cuantos autores se ocupan de los pleitos, secuestros y peripecias a que dió lugar la cesión del realengo por Don Juan II a su mayordomo D. Pedro González de Mendoza en 14 de octubre de 1383, la institución del mayorazgo en favor del hijo de D. Pedro —que fué luego almirante de Castilla—, creación que data de dos años después (1), y por si todo esto fuera poco, la donación, en 2 de agosto de 1445, de los títulos de marqués de Santillana y conde del Real de Manzanares a D. Íñigo López de Mendoza, que si a más de gran poeta y claro varón se le puede llamar conde del Real de Manzanares, no creo que nadie se atreva a decir que fué el primer conde de Manzanares el Real, mote novísimo que han colgado a su castillo el Patronato Nacional de Turismo y alguna otra publicación también de carácter oficial.

1) Libro índice de los instrumentos y pertenencias de que se compone el Real y Condado de Manzanares. Archivo del Infantado.

Y puesto lo del nombre en su punto, más que por pueril escrúpulo, por arraigada costumbre de dejar las cosas tales como son, fijemos algunos rasgos esenciales de la suntuosa fortaleza, que bien merece por su textura y por su historia la atención que hemos de prestarle.

ORIGEN DEL CASTILLO

Cedido el Real a D. Pedro de Mendoza, éste instituyó en él un mayordazgo para su hijo D. Diego. El almirante murió en 1391, y pleitearon por el realengo su hija doña Aldonza de Mendoza y su hermanastro D. Iñigo. Hubo, ya lo hemos indicado, secuestros, tomas de posesión, dejaciones y demás peripecias bien conocidas en los litigios de la época, hasta que por cédula original del rey Don Juan II, de 6 de julio de 1435 (1), conservada en el Archivo del Infantado, se dió posesión del Real a D. Iñigo López de Mendoza. Corroboran este hecho, que los relatos de algunos cronistas datan erróneamente, una escritura de 11 de marzo de 1436, en que D. Iñigo se obliga a respetar en el Real ciertos privilegios de la Mesta; una cédula de Don Juan II, que lleva fecha de 1439, ordenando que no se sigan al marqués-poeta pleitos sobre el Real, por cuanto estaba en Jaén a su servicio, y otros documentos que prueban era dueño del territorio antes de 1442, en que, según los autores indicados, fué reconocido su derecho.

Como en estos documentos se habla del Real, pero no del castillo o fortaleza que lo guardara, ha pasado como cierto que erigió la fortificación el hijo del marqués de Santillana, D. Diego Hurtado de Mendoza; y no es extraño que así se admita, puesto que en el testamento otorgado por D. Diego en junio de 1475 declara: «Mando a la iglesia de Santa María de la Nava (2), que esta cabe el castillo que yo fago en la mi villa de Manzanares...»

Esta declaración, harto terminante, unida a la del cronista Hernando del Pulgar, de que tal prócer hizo «de principio» la fortaleza, no fué tenida en duda hasta que en los comienzos del siglo actual D. Vicente Lampérez, cuya competencia en materia de monumentos españoles me parece por encima de elogio, examinando muy por detalle la noble construcción, vino a pensar que la tal fundación era más que sospechosa, por lo cual, tras realizar un estudio arquitectónico, que luego extractaremos, por el que vió confirmadas sus suposiciones, se dió a la busca de prueba documental en

(1) En el libro índice de todos los instrumentos y pertenencias de que se compone el Real y Condado de Manzanares hay esta nota al margen del folio 21: «La cédula, original del rey Don Juan II, alzando este secuestro y posesionando a D. Iñigo López de Mendoza, su fecha en Madrid, a 6 de julio de 1435, refrendada de Gómez Fernández de Córdoba, existe en el legajo 1, varios de particulares y la casa.» Arch. cit.

(2) No se refiere a la actual parroquia de Santa María de la Nava, que es del siglo xvi, sino a la que estaba «cabe» su castillo y luego quedó comprendida en el recinto.

que apoyar tan importante rectificación, no ya de autores que pasan por no necesitar cedazo crítico, sino del que aparecía como primer poseedor de la mansión, lo cual, reconozcámoslo, es más peliagudo.

Pero no falló la perspicacia del sutil arquitecto, y con ello demostró una vez más que no conviene desatender lo que dicen las piedras, aunque no anden muy acordes con referencias escritas y aun actas notariales, y así vino a topar con un requerimiento que se hizo en 1405 —setenta años antes de la supuesta fundación por D. Diego— por los escribanos de Guadalajara Fernán Rodríguez y Alonso Martínez a doña Aldonza de Mendoza «en los palacios que son cerca de la villa de Manzanares», para que no tomase resolución sobre los bienes en litigio (1).

Dió luego con una traducción al castellano del *Arbre des batailles*, que forma parte de la colección del marqués de Santillana —hoy en la de manuscritos de la Biblioteca Nacional—, traducción de Antón de Zorita, y que lleva al final estas palabras: «Escripta en Manzanares, a veynte de setiembre del año de la nactivitat de nuestro Salvador Jesu Cristo, m^o cccc^o xl i^o años. A vuestro servicio y mandamiento presto. Çorita.»

Queda, pues, demostrado que a principios del siglo xv existían en Manzanares «palacios» habitados por doña Aldonza en su prolongado pleito, y que a mediados del mismo siglo la vivienda era tan espaciosa que cobijaba al marqués D. Íñigo con sus libros, su corte literaria y sus escribas. No cabe duda que la fundación de D. Diego requiere explicación, puesto que está documentalmente refutada.

Pero, ¿puede pensarse que los palacios de doña Aldonza fueron el origen de la fortaleza? ¿La villa de Manzanares, fundada en 1247, permaneció indefensa hasta 1405, es decir, en la época en que los poblados requerían con más necesidad amparo para vivir con muy relativo sosiego? ¿El Real de Manzanares no tuvo castillo hasta que lo construyó D. Diego, precisamente en el período en que los castillos empiezan a desaparecer, tanto por las medidas con que los reyes procuraron humillar a la nobleza, como por la progresiva suavización de las costumbres, período en que los que quedan en pie pasan de ser castillos a ser palacios?

No parece lógico, y así lo pensó Lampérez con indudable acierto, por lo que siguiendo sus indagaciones pudo precisar que el castillo fué construído por D. Íñigo, ampliando la fortaleza anterior —la que ocupó doña Aldonza— en 1440 aproximadamente, y aprovechando una antigua torre defensiva —¿la que permitió la fundación de la villa?—, que seguramente fué erigida para amparar una pequeña iglesia. En 1473-74 el segundo marqués, D. Diego Hurtado de Mendoza, hizo grandes obras de reforma y ampliación, tan considerables que bien pudo decir en su testamento «el castillo que yo fago en la mi villa de Manzanares». Su hijo D. Íñigo, segundo duque del Infantado, construyó la galería alta y otras partes hacia 1480, y aún existe otra reforma posterior y de época indeterminada.

(1) Archivo del Infantado. Libro índice cit. Legajo 1.680 del Archivo de Osuna.

Con esto da fin a la construcción, de la que el padre Pecha, en el siglo xvii, decía: «... es un lugar, aunque pequeño, de mucha recreación, muy sano, aunque muy frío en invierno. Quiso el marqués [D. Diego] hacer sus habitaciones en él, y como en aquellos tiempos había temores de guerra en todas partes, quiso, para defensa de su persona, hacer casa fuerte. Labró allí una fortaleza toda de piedra de sillería y mampostería, con



El castillo del Real del Manzanares visto desde uno de sus ángulos

cuatro torres a las cuatro esquinas y torre del homenaje, con cuatro cuartos alrededor, altos y bajos, con columnas admirablemente labradas, los techos dorados, el patio muy proporcionado a la capacidad del edificio. No hizo jardines porque toda la villa está cercada de jardines y huertos» (1).

A fines de este siglo «sólo las murallas exteriores estaban en pie». Los Mendoza, engrandecidos y cortesanos, no paraban atención más que en su regio palacio de Guadalajara. El castillo de Manzanares yacía abandonado. Hasta llegó a salir del poder de la linajuda familia, para volver a él en tiempo bien reciente.

LO QUE CUENTAN LAS PIEDRAS DEL CASTILLO

Veamos en qué fundamenta Lampérez sus sospechas acerca del origen del castillo.

Este de Manzanares pertenece al tipo de fortaleza de disposición regular emplazados en llanuras. Es de creer que tuvo un recinto murado seguido de un foso, de los que hoy no queda vestigio. El que subsiste es el segundo recinto, que contornea el cuerpo principal con el muro ahuecado al interior, por garitones aspillerados, sostén de un adarve con almenas. En el lienzo del Oeste se abre el ingreso, flanqueado por dos torres cilíndricas y defendido por un paso con matacanes, y tal vez por un *revellón* o cuerpo avanzado. Esta puerta no tuvo puente levadizo ni peine, sino hojas fuertemente atrancadas.

El cuerpo del castillo es de disposición cuadrangular, con torres cilíndricas en tres de sus ángulos y otra prismática de mayor importancia en el

(1) Pecha (H), *Historia de Guadalajara*.

cuarto, junto a la puerta, que, como en todos los castillos medievales, no coincide con la del recinto, sino que se abre en la parte opuesta, para hacer más eficaz la defensa, obligando al enemigo, caso de que forzara la primera, a contornear la fortaleza por camino descubierto, bajo los tiros de los defensores. El cuerpo principal aparece adicionado con otro en el lado Este, rematado por esta parte con un muro cilíndrico a modo de ábside.

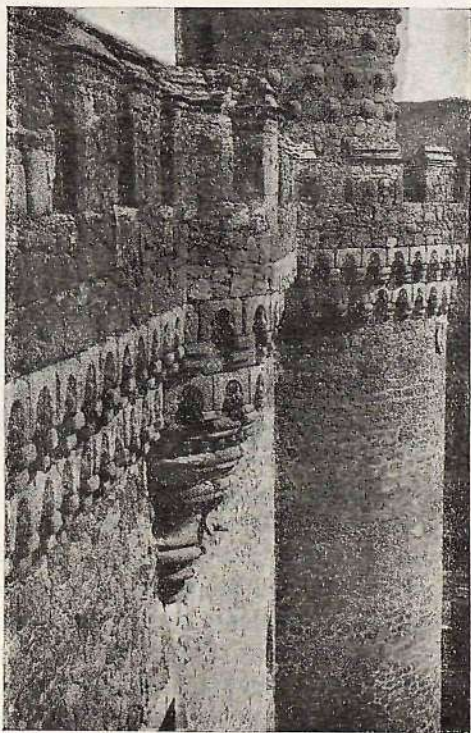
Las fachadas son de mampostería y de sillarejo granítico procedente de las vecinas canteras, a excepción de la puerta, que es de sillería labrada, con arco apuntado, gran dovelaje y enjutas lisas, circundadas por un *arrabá* muy frecuente en el tipo español del siglo xv.

Rompen a bastante altura la fachada huecos rectangulares, con guarniciones graníticas. La cornisa es de triple hilada, de pequeños nichos trilobulados, dispuestos de manera que dan en conjunto la forma del *moçárabe* o estalactita mahometana. Cortan la cornisa, en el centro de las cortinas, grandes *trompas* o saledizos ricamente moldurados, que sustentan garitas. En los centros de los muros y torres campean escudos sin corona ni yelmo, con los cuarteles aspadados, las fajas de los Mendoza y el «Ave María» de los Garcilaso de la Vega.

Sobre la cornisa hay un adarve con merlones y almenas, y rematan las torres otros cuerpos menores, cilíndricos en tres y octogonal en la del homenaje. Los muros de las torres están curiosamente decorados con grandes rombos cuatrilobulados hechos con cal y semiesferas de piedra que sobresalen en sus centros. Moçárabes y merlones coronan estos cuerpos.

El sistema decorativo es interesante por la semejanza que ofrece con otras obras de los Mendoza a las que precede ésta cronológicamente, lo que hace pensar que fué su modelo.

Aunque se ha dicho que esta decoración es de origen italiano y no anterior al siglo xvi, resulta que el fajado de cal es una hijuela de un procedimiento muy usado en casas y palacios de Segovia, Avila, Toledo y otras ciudades de Castilla, como puede probarlo la torre del homenaje del Alcá-



Detalle de la cornisa y de la escaraguita

zar segoviano, obra de Don Juan II, y el patio de Santo Tomás de Avila, de los Reyes Católicos.

Es indudablemente una imitación de las yeserías mudéjares, y las semiesferas salientes un caso «premature» de las puntas de diamante, clavos, conchas, etc., que ostentan los palacios del Infantado en Guadalajara, el del Seminario Conciliar de Baeza y la casa de los Maldonado en Salamanca (1).

El interior del castillo está distribuido de esta manera: Un vestíbulo que sirve de ingreso, que no enfrenta con la anterior, con saeteras en los muros para vigilar su defensa. Desde él se llega a la plaza de armas, en total ruina. En los muros se ven los mechinales de los antiguos pisos, las hoy inaccesibles ventanas, algunos arranques de arco y en el suelo el emplazamiento de varias columnas.

Hubo un patio con galerías y crujías en dos o tres de sus lados, al que daban las cámaras, aposentos y retretes. Aún se descubre el emplazamiento de la cocina por el fregadero empotrado en un muro.

En el lado Este, contiguos a la muralla del testero, hubo dos enormes macizos de mampostería, que hacen pensar en una construcción más antigua; y se da la circunstancia de que esta muralla del testero no tiene ninguna puerta que comunique esta parte del castillo con la contigua, y tiene en cambio saeteras para la vigilancia, de donde se puede lógicamente colegir que al ser construido era muro exterior y no daba a interior cerrado como en la actualidad.

«La ruina y vacuidad del recinto —dice Lampérez— se rehace y llena con lo que por felicísimo suceso se ha conservado allí mismo, maltrecho y discordante, pero muy bello y expresivo. Trátase de las piedras labradas que formaron una arquería de dos pisos circundando el patio. Tuvo pilares facetados y estriados, con capiteles de frondas esculpidas y arcos, que en el piso inferior son casi rectilíneos, en forma que recuerda la del llamado «Tudor» en la arquitectura inglesa, y en el superior son de tres centros con conopio. En las enjutas hubo racimos de moçárabes, a modo de mén-sulas. Todo es de estilo gótico, ya decadente, con reminiscencias mudéjares. Reparemos en las piedras: las de un antepecho, de arquillos menudos; las de unos remates o pináculos, simulando haces de ramas atados con cuerdas, llameantes, a modo de hachones de iluminación; por fin, las más notables, varias piezas que al parecer formaron el tímpano de una portada, conteniendo en relieve tres escudos nobiliarios con empresas conocidas: el aspado de los Mendoza y Vega; el de Luna, compuesto de una media luna con bordadura de castillos y leones, y el de los Enríquez, con dos castillos y un león recuadrados de veros. Coronas titulares y yelmos con dragones y lambrequines rematan los escudos. Son el del primer duque del Infantado y los de sus dos esposas, Doña Brianda de Luna y Doña Isabel Enríquez.

(1) Lampérez y Romea, *Una evolución y una revolución en la arquitectura española*. Madrid, 1915.

»Veamos ahora el cuerpo del castillo adosado al muro oriental: Es de planta cuadrada, con un saliente semicircular. Se ingresa por una puerta exterior, abierta a la altura del adarve del primer recinto. Ya dentro llama desde luego la atención el cuerpo semicircular, porque no está en el eje general de la construcción, sino bastante oblicuado, porque su fábrica es de ladrillo, diferente, por tanto, a la del castillo, y porque se ve claramente que es una obra por completo distinta en época y estilo, *enfundada*, si vale la palabra, por los muros pétreos de la fortaleza. En cuanto a su destino primitivo no cabe dudar: la forma semicircular, el nicho del fondo (relicario) y las *credencias* laterales dicen su destino religioso. Era el ábside de una iglesia.

»Divide el solar que este cuerpo encierra una arquería que produce nueve compartimientos; tiene pilares octógonos y arcos de medio punto en la nave central y apuntados en las laterales; todo es de estilo gótico decadente, pero sencillo.

»Es curioso notar que la arquería no está enjarjada con los muros, sino simplemente adosada, denotando con ello ser obra pegadiza, algo más moderna. Sostuvo en tiempos un techo general de maderos, que era el piso de un gran salón superior, al que se ingresaba por una exigua puerta desde la otra parte del castillo. Varias ventanas le daban luces. Encima de la parte absidal hubo otra muy elevada, a modo de torre defensiva de este cuerpo, y montada sobre el adarve, cuyo almenado primitivo fué destruído para emplazarla.

»Falta por describir una interesante parte. En el lado Sur del cuerpo principal del castillo, sobre el adarve, álzase una bellísima galería, hecha en sustitución del antiguo paso almenado, como *paseador* con vistas al ancho valle. Se compone de un antepecho general y columnas, tallados aquél y éstas en punta de diamante, huecos con arcos rebajados, de tracería un poco «flamígera», que apeaba en el centro una columnilla y cornisa con gárgolas. Aprovechando la trompa avanzada que en el centro de la cortina había, como sostén de las «escaraguaitas», hizo el arquitecto un mirador



Abside de la capilla enfundada en el castillo, restos de la iglesia unida a la torre primitiva

con saliente de pintoresco efecto. El estilo es gótico, pero de mayor decadencia, y de otra mano que la obra del patio que queda descrito.»

Hemos respetado totalmente la anterior descripción, tanto por lo que tiene de notable y rigurosa, como porque es la justificación más plena de las deducciones establecidas por el mismo autor.



Detalle de la galería de la fachada lateral

«Había en el siglo xiv— dice, completando su pensamiento—, en la cima de un cerro contiguo a la villa de Manzanares, una iglesita, constituida por un cuerpo rectangular y un ábside semicircular hechos con ladrillo en ese estilo que yo clasifiqué de «románico popular de Castilla», con nombre que he tenido la fortuna de ver adoptado ya en todas las historias de arte español. Acaso hubo no lejos una torre defensiva con habitación. Posesionado en 1435 D. Íñigo López de Mendoza del Real de Manzanares, sentiría la necesidad imperiosa de tener allí casa fortificada para asegurar su dominio, que de nuevo podía serle disputado. Y como lo pensó lo hizo, construyendo un castillo que comprendió en su *albacar* (1) parte de la iglesita,

obediente a la antiquísima norma de que todo fuerte había de tener una capilla o iglesia adjunta, incluso en el recinto murado; tan antigua, que trata de fundamentarse nada menos que en las acrópolis griegas, provistas todas de un templo. Fué la obra de D. Íñigo únicamente el cuerpo principal, cuadrangular torreado, y el recinto exterior. Me permite afirmarlo el estudio heráldico. En efecto, en lo alto de los muros exteriores y sobre la puerta de ingreso al recinto hay escudos con la empresa de los Mendoza de la Vega. Ninguno tiene corona. Es ese el escudo privativo del famoso poeta, el primero de los Mendoza que puso el «Ave María», el único titulado de la casa que, aun después de serlo y por hu-

(1) Campo cercano a un castillo que queda entre éste y su recinto murado. Véase la obra de D. Manuel González Simancas, *Plaza de armas y castillos medievales de la frontera de Portugal*. Madrid, 1910.

lamilde, no usó corona, o usó con tal parquedad que no se encuentra fácilmente» (1).

.....
»En cambio su hijo primogénito D. Diego usó corona: allí está en los escudos del interior del castillo. Si, como parecen decir los documentos, la fortaleza hubiera sido obra del segundo marqués de Santillana y conde del Real, sus escudos estarían en el exterior del castillo juntos con los de Luna y Enríquez, y aun si sólo hubiera puesto los suyos, tendrían corona, pues no hay razón para que en los de dentro la pusiera y no en los de fuera.

»El estudio heráldico permite suponer, por tanto, que fué D. Íñigo el que levantó la parte principal del castillo de Manzanares, probablemente antes de 1445 en que tituló.

»Era de tipo puramente militar; mas no sin contener aposentos de vida civil, aunque fuesen modestos. Llegaron los días de apogeo de los Mendoza, como consecuencia del espléndido refugio que prestaron en su fortaleza de Buitrago a la reina Doña Juana y a su hija la Beltraneja; dióle el rey en premio al primogénito las villas del Infantazgo (2), y con ello alcanzó el castillo de Manzanares la época de una de esas transformaciones cuya génesis relaté (3). El castillo se convirtió en palacio; levantóse en su plaza de armas el patio descrito, haciéndose en las crujías suntuosas cámaras y aposentos. Allí están para probarlo técnicamente los enjarjes de los arcos del patio, mostrando ser obra empotrada en unos muros anteriores; allí están para afirmarlo los escudos de Luna y Enríquez (4). El matrimonio de D. Diego con doña Isabel Enríquez fué en 1467 (5), lo cual da un límite inferior para fechar las obras; luego puede suponerse lógicamente que la que reseño comenzó hacia 1473-74, puesto que un año después, cuando D. Diego dictaba su testamento, «se estaba haciendo».

»Las piedras me dicen algo más: que la obra alcanzó mayores vuelos; que fué este Mendoza quien agregó al primer cuerpo el otro adosado. El hecho parece lógico, porque convertido todo el antiguo castillo en palacio, con patios y salones suntuosos donde había de aposentarse la *casa* (como entonces llamaban al acompañamiento de damas y caballeros), faltaba sitio para los ballesteros, lanceros, espingarderos, rondas, escuchas, atalayas, atajadores, velas y demás dependencia, y para dársele ocurrió ampliar el castillo con el otro cuerpo. Mas, por desconfianzas muy razonadas en aque-

(1) Amador de los Ríos, *Obras de D. Íñigo López de Mendoza*. El *Ave Maria* se lo concedió Alfonso XI a su bisabuelo Garcilaso en la batalla del Salado. El escudo aspada lo creó el almirante D. Diego, según Gutiérrez Coronel, en su *Historia genealógica*...

(2) La donación de las villas, en 1469, no llevó anejo el título de duque, que recibió D. Diego en 1475.

(3) Véase Lampérez, *Los Mendoza del siglo XV*. Madrid, 1916.

(4) El escudo de Luna lo usó también el segundo duque por su matrimonio con doña María, hija de D. Alvaro, como se ve en el palacio de Guadalajara. Sin embargo, no cabe suponer que sea él el autor de la reforma del castillo de Manzanares, pues no es lógico que colocase el de su madrastra la Enríquez.

(5) Véanse Aponte (G), *Linaje de los Mendoza*; Garibay, *Grandezas de España*.

llos tiempos, hízose sin comunicación con el principal, y, a mayor abundamiento, dejáronse las antiguas aspilleras de vigilancia y defensa, que «dominaban» sobre la gente de guerra y servidumbre.

»Hay más: Faltando sitio para la agregación, por levantarse en el «albacar» la iglesita, hubo que demolerla, dejando sólo el ábside, que quedó empotrado en la nueva construcción, como demuestra evidente, irrefutablemente el monumento mismo. La planta baja de este cuerpo agregado seguiría sirviendo de iglesia y de enterramiento a los muertos «que están y estarán allí sepultados», como dice D. Diego. Y como si quisieran aportar un testimonio de ultratumba irrecusable los esqueletos de esos muertos, han surgido del suelo de ese recinto en las recientes obras allí ejecutadas.»

Y ENTRE LOS MUROS HOY EN RUINAS...

Abandonemos a Lampérez, que tan excelente examen técnico nos ha proporcionado del castillo del Real de Manzanares, para reunir algunos rasgos históricos de esta fortaleza, que sin ser pródiga en ellos—faltando como faltan referencias de los primitivos tiempos—los tiene muy curiosos y dignos de mención, porque muestran cómo pasó por ella la vida fuerte, turbulenta, heroica y despreocupada del siglo xv, con aquella sociedad en que los vicios y las virtudes se trababan fuertemente movidos unos y otras por un nervio poderoso, que desdichadamente perdíase poco después para no volver a manifestarse.

Bien quisiéramos ahondar en el tema, que nos llevaría al estudio de una cuestión del más alto interés: la evolución social de España en los principios de la Edad Moderna; pero ni el espacio ni los límites naturales de estos apuntes consienten que pasemos de echar una rápida ojeada del ambiente histórico que el castillo del Real de Manzanares evoca.

Propiedad de una de las más encumbradas familias, que por lo dilatada y lo poderosa constituía una de aquellas instituciones de múltiples tentáculos de que se sirvieron los Reyes Católicos para llevar a cabo su misión histórica, fácil es comprender que el castillo del Real de Manzanares fue frecuentemente teatro de importantes sucesos íntimamente relacionados con los reyes y la nobleza de la época (1).

Le habitó D. Íñigo con su corte literaria y no accidentalmente, puesto que en él trabajaron sus escribas en la copiosa labor que confiada se les tenía. No es mucho pensar que algunas de las obras del marqués de Santi-

(1) Lalaing, señor de Montigny, en su *Relation du premier voyage de Philippe le Beau in Espagne*, en 1505 (Bruselas, 1816), consigna la renta que disfrutaban los mayores próceres civiles y eclesiásticos del reino. En cabeza de esta relación figura el gran maestre de Santiago, con 64.000 florines de oro; pero como el gran cardenal Mendoza reunía las del Arzobispado de Toledo y las del Obispado de Sigüenza, resulta que sólo por estos dos conceptos disfrutaba de 65.000 florines de renta; eso sin contar el abaciado de Valladolid.

llana fraguáronse al amparo de los muros de la fortaleza, puesto que no había de estar muy lejos de ella la Menga de Manzanares, que arrancó a su pluma ecos de tan encendido entusiasmo. Pero las obras del marqués—ciento treinta y cuatro cita Amador de los Ríos—no llevan data, excepción hecha del proemio de la *Comedieta de Ponza*, fechada en Guadalajara, y la *Carta* a su hijo D. Pedro, en Buitrago. Tampoco los copistas acostumbraban a hacerlo, como lo atestigua que de trece volúmenes que tienen dedicatoria sólo consta el lugar en que se hizo el trabajo en tres: un *Cicerón*, en Florencia; un *Virgilio*, en Guadalajara, y el *Arbre des batailles*, en Manzanares.

Los cronistas no se prodigan en referencias de esta naturaleza, ni sintió la vida agitada de D. Íñigo que sus contemporáneos parasen atención en los remansos de ella, por lo que tenemos que limitarnos a registrar su estancia y las obras de ampliación que Lampérez, muy atinadamente, le atribuye.

LA BATALLA DE TORO Y EL SITIO DE MADRID

Su hijo D. Diego habitó por más tiempo en la fortaleza, en la que reunió gentes para sitiar Madrid cuando el marqués de Villena se hizo fuerte en la villa, en vista de lo mal parados que habían quedado sus consejos en la batalla de Toro.

Dice Salazar y Mendoza acerca de este hecho, el único saliente en la historia militar del castillo (1):

«Luego que se ganó la batalla [Toro] se ganaron o redujeron a la obediencia de los reyes algunos lugares que seguían la opinión de los que habían decidido al rey de Portugal a su empresa. Era uno de ellos el marqués de Villena, y estaba apoderado de la villa de Madrid y de sus reales alcázares, y tenía dentro mucha gente que le guardare, y para mayor prevención había echado fuera los que procuraban el servicio de los reyes. Dióse cuenta de lo que pasaba al duque del Infantado, en Guadalajara, haciéndosele instancia para que viniese a entregarse de aquella villa por la parte que se concertó se le diese entrada. El duque consultó a la reina y al cardenal su hermano, que con ella estaba; mandó la reina se le enviase gente al duque para que, junta con la de su casa y la que le envió su hermano el cardenal, acudiese a Madrid. Obedeció así el duque y vino sobre Madrid, a tiempo que se había descubierto un trato entre los vecinos y no se pudo efectuar [la entrega].

•Aposentóse en el arrabal y cercó la villa por todas partes, y estrechóla tanto que por ningún camino se podían éntrar mantenimientos. Minóla por la parte de la puerta de Guadalajara, para ganar sus torres. Púsola en

(1) D. Pedro Salazar y Mendoza, *Crónica del gran cardenal...*, págs. 160 y sigts.

tal aprieto que salieron a concierto de que no se hiciesen daño unas parcialidades a otras, y prometiéndolo el duque y cumpliéndolo puntualmente.

»Los capitanes del marqués de Villena se recogieron en los alcázares, apercibiéndose para defenderlos. El duque los cercó por la parte de la villa y por de fuera, y dió el cuidado de ello a su hijo D. Íñigo López de Mendoza, conde de Saldaña. Hizose una tapia entre los alcázares y la villa, tan grande y ancha que aunque los cercados fueran socorridos no podían entrar en la villa ni los de la villa en los alcázares sino por ciertos lugares que se guardaban por la gente del duque.

»La casa de El Pardo y la fortaleza de la Alameda, a dos leguas de Madrid, tenían personas parciales al marqués y hacían desde allí mucho daño en el Real de Manzanares, tierras del duque.

»Hubo en los dos meses que duró el cerco entre las gentes del duque y los rebeldes muchas escaramuzas, muertes y heridas» (1).

Los que «escaramuzaban sobre Madrid y corrían las tierras del Real de Manzanares» eran—según Medina—Juan Zapata desde Barajas y el alcaide de El Pardo, contra los que D. Diego combatió con fortuna.

Perdonado Villena por la reina, D. Diego, que tenía escasa afición a Guadalajara (2), aunque en ella había dejado muestras de su magnificencia, volvió a su castillo del Real, donde le acometió una gran enfermedad, y murió en 25 de enero de 1479.

DOÑA MENCÍA, GENTIL, GRACIOSA Y DE GRAN BRÍO...

Pero no podía faltar en Manzanares —no fuera sin ella castillo— la aventura galante digna de sus salas suntuosas que caldea la extrema frialdad de que habla el padre Pecha con el tibio aliento de un amor famoso.

Lo fué el amparado por los recios muros del castillo, y sobre famoso, por la noble alcurnia de los enamorados, tuvo a su favor el escándalo más conocido de aquella época, rica en sucesos edificantes; por lo que, en los umbrales de la austeridad impuesta por la reina Isabel, sirvió de comidilla a los nobles, de preocupación a los reyes, de tema de estudio a los legistas, de enojo mal contenido a los predicadores y de asombro a cuantos defensores entusiastas de la Iglesia y la clerecía encontráronse inopinadamente con que era necesario legitimar a dos hijos de un cardenal, habidos cuando, aunque mozo, era obispo. Pero este cardenal era D. Pedro González de Mendoza, gran canciller de Castilla, y esto bastó para que todos los obstáculos cayeran por tierra.

(1) Medina y Mendoza, *Vida del cardenal D. Pedro González de Mendoza*.

(2) Según Enríquez del Castillo, fué arrojado por una intriga del rey, mal avenido con la preponderancia de los Mendoza en ella. Según otros, porque siendo hombre «vencido de mujeres» —palabras de Salazar— metióse en una aventura galante que puso en peligro su persona y casa. Medina dice que «perdió la devoción de los de Guadalajara y saltó della». Sea cual fuere la causa, ésta origina su ausencia de Guadalajara y que sea el Mendoza que más largamente habitó el castillo de Manzanares.

De cómo y cuándo nació el amor pecaminoso que a tan mal traer tuvo a todos no dicen gran cosa los cronistas. Escribían éstos cuando doña Isabel, sin dar de mano a sus empresas guerreras, la había puesto, y muy firme, en las costumbres y hábitos de aquella corte, menos circunspecta de lo que quería su señora; hubo en aquellos días caballero que por escribir ciertas misivas a una de las damas de la reina dió con sus huesos en la cárcel de Valladolid (1) y estuvo sentenciado a perder la cabeza; trance de que le salvó, sólo unas horas antes de cumplirse la sentencia, el mucho ánimo y omnímoda influencia del propio cardenal Mendoza, tras una agrísimas y curiosa escena en el propio dormitorio de los reyes; no es, pues, extraño que sobre la «travesura» famosa se escribiera lo menos posible, a pesar de lo cual podemos ofrecer al curioso algunos datos que han de ser de su gusto.

«Cuando el rey Don Enrique cuarto de Castilla —escribe Medina y Mendoza (2)— se casó con la reina Doña Juana, hija del rey Don Duarte, nieta del rey Don Juan, maestre de Avis, obligóse a dotar y casar en Castilla diez damas portuguesas que ella quisiera traer consigo, y así las trajo muy principales señoras, y una de ellas fué doña Isabel Enríquez, mujer segunda de D. Diego, duque del Infantado primero; y otra fué doña Leonor de Quirós, que casó con el adelantado D. Pedro Hurtado, hermano del cardenal; y otra fué doña Guiomar de Castro, primera duquesa de Nájera; y otra fué doña Mencía de Castro, que dixerón de Lemos, que entrambas eran primas hermanas, nietas de Alvar Pérez de Castro, y eran tías de la reina, primas segundas del rey Don Duarte, su padre. Yo alcancé algunas personas que conocieron a doña Mencía viviendo ella en Manzanares, y decían que era hermosísima y de gentil persona, y graciosa, y avisada, y de gran brío. Como en estas bodas del duque de Alburquerque hubiese grandes fiestas y las damas de la reina se mostrasen y tuviesen palacio y sarao, y el obispo fuese mozo, que ese año había 32, con el valor y persona de ella, con la libertad, aparejo y uso del tiempo, comenzó a tomar afición y a servirla en palacio algún tiempo largo por la orden cortesana; y como después las cosas del rey Don Enrique se desbarataron, y la reina Doña Juana estuvo mucho tiempo detenida en la fortaleza de Alaejos en poder del arzobispo D. Alonso de Fonseca, todas sus damas fueron cada una por su parte, y como esta señora [doña Mencía] quedase sola y en reino extraño, vino a poder del obispo, al tiempo que ya lo era de Sigüenza y arzobispo de Sevilla, y púsola en la fortaleza de Manzanares. Hubo en ella a D. Rodrigo de Mendoza, que fué marqués de Zenete, y a D. Diego, conde de Melito, señor de Almenara.»

Tenemos, pues, noticia de cómo se encontraron D. Pedro de Mendoza

(1) Medina y Mendoza, *Vida del cardenal Don Pedro González de Mendoza*. (Memorial histórico español, tomo VI.)

(2) Medina y Mendoza, *Vida del cardenal Don Pedro González de Mendoza*. (Memorial histórico español, tomo VI, pág. 168.)

y doña Mencía de Lemos. Era el «tercer rey de España», como le llamaban entonces, de recio carácter, «más atrevido a las manos que atado a la satisfacción de la palabra» (1); de su volcánico temperamento hay, a más de éstas, pruebas que en las crónicas quedan consignadas, y si en el «bien hablar» parece que no siguió muy fielmente los «consejos paternos» de su ilustre padre, hizo en cambio buena observanza de aquellos versos que figuran en la misma composición:

«Ama e seras amado,
E podras
Facer lo que non faras
Desamado.»

Muy digna de este amor debió ser doña Mencía, no sólo por sus prendas personales, que como se ha visto eran muchas, sino por las mismas pruebas que le dió el cardenal, aunque Salazar y Mendoza (2) la dirige esta alusión, no poco significativa:

«Como la reina [Doña Juana] vivió con la libertad y desenvoltura que vió aquel siglo, y en éste es bien notorio, sus damas anduvieron muy descarriadas y divertidas. O lo que puede uno bueno o mal ejemplo, mayormente de los reyes, de quien depende la composición de los reinos» (3).

Galantearon el cardenal y la portuguesa durante las bodas reales, pero justo es reconocer que las cosas no hubieran pasado de aquí sin la intervención de ajenas voluntades. Cayó la reina Doña Juana en poder del arzobispo; descarriáronse sus damas y compañeras, y fué entonces cuando, según Salazar y Mendoza, «el cardenal se encargó de favorecer a doña Mencía, la sirvió y quiso».

He aquí a doña Mencía en el castillo del Real de Manzanares.

Acerca de las fechas concretas de estos acaecimientos no hay absoluta seguridad, pues mientras los cronistas afirman «que doña Mencía vino a poder del cardenal siendo obispo de Sigüenza y arzobispo de Sevilla», y que en la fortaleza de Manzanares hubo sus dos hijos, otros comentadores discrepan de ello, al parecer con fundamento (4).

Pero en lo esencial están todos acordes. El cardenal llevó a la dama

(1) Medina y Mendoza, obra cit.

(2) Salazar y Mendoza, *Crónica del gran cardenal de España*.

(3) Véase en este punto el trabajo del doctor Marañón, *Historia clínica de Enrique II* (que está para aparecer), en el que se hace un curiosísimo estudio de la reina doña Juana y de su esposo, y en él se hallarán razones sobradas para rechazar la torpe o servil alusión de Salazar y Mendoza acerca de la inmoralidad de la reina, que si realmente existió no fué por consecuencia de su liviana condición, sino por causas bien distintas.

(4) Este último extremo se fundamenta en la declaración de Medina y Mendoza, en que dice: «... púsola en la fortaleza de Manzanares. Hubo en ella a D. Rodrigo, etc...»; pero he aquí evidente confusión, puesto que Medina y Mendoza no quiere decir que doña Mencía *hubo en la fortaleza de Manzanares* a sus dos hijos, sino que el cardenal *hubo en doña Mencía*, etc... En Manzanares sólo nació D. Diego, conde de Melito señor de Almenara.

portuguesa al castillo del Real de Manzanares, y allí vino al mundo —por lo menos— su segundo génito, D. Diego. En la fortaleza vivió doña Mencía mientras los amores constituían motivo de escándalo, período que debió durar desde 1460 a 1476 o más.

Pero era el cardenal harto poderoso y corajudo para que las cosas no cambiaran de rumbo, y con sobra de ánimo hizo frente a las dificultades que para el logro de sus propósitos oponía su condición eclesiástica, arreglándoselas al mismo tiempo para vencer los escrúpulos de la reina, que no eran flojos ni pocos. No eran flojos ni pocos a su vez los servicios debidos al cardenal y los que de él se esperaban, por lo que la austera señora hubo, por último, de ceder, y dió en Tordesillas, a 16 de junio de 1476, una cédula de legitimación, en la que se lee que «por cuanto D. Pedro González de Mendoza declara que siendo obispo de Sigüenza hubo a D. Rodrigo y D. Diego, sus hijos, con doña Mencía de Lemos, su madre, *no siendo ella mujer casada ni obligada a matrimonio alguno*, pidió que S. A. los legitimase, como lo hizo en lo temporal, así como el santo padre puede hacerlo en lo espiritual» (1).

Tras este documento aparece otro: una bula de la santidad de Inocencio, papa VIII, a favor del R. en Cristo D. Pedro González de Mendoza, cardenal de España, arzobispo de Toledo y canceller mayor de Castilla, «por la que concede licencia y facultad para que pueda disponer de todos sus bienes libres, adquiridos y heredados, y los pueda mandar por testamento codicilo y a su libre voluntad, como más bien visto le fuere, a cualquier ricos y pobres, extraños, consanguíneos, amigos, familiares, como también si... (por la fragilidad humana) hubiese tenido y procreado hijos; de cuyo defecto natalicio u otro cualquiera que padezcan los habilita y les pone en toda libertad, como si legítimamente fueran de legítimo matrimonio procreados, por la autoridad apostólica y por el tenor de la referida bula, para que puedan obtener todos y cualquier muebles, raíces, mayorazgos, fundaciones y otro cualquier que en su testamento o fuera dél les dejare». Datado en Roma el año 1488.

Pero no pudo satisfacer esta sutil aprobación papal todas las necesidades del tan fuerte en el gobierno de Castilla como ¡quebradizo en lides amorosas, cardenal Mendoza, por cuanto en 12 de mayo de 1489 la reina Isabel tuvo que dar en Córdoba otra cédula, refrendada por Fernando Alvarez de Toledo, en la que da licencia «a su primo D. Pedro González de Mendoza para que pueda instituir un mayorazgo, dos, tres o más en favor de D. Rodrigo y D. Diego, hijos de doña Mencía de Lemos, y don Juan de Tovar, hijo de doña Inés de Tovar».

Hubo, pues, que legitimar a este nuevo hijo, y a ello accedió el rey Don Fernando, en Jaén, el 21 de mayo de 1489.

Pero pongamos punto a las debilidades del «tercer rey de España».

(1) Documentos del Archivo de Osuna.

No está en nuestro ánimo enturbiar su renombre con el recuerdo de los muchos y amargos trances en que se vió durante la dilatada e improba tarea de legitimar a su siempre creciente descendencia. No está en nuestro ánimo, y aunque lo estuviere, ños impediría hacerlo el recuerdo de este pasaje en que Salazar y Mendoza da cuenta de una de las mil incidencias crueles a que dió origen la difícil situación en que colocaba a D. Pedro su doble condición de padre y de arzobispo:

«Predicóse delante del cardenal de la deshonestidad de los eclesiásticos, de manera que se entendió que se decía por él. Sus criados estuvieron muy impacientes queriendo vengarlo; pero se reportaron hasta ver qué hacía su amo. El cual, comiendo con muchos aquel día, mandó que le trajeran un gran presente de dulces y aves, y enviólo al predicador con buena parte de doblas para que se regalase.

»Lleváronlo muy a mal sus criados, y otra vez empezaron a bravear.

»El predicador procuró otro sermón, y enmendó tanto en él lo que había dicho en el pasado que a todos se les pasó el enojo.»

Con lo que se prueba que el gran cardenal conocía las flaquezas de los predicadores tanto, por lo menos, como los predicadores las suyas, aparte de que era bien sabido, como el mismo cronista aduce entre conciliador y mohino, «que bueno es predicar el Evangelio guardando los debidos respetos a los reyes y a los grandes del reino».

RAFAEL ALVAREZ.

UN BREVE DE PIO VI REFERENTE A «LA FLORIDA» Y TRADUCIDO POR MORATIN

A D. Roberto Castrovido, maestro de madrileñistas, con afecto y admiración.

I

ADVERTENCIA PRELIMINAR

1. No se sabe la fecha exacta, pero debió de ser a principios del siglo XVIII, cuando los vecinos de Madrid que habitaban junto a la Puerta de San Vicente vieja (1) acordaron erigir en sus inmediaciones una ermita dedicada a Nuestra Señora de la Gracia (2), siguiendo con ello la tradi-

(1) La Puerta de San Vicente vieja estaba situada a mitad del actual paseo de igual denominación. Era de sillería, con tres arcos — el central mayor —, de los cuales el de la izquierda daba entrada al parque del Alcázar — Campo del Moro hoy —, y los otros dos a Madrid. Sobre el arco central había además otro pequeño con una imagen de San Vicente Ferrer, de donde tomaban nombre la puerta y el camino. Figura esta puerta vieja en el plano de Madrid de Juan Pérez, inserto en la obra *Dificultades vencidas y curso natural en que se dan reglas... para la limpieza y aseo de las calles de esta Corte*, por José Alonso de Arce, Madrid, 1734; en el de Pedro Ribera, que posee Don Alfonso XIII, y en el *Plano geométrico histórico de la villa de Madrid y sus contornos*, grabado por N. Chalmandier en 1761. En 1770 se demolió y se levantó otra nueva más abajo, en la plazoleta que forma actualmente la conjunción de los paseos de San Vicente y de la Florida. Fué el autor de ésta D. Francisco Sabatini (1722-1795), arquitecto primero de Carlos III, y oriundo de Italia, que vino a Madrid hacia 1760. Los dibujos de proyecto originales se conservan en la Biblioteca Nacional, y la vista de dicho monumento fué el asunto propuesto por la Real Academia de San Fernando para la oposición de premios generales del año 1796. Por otra parte, hay un cuadro al óleo, de D. Andrés Ginés Aguirre, representando un país con figuras, en el cual aparece la Puerta de San Vicente, que se conserva en el Museo del Prado. En 1890 se desmontó la Puerta de San Vicente, y aunque se numeraron las piedras que la integraban, no ha vuelto a edificarse. Suponemos que se conservará en los almacenes del Ayuntamiento de Madrid. (Véanse Boix, *Los recintos y puertas de Madrid*, Madrid, 1928, donde se reproduce uno de los dibujos de Sabatini, y el *Catálogo de la exposición del antiguo Madrid*, editado por la Sociedad de Amigos del Arte, Madrid, 1926, números 184 al 188.)

(2) Teniendo en cuenta la situación de la Puerta vieja de San Vicente, débemos calcular que esta primitiva ermita estaría situada, poco más o menos, en el lugar que hoy ocupa el pabellón nuevo de la Estación del Norte.

La advocación de la capilla provenía de que en su altar había un cuadro de Nuestra Señora de la Gracia, que fué después restaurado, en 1773, por Francisco de Miranda, pintor de Carlos III, y actualmente está perdido, si es que existe. Por otra parte, en la plaza de la Cebada había también otro humilladero o ermita, dedicado a Nuestra Señora de la Gracia, independiente de éste.

cional costumbre de emplazar en las entradas de las poblaciones capillas sin culto, a modo de humilladeros, para los viandantes (3).

2. Esta primitiva ermita, construida de tierra y sostenida por la caridad pública únicamente, subsistió durante algún tiempo hasta que, en 1731 (4), D. Francisco del Olmo, guarda mayor del rey Felipe V, determinó levantar una nueva, dedicando a tal empresa «los emolumentos de contrabandos que le correspondían por razón de su empleo» en el Resguardo de Rentas Reales.

3. Mucho debieron de producir los tales contrabandos (5), pues pronto se reunió lo suficiente para la obra, y D. Francisco del Olmo encomendó los planos y edificación de la nueva capilla al arquitecto Alberto de Churriguera, que la concluyó al año siguiente (6). Y no contento con esto, encargó además al escultor D. Juan de Villanueva (1681-1763) (7) una imagen de San Antonio de Padua —de quien era muy devoto—, con destino a la iglesia; ordenando al artista que tomara como modelo para su obra «una

(3) Véanse las páginas IX y siguientes de la «*Noticia del motivo o causa de la fundación y dedicación de la capilla de San Antonio de Padua, llamada de la Florida, y mudanzas que ha habido de ella hasta el presente año desde su primera fundación. Con un Elogio a la nueva Estatua del Santo, hecha por el Profesor Don Josef Ginés. Añádese un resumen de la vida de este Glorioso Confesor y sus Gozos. Dedicada a los Fieles Ministros del Resguardo de Rentas de Madrid y de todo el Reyno. La saca a luz con motivo de la nueva Capilla que la piedad de nuestro Católico Monarca (que Dios guarde) ha mandado erigir a este Gran Santo un devoto suyo.*» Colofón: «Con las licencias necesarias (sic). En Madrid. Por Josef Herrera. Año de 1798.»

Un vol. en 8.^o menor. Lámina grabada representando al Santo + XLIV págs. Contiene: Dedicatoria, «Noticia histórica de la Hermita de San Antonio de la Florida», «Elogio a la estatua nueva de San Antonio de Padua y su capilla» (en verso), «Gozos de San Antonio» (en verso), «Resumen de la vida del glorioso San Antonio de Padua», «Responso» (en verso) y «Oración» (en verso).

De esta rarísima obra, cuyo inacabable título promete más de lo que en realidad contiene, existe un ejemplar en la Biblioteca Nacional (Sig. 3-31.642). En ella se insertan algunos datos aprovechados en nuestro trabajo y relativos a los orígenes de la ermita de San Antonio de la Florida, que si bien no tienen mucha extensión, en cambio merecen crédito, salvo algún error involuntario y fácilmente subsanable.

(4) Don Joaquín Ezquerro del Bayo, en su notable trabajo *Paseos [de Madrid]. La Florida. (Catálogo de la Exposición del Antiguo Madrid*, pág. 114), da la fecha de 1720 como la de edificación de la nueva ermita, siguiendo en esto a los señores Peñasco y Cambrónero en su libro *Las calles de Madrid*. Madrid, 1889 (pág. 231), donde se dice lo mismo.

Tanto el Sr. Ezquerro del Bayo como sus antecesores en el asunto, serían autori ad suficiente para que tuviéramos en cuenta este dato, si no proviniera en su origen de una afirmación de Madrid en su *Diccionario Geográfico*, tomo X (pág. 922), más gratuita que posible, cuya aceptación se explica por no haber tenido presente ninguno de los autores citados la *Noticia* anónima descrita en la nota anterior.

(5) También es posible que ayudara a ello el Resguardo de Rentas Reales, pues en muchas ocasiones se atribuye a esta institución, y no a su empleado D. Francisco del Olmo, la erección de la ermita a que aludimos.

(6) La *Noticia*, erróneamente, le llama *Juan*, nombre que no llevó ninguno de los Churriguerras. El autor de la ermita fué Alberto de Churriguera, hermano del famosísimo arquitecto don José (1650-1675), y autor de un proyecto de la capilla que se conserva, original, y firmado con su anagrama, en la Biblioteca Nacional. (Véase el documentadísimo estudio de Antonio García Bellido, *Avances para una monografía de los Churriguerras*, publicado en *Archivo de Arte y Arqueología*, núm. 13, pág. 21 y sigts. y lámina XI.)

(7) En la *Noticia*, José de Villanueva; pero se trata, desde luego, del padre y homónimo del célebre arquitecto D. Juan de Villanueva (1731-1811), que fué notable escultor.

pintura del Santo, que existe en la capilla de los Buenos Temporales de la iglesia de San Ildefonso de esta Corte, hecha por el profesor D. Pedro de Valpuesta, racionero que fué de la Santa Iglesia de Cuenca (8)». La escultura fué colocada en un altar lateral de la ermita cuando se inauguró en 1732, y por esta fecha, el generoso donante del edificio e imagen había ya alcanzado el cargo de gobernador del Campo de Su Majestad, por muerte de D. José de los Hoyos que lo disfrutaba.

4. Al poco tiempo, algunos milagros del Santo de Padua, que según piadosa tradición curaba las dolencias de quienes acudían a visitar su imagen, tallada por Villanueva, dieron gran fama a la nueva ermita, que acabó por perder la advocación de Nuestra Señora de la Gracia, y tomó la de San Antonio, que hoy perdura.

5. Entonces D. Francisco del Olmo suplicó al abad del convento de San Martín (9), como jurisdicción que era de éste el terreno donde estaba construída la ermita (10), que se incautara de ella y vigilara su gobierno espiritual, subviniendo a las atenciones del culto. Pero el buen abad, poco amigo de aumentar sus muchas ocupaciones, se negó en redondo al deseo manifestado por del Olmo, y sólo accedió a cumplirlo cuando habiendo acudido éste con igual solicitud al arzobispo de Toledo, el cardenal primado —que lo era entonces D. Diego Astorga y Céspedes (1720 a 1734)—, le obligó a que designara un monje de su convento para celebrar en la ermita oficios divinos los días festivos, y un ermitaño para vigilar la conservación del edificio y cuidar de su limpieza.

6. Por desgracia, cuando en 1768 acordó Carlos III —en su loable afán de embellecer esta villa que tanto le debe— el trazado y ejecución del nuevo paseo de San Vicente, que ensanchó con los terrenos colindantes, hubo de demolerse la obra de Alberto de Churriguera (11); y la imagen de San Antonio, ejecutada por Villanueva, se trasladó a la iglesia de San Martín mientras se construía otra ermita, que encargó el rey a D. Francisco Sabatini. El sitio elegido para emplazar esta tercera capilla no fué muy lejos del que ocuparon las anteriores, si bien fué preciso aproximarse algo hacia el Norte para dejar amplitud a las laderas del paseo nuevo, poco diferente del que ahora existe.

(8) Nada hemos logrado averiguar tocante a la capilla de los Buenos Temporales, que es de suponer estaría dedicada a la Virgen de esta advocación, e ignoramos, asimismo, el paradero actual de la pintura de Pedro de Valpuesta (1614-1668).

(9) Se trata del que estuvo situado en lo que hoy es plaza de San Martín, popularísimo en los siglos *vxn* y *xviii*. (Véase Mesonero Romanos, *Manual de Madrid*. Madrid, 1831.)

(10) No debió de edificarse muy lejos de la anterior, sino seguramente en el mismo sitio, esto es, en el paseo de San Vicente actual, según se deduce de lo dicho más adelante. (Véase el párrafo 6.)

(11) No harían mucho para estorbarlo los neoclásicos arquitectos del reinado de Carlos III, que juzgaban a los Churriguera como los introductores del *mal gusto* en el Arte. Aún puede que se procurara la demolición de la ermita, pues parece poco verosímil que siendo terreno sin edificar el que la rodeaba no se hallase solución más favorable al edificio. No hay que olvidar los imperdonables *arreglos* que hicieron arquitectos de esta época en maravillosas portadas barrocas, picando y arrasando sus originalísimas ornamentaciones.

7. Empero, la estabilidad de la iglesia edificada por Sabatini no había de ser muy duradera. En 1792 compró Carlos IV, con el fin de ensanchar la Casa de Campo (12), la vastísima posesión conocida con el nombre de «La Florida» (13) y otros terrenos limítrofes, entre los cuales estaba el ocupado por la ermita de San Antonio; y entonces, para construir los bellísimos jardines donde tanto gustó de solazarse la reina María Luisa de Parma, fué necesario derribar otra vez la capilla citada, y otra vez también,

(12) Acerca de la Casa de Campo, consúltese el completo e interesante artículo de D. Miguel Velasco, *Residencias Reales [de Madrid]. Real Casa de Campo (Catálogo de la Exposición del Antiguo Madrid*, pág. 65.)

(13) Esta estupenda posesión, popular en los siglos XVIII y XIX más que ninguna acaso, fué vendida por el marqués de Auñón, en 1613, al cardenal de Toledo D. Bernardo Sandoval y Rojas, que la convirtió en una espléndida huerta, regalándosela luego a su sobrino el duque de Lerma, D. Francisco Gómez de Sandoval. Este hizo donación de La Florida a la Compañía de Jesús, que la vendió al poco tiempo a D. Gabriel Ortiz de Sotomayor, obispo de Badajoz. Comprada la finca en 12.250 ducados de a 11 reales por D. Diego de Cobos y Luna, tercer marqués de Camarasa, la heredó a su muerte un hermano suyo llamado D. Manuel, que la vendió a su vez en 14.000 ducados a D. Francisco de Moura y Corte Real, conde de Lumiares, primogénito del marqués de Castel Rodrigo —título que había de ostentar más adelante—, gobernador de los Países Bajos en 1668 y esposo de doña Ana María Moncada de Aragón y de la Cerda.

El nuevo propietario se dedicó sin descanso a mejorar y embellecer su posesión, comprando para enriquecerla las siquientes, contiguas a ella: la huerta llamada La Buitrera, o la Salceda (del apellido de su dueño), propiedad de D. Luis Muriel de Salcedo y Valdivieso, caballero de Alcántara; la huerta de la duquesa de Villahermosa, que perteneció a este título y la vendió su poseedor entonces, D. Pedro González de Mendoza y Vozmediano, señor de las villas de Cubas y Grifón; y otra huerta, sin nombre conocido, situada más arriba de los caños de Leganitos. En años sucesivos sigue incorporando nuevas fincas a la ya extraordinaria de La Florida: en 1673, dos tierras de sembradura; en 1674, los terrenos y huertas denominados de las Minas o las Minillas, que se extendían hasta la actual plaza de España; y en 1675, otra huerta cercada, «en la calle que va de Leganitos al convento de San Bernardino, frente al de San Joaquín», esto es, no lejos del palacio de Liria. De la riqueza y extensión de La Florida en esta época puede dar idea un relato del conde Fernando Buenaventura de Harrach, que en 1673 visitó al marqués de Castel Rodrigo en sus regios dominios.

Muerto el marqués, heredó la valiosa posesión —se valuaba en 4.395.821 reales, y tenía de extensión 132 fanegas y siete celemines, cercados, y tres celemines y un cuartillo de sembradura— su hija mayor, doña Leonor de Moura, condesa de Lumiares, que habiéndose casado primero con D. Anelo de Guzmán, hijo del duque de Medina de las Torres y nieto del conde-duque de Olivares, y después con el marqués de Almonacid, murió sin hijos, por lo cual pasó La Florida a la hermana de su poseedora, doña Juana de Moura, casada con el príncipe Pío de Saboya, de quien le vino el nombre al cerrillo, llamado pomposamente montaña por los madrileños, que era el punto más elevado de la inmensa finca. Más adelante había de hacerse tristemente célebre la Montaña del Príncipe Pío con los repugnantes asesinatos de españoles cometidos en ella por los ejércitos de Napoleón, e inmortalizados por el genio de Goya.

A continuación de la citada doña Juana, poseyó La Florida su hijo primogénito D. Francisco, sexto marqués de Castel Rodrigo y príncipe Pío de Saboya, que murió trágicamente en una formidable inundación de la finca de la duquesa de Mirándola.

Después heredan La Florida y la Montaña del Príncipe Pío, sucesivamente, D. Gisberto, hijo del anterior, que muere sin descendencia, y su hermana doña Isabel, que vendió la posesión a Carlos IV en 1792 por 1.900.000 reales de vellón.

«Los límites de la finca vendida no comprendían las casas principales de la plazuela de los Afligidos, su jardín y huerta, ni la capilla pública de Nuestra Señora de la Concepción, unida a ella, vulgarmente llamada de la Cara de Dios, la cual se reservó el Mayorazgo [del Marqués de Castel Rodrigo], y fueron vendidos a mediados del siglo XIX a excepción de la capilla». (Véanse los eruditos artículos de D. Joaquín Ezquerro del Bayo titulados *Paseos* (ya citado en la nota 4) y *Casas de Recreo [de Madrid]. La Florida y Montaña del Príncipe Pío* (en el *Catálogo de la Exposición del Antiguo Madrid*, pág. 124), donde se dan más por extenso las noticias precedentes.

trasladar la imagen del Santo a la iglesia de San Martín, hasta que se levantara otra más.

8. Encargó Carlos IV los planos y ejecución de la cuarta al italiano D. Francisco Fontana, autor de la que hoy existe (14), con lo cual iban decayendo los arquitectos conforme se sucedían las reconstrucciones; y el rey mismo puso la primera piedra de la ermita, que se concluyó y abrió de nuevo al público en 1798, embellecida interiormente por el pincel de Goya, que así ennobleció una vulgarísima obra arquitectónica.

9. Todo, pues, volvió a su lugar y prístino estado, excepto la milagrosa imagen de San Antonio de Padua, ejecutada por Villanueva, que se quedó en el Convento de San Martín (15), y fué sustituida en la ermita de «La Florida» —ya llamada así por su proximidad a la finca de este nombre—, por otra nueva escultura, obra de José Ginés (1768-1823), que es la venerada en el altar mayor de la actual iglesia abierta al culto.

10. Con motivo de tan felices e importantes acontecimientos, que realmente no hacían sospechar a aquellas buenas gentes el desquiciamiento de España que se avecinaba, un poeta anónimo (16) perpetró una retumbante poesía, que, sin duda alguna, haría las delicias del espíritu peligrosamente bonachón de Carlos IV. Hela aquí, no para oscurecer la bien ganada fama del poetastro y cura de Fruime, sino por su interés histórico:

Elogio a la estatua nueva de San Antonio de Padua y su capilla

«Saca Manzanar la frente
de espadañas coronada
y si mi acento te agrada,
deten tu humilde corriente
sobre la margen dorada.
Si hasta aquí fuiste dichoso
por la célebre capilla
que el labrador prodigioso

(14) La que en 1928 ha sido declarada monumento nacional, cuando ya los prodigiosos frescos de Goya, que la convierten en única, han perdido muchos de sus delicadísimos matices de colorido y claroscuro por la piadosa acción del humo de las velas e incensarios. Pero más vale tarde que nunca, y veinte o treinta años de incuria y barbarie no es mucho en la custodia de nuestros tesoros artísticos.

Al lado de la ermita decorada por Goya —y hoy su tumba— se ha construido —al declarar aquella monumento nacional— otra idéntica, destinada al culto, que hace el número cinco de las construidas en La Florida o sus inmediaciones, en honor de San Antonio de Padua, según se ha visto.

(15) No se sabe el paradero de la imagen de San Antonio de Padua, de Juan de Villanueva. En la iglesia de San Martín hay una —en la hornacina izquierda del altar de la Virgen de la Seledad— que pudiera ser la perdida; pero la altura y poca luz en que se encuentra nos han impedido comprobar este punto.

(16) Posiblemente el autor de la *Noticia*, en cuya página XVII se inserta.

de Madrid fundó en tu orilla,
celo cristiano y piadoso (17).

Hoy correrá más ufana
a mirar tu espuma cana
otra, que por orden real
a tu margen oriental
ha levantado Fontana.

Orden corintio ha elegido,
por rico hermoso y mejor
para su adorno interior,
o porque siempre atrevido
se inclina a lo superior.

¿Qué mucho que con nobleza
delinease el italiano
la hermita del paduano,
si de Carlos la franqueza
dió libertad a su mano?

¿Qué mucho la fabricase
con singular profusión,
si tomó la devoción
del rey al santo por base
de su mayor perfección?

De que es muy tierna es gran prueba
haber mandado oficioso
hacer otra estatua nueva
con ser simulacro hermoso
el que esculpió Villanueva.

El ingenioso español
don Josef Ginés ha sido
por el monarca elegido
para hacer de un leño el sol
de Lisboa más lucido.

Niño Dios sobre una nube
da a entender que ya apartado
de su amante, y de su amado,
risueño al Empíreo sube,
de serafines rodeado.

La expresión que el escultor
con arte, ciencia y primor
dió al santo, como viviente,
dice aun en risa que siente
el ausencia de su amor.

La imagen del celestial
niño, y de Antonio es tal
su prodigiosa figura,

(17) Alude a la ermita de San Isidro, construida, como es sabido, en la pradera de su nombre, a orillas del Manzanares, y célebre por su famosa romería.

que copia y original
tienen la misma hermosura.

Y para más excelencia
del Arte, la congruencia
de original y traslado
es tanta, que no se ha hallado,
si no en el ser, diferencia.

Tu Manzanares que bañas
el término mantuano
entre juncos y espadañas,
corre obstentoso, y dí ufano
al rey de las dos Españas:

Hispano Alcides, Carlos generoso,
quarto en el nombre, y en piedad primero,
Atlante de dos mundos poderoso,
hijo de un justo rey, Marte guerrero,
de Ciencias y Artes protector glorioso,
y de su mismo espíritu heredero (18):
serán de vuestra devoción a Antonio
simulacro y capilla, testimonio.»

11. Quedó, pues, la capilla restablecida, y mejorada hasta lo más —merced a la colaboración de D. Francisco de Goya, encargado como se sabe de su decoración interior—y dependiente en su gobierno espiritual de la parroquia de San Martín, como enclavada en terrenos que caían dentro de aquella jurisdicción. Pero cierto deseo manifestado al poco tiempo por el «hispano Alcides» Carlos IV —o al menos por su boca— había de producir un nuevo contratiempo, parte esencial de este desaliñado trabajo y resultado de los acontecimientos que vamos a exponer a continuación brevemente.

12. Cerca de medio siglo antes de los sucesos acabados de reseñar, solicitó el rey Fernando VI del papa Benedicto XIV que erigiera la capilla de su real palacio de Madrid en iglesia parroquial, señalándole una demarcación adecuada e independiente del arzobispado de Toledo —que ejercía hasta entonces sobre ella su gobierno espiritual—, y que este territorio, dependiente de la Capilla Real, estuviera bajo la jurisdicción inmediata y exclusiva del capellán mayor de los ejércitos de su majestad y patriarca de las Indias.

13. Benedicto XIV (1740-1758), que, sabiamente, no ponía grandes dificultades a esta clase de concesiones a la realeza (19), accedió a ello y expi-

(18) ¡Si Carlos III hubiera podido leer este verso!

(19) Ya anteriormente había dado pruebas inequívocas de ello facultando a la corona en 1741 para tasar el sueldo del clero; y en 1753 mismo, para ejercer patronato sobre todos los beneficios del reino, salvo cincuenta y dos reservados al papa.

dió una bula, con fecha de 23 de junio de 1753 (20), concediendo al rey lo que pedía, y delimitando cuidadosamente los terrenos y habitantes que habían de depender en lo sucesivo de la nueva parroquia palatina (21).

14. Semejante acuerdo de su santidad dió en tierra con la sumisión obligada del arzobispo de Toledo (22), que era, por extraña casualidad, el hermanastro del rey, y cardenal infante D. Luis de Borbón (1736-1754), el cual, viendo desposeída su mitra de lo que tan bien le estaba —pues eran pingües ganancias las procedentes de la demarcación de Palacio y sus dependencias—, puso pleito inmediatamente al patriarca de las Indias, D. Alvaro de Mendoza Camaño y Sotomayor, caballero del Orden de Santiago y abad de Alcalá la Real (1733-1761), con el fin de que se declarara nula la erección en parroquia de la real capilla y volvieran a su diócesis los territorios deslindados.

15. Largo fué el debate y pesado por demás (23), pues duró hasta 1777, en que Carlos III puso fin a él, logrando que expidiera el papa Pío VI (1775-1799) un breve, con fecha de 8 de abril del mismo año, en el cual señalaba otra vez los límites de la demarcación de la real parroquia y las personas y lugares sujetos a ella, en forma idéntica que en la bula emanada de Benedicto XIV (24).

16. Ya hemos visto cómo Carlos IV adquirió en 1792 la posesión de La

(20) *Copia en latín de la Bula expedida a favor del capellán mayor y real capilla de S. M. en 23 de junio de 1753 años. Sacada de su original que se tuvo presente en la Real Biblioteca para la traducción que se hizo de ella*, 154 págs. en 4.º (Ms. 5.561 de la Biblioteca Nacional). De la traducción hay varios ejemplares impresos en el mismo volumen, y debió de hacerla el bibliotecario don Juan de Santander, pues junto a la copia citada hay una nota suya que revela su intervención en el asunto.

(21) Véase la *Descripción y demarcación del Real Palacio principal de S. M., su ámbito, circuito y oficinas y casas contiguas vecinas y adyacentes, y asimismo de los demás Reales Palacios comprendidos en el territorio separado, vere nullius concedido por Su Santidad al Capellán Mayor de la Real Capilla erigida en iglesia parroquial*, 2 pliegos, fol. (Ms. 5.561 de la Biblioteca Nacional).

En ella se señalan, detalladamente, los territorios concedidos a la real parroquia en 1753, que eran los correspondientes a los tres palacios reales: del Buen Retiro, de El Pardo y el actual de Madrid, que tenía adscritos como dependencias, aparte de las a él unidas, la Real Biblioteca, los conventos de la Encarnación y de doña María de Aragón; el parque y huerta; la Cuesta de la Vega y la Armería, o sea todos los edificios relacionados con la Casa Real, los terrenos que hoy integra el Campo del Moro, y además cuatro casas de particulares, comprendidas entre los edificios dependientes de Palacio.

(22) No era ésta la primera vez que un arzobispo de Toledo pleiteaba con la capilla real. Ya hacia 1696, con motivo de la asignación a ella del Hospital de Monserrat, erigido en Madrid por acuerdo del rey Felipe IV, hubo de protestar con entereza el cardenal primado. Véase el folleto escrito por Alonso Portillo y Cardós que se titula *Por la dignidad arzobispal de Toledo en el Pleito con el Fiscal de la Real Capilla de Su Magestad, cuyo derecho ha sabido, coadjudando, el Procurador Fiscal del Consejo Supremo de la Corona de Aragón, su iglesia y Ministros. En artículo de la referida causa y manutención de la referida jurisdicción*. En fol., 55 hojas, s. l. n. a.

(23) Los diversos documentos relativos al asunto, presentados por ambos litigantes: el arzobispado de Toledo y la real capilla, así como otros varios de intereses acerca de lo mismo, pueden verse en el manuscrito 5.561 de la Biblioteca Nacional; y no somos más explícitos respecto a ellos por no ser necesario para nuestro trabajo.

(24) Véase la *Traducción del Breve de Pío VI hecha por don Leandro Fernández de Moratín* (líneas 16-26), inserta en la segunda parte de este trabajo.

Florida y otros terrenos anejos a ella, y pertenecientes también a la jurisdicción de la iglesia parroquial de San Martín —que a su vez estaba adscrita al arzobispado de Toledo— y asimismo, cómo reconstruyó en 1798 la ermita de San Antonio dentro de la nueva finca. Pues bien, como La Florida y sus terrenos habían de unirse a la Casa de Campo —dependiente como el resto de Palacio de la Real Capilla—, para evitar disparidad de jurisdicciones eclesiásticas, puso en posesión al abad del convento y parroquia de San Martín, en 18 de agosto de 1797 (25), de treinta y una fanegas de tierra, que había de compensar a aquella comunidad de los diezmos y demás beneficios que recibía de los individuos avecindados en los aludidos territorios, los cuales serían feligreses, en adelante, de la iglesia de San Antonio de la Florida, cuyas necesidades se comprometía el propio monarca a subvenir (26), para que nada perdieran sus súbditos con la nueva anexión.

17. Además, y para completar lo llevado a cabo anteriormente, en el año siguiente de 1798, cuando ya la iglesia quedó abierta al culto, pidió el rey al papa Pío VI —por mediación de D. Juan Nicolás de Azara, embajador que tenía aquél cerca de la Santa Sede— que ordenara la inclusión de los nuevos territorios del patrimonio real en la demarcación de la parroquia de palacio, poniéndolos bajo el gobierno directo del patriarca de las Indias —que era entonces D. Antonio Sentmanat (27)—, como todos los demás pertenecientes al rey.

18. Pío VI, siguiendo el criterio adoptado por Benedicto XIV, no tuvo inconveniente en acceder a la petición de Carlos IV —que al fin era consecuencia natural de las disposiciones emanadas de Roma—, y expidió el *Breve* correspondiente, desde la Cartuja de Florencia, en 3 de julio de 1798 (28), acaso precedido de otro menos completo (29). En él se señalan los límites definitivos del nuevo territorio, adquirido por Carlos IV, y asignado, según deseo del monarca, a la capilla real, y por lo tanto de La

(25) Véase la *Traducción...* (líneas 37-46).

(26) En cuanto al sostenimiento de la iglesia se resolvió proveyéndola de rentas procedentes de los frutos de las mesas arzobispales o episcopales del Real Patronato. El rey, por su parte, había de equipar el templo de los objetos necesarios al culto, y más adelante debería construir un cementerio, junto a ella, que fuera capaz para los feligreses.

(27) Don Antonio Sentmanat y Castellá era descendiente de la nobilísima familia catalana de los marqueses de Casteldorrius. Fué elegido patriarca de las Indias en 1784 y recibió el capelo cardenalicio en 1789. Ocupó los cargos de auditor de la Rota, obispo de Avila y limosnero mayor de Carlos IV, y poseyó el collar de Carlos III. Murió en 1806. Su hermano D. Manuel de Sentmanat, fué virrey y capitán general de Mallorca, y una hermana de ambos, llamada María Francisca de Sentmanat —muerta en 1799— alcanzó la dignidad de abadesa en el convento de Santa Clara, de Barcelona.

(28) Es curioso notar que precisamente esta época fué quizás la más amarga que pasó Angel Braschi, elevado al Solio Pontificio con el nombre de Pío VI en 1775. En 15 de febrero del mismo año de 1798 fué preso en Sant Angelo por el cónsul Napoleón, y expulsado del Vaticano por acuerdo del Directorio francés y el papa, errante y enfermo, con más de ochenta y dos años, hubo de peregrinar por Italia y Francia hasta que murió en Roma después de crueles sufrimientos físicos y morales.

(29) Véase la nota 1 de la *Traducción...*

Florida y demás terrenos anejos, no fijados hasta el presente con exactitud (30), si bien es de lamentar que algunos de los lugares de que se hace mención no figuren en los planos de Madrid, por su particularísima o efímera denominación (31).

19. Con arreglo a lo indicado en el *Breve*, el territorio de La Florida y sus anejos ocupa en 1798 mayor terreno del que hasta ahora se había supuesto. Se extendía desde «el ángulo de los tejares de Blesa y de la gran pared por la cual se dividen y comprenden las nuevas demarcaciones (32), y todo el camino de San Vicente, y que van desde el Prado Nuevo, llamado «junto a la Cerca», hasta la nueva puerta de la entrada principal de la Villa de Madrid, denominada de San Vicente (33); y después, desde la salida de la misma puerta, sigue la línea de demarcación, que yendo en derechura a la mano derecha comprende todo el paseo contiguo al río, llamado de La Florida, y continúa hasta mitad de la línea del camino del Real Sitio de El Pardo (34); y desde la misma parte que mira a Poniente, y desde el enunciado terreno y huerta de la duquesa de Alba, por la misma línea, oblicuamente, volviendo hacia el Norte, sube por todo el monte y prado de Cantarranas hasta el tejear de la misma duquesa de Alba (35); y después, volviendo hacia el Oriente, va desde la orilla del valle de Ama-

(30) El mismo D. Joaquín Ezquerro del Bayo, que ha probado en cuantos temas trata su justa fama de sólido erudito y paciente investigador, no ha podido detallar los límites e integrantes de La Florida más que fijando su extensión «desde frente al parque del Palacio Real hasta pasados la estación del ferrocarril del Norte y sus dependencias», lo cual, sobre ser muy vago, tampoco es cierto, según prueban los nuevos datos que publicamos ahora. (Véanse además los trabajos del Sr. Ezquerro del Bayo ya citados).

(31) En vano hemos buscado algún dato de este género en los interesantísimos artículos de D. Félix Boix, titulados *Planos de Madrid y Vistas de Madrid*. (Catálogo citado, págs. 9 y 19), que tantas noticias curiosas aportan. Dado que muchos de los lugares a que alude el *Breve* son fincas de particulares, fáciles de identificar entonces, pero imposibles de determinar ahora, cuando ya nuevos poseedores hicieron olvidar los nombres de los primitivos y las edificaciones y trazado de calles han borrado toda huella, la dificultad se comprende. No obstante, algo hemos logrado en este sentido llevando a cabo una revisión cuidadosa de los planos y vistas de Madrid que se conservan en el Museo Municipal, tarea pesadísima que nos ha facilitado amablemente su erudito secretario, D. Joaquín Enríquez, a cuya buena amistad debemos sincera gratitud.

(32) Los tejares de Juan Blesa, que formaban ángulo con la «gran pared» —la que rodeaba la mayor parte de La Florida, acaso, estaban poco más o menos en el lugar que hoy ocupa la entrada de la calle de Ferraz y tenían su correspondiente vivienda. Dedúcese fácilmente lo dicho teniendo en cuenta lo que se indica más adelante.

(33) El Prado Nuevo, llamado «junto a la Cerca» —tal vez por su proximidad a la pared o cerca a que se alude anteriormente—, ocupaba aproximadamente el lugar de la actual plaza de España. Desde él hasta la Puerta de San Vicente —véase la nota 1— partía el camino de este nombre, correspondiente al paseo que hoy existe, llamado también así.

(34) El camino de la Florida es el paseo que hoy existe de igual denominación. El lugar que se marca en la «mitad de la línea» del camino de El Pardo —poco diferente de la carretera actual en cuanto al trazado—, calculamos por lo dicho más adelante que fuese próximo al Palacete de la Moncloa.

(35) La huerta de la duquesa de Alba no puede ser otra que la existente en los terrenos adscritos al Palacete que la perteneció —véase la nota 39—, y el tejear aludido a continuación y separado de él por el monte y prado de Cantarranas —parte de los terrenos donde se está construyendo ahora la rimbombante Ciudad Universitaria—, no podía estar muy lejos, aunque algo hacia el Noroeste. Por otra parte el arroyo de Cantarranas regaba la huerta de la duquesa de Alba.

niel (36) y sigue en derechura hasta el primer ángulo del convento denominado de Religiosos de la Orden de Menores Observantes de San Francisco, Descalzos, y huerta del duque de Granada, el cual convento viene a ser como el centro de toda la línea (37); y desde el segundo ángulo de dicho convento, continuando también por la propia línea, hasta la puerta de la entrada de la expresada villa de Madrid, llamada de San Bernardino, conforme se va al nuevo camino, que actualmente se está construyendo en la nueva demarcación de Madrid, al lado opuesto de la casa o palacio del duque de Liria, va mirando al Mediodía hasta el ángulo de la enunciada pared grande de los tejares de Blesa (38), y nuevas demarcaciones desde las cuales empiezan, como va dicho arriba, la expresada línea y límites o confines.»

20. Los territorios comprendidos entre estos límites eran, pues, los siguientes: «La habitación de la Moncloa (39), el Jardín Botánico (40), la huerta del conde de Noblejas, la huerta de Marcelo Laurel (41), las habita-

(36) El valle de Amanuel parece ser que fué en otro tiempo bosque famoso, muy frecuentado por el rey Enrique II en sus cacerías, y cuyo nombre provino del de su guardián D. Lope de Amanuel, balletero del monarca. Más tarde el cultivo transformó este bosque en apacible valle y las ventas emplazadas en él fueron famosas durante mucho tiempo por las castizas merendonas que en ellas se celebraban. Hoy sólo una calle, que cruza desde la plaza del Conde de Toreno a la calle del Conde-Duque, conserva el nombre de aquel desaparecido lugar madrileño.

(37) De lo dicho puede deducirse que el citado convento era el punto más lejano de los tejares de Blesa en toda la línea de demarcación señalada. Estaba a extramuros en el camino de los Cruces —el que comenzaba a continuación del paseo de San Bernardino (hoy calle de la Princesa)—, y fué fundado hacia 1570. Más adelante cambió su advocación por la de San Bernardino —quizás por su proximidad al camino y puerta de este nombre—, y fué convertido en asilo durante el siglo XIX. Los frailes franciscanos que lo ocuparon en su época de convento eran llamados comúnmente «gilitos», a causa de que la iglesia del edificio estaba dedicada a San Gil. En cuanto a la huerta del duque de Granada fácil es saber su situación, puesto que se extendía muy cerca o contigua al convento.

(38) La Puerta o Portillo de San Bernardino se llamó en un principio de San Joaquín. Estaba al final del paseo de aquel nombre, más tarde calle del Duque de Liria y finalmente de la Princesa. El nombre primitivo procedía del convento de San Joaquín de los Afligidos, fundado en 1635 frente al palacio de Liria —que suministró la segunda denominación de la calle—, destruido como tantos otros por las inciviles tropas francesas. Actualmente lleva el nombre de Duque de Liria la calle que va desde la del Duque de Osuna hasta la de la Princesa, que constituyó en su tiempo la continuación de la de aquel título. El nuevo camino a que se alude más adelante es el principio de la actual calle de la Princesa y la del Duque de Osuna, que ponía en comunicación a la plazuela de los Afligidos —la formada por la calle de la Princesa, frente al palacio de Liria—, con el camino —hoy paseo— de San Vicente. Esto es, iba a parar a los tejares de Blesa, aludidos anteriormente, y cerraba la línea de demarcación que venimos comentando.

(39) No cabe duda que se trata del Palacete de la Moncloa, que poseía en esta fecha doña María del Pilar Teresa Cayetana de Silva, XIII duquesa de Alba, y por su esposo marquesa de Villafraanca y duquesa de Medina Sidonia, cuya vida, tan siglo XVIII, va unida al nombre glorioso de Goya. Gracias a la benemérita Sociedad de Amigos del Arte podemos admirar hoy esta preciosa residencia, entre campestre y cortesana, con la misma magnificencia e igual refinado gusto que tenía en su época de esplendor, a finales del siglo XVIII. (Véase el atrayente folleto del Sr. Ezquerria del Bayo *El Palacete de la Moncloa. Su pasado y su presente*. Madrid, mayo 1929).

(40) El Jardín Botánico a que se alude en el texto transcrito es el fundado por Fernando VI en la que fué huerta de la marquesa de González de Castejón, en el camino de El Pardo, y trasladado en el reinado de Carlos III al lugar que hoy ocupa en el paseo del Prado.

(41) No hemos logrado averiguar nada relativo a estas dos huertas, que debieron de ser famosas, y estarían acaso situadas en la parte de camino de El Pardo comprendida en la demarcación.

ciones de las huertas de la comunidad de San Jerónimo (42), la antigua Casa de Vacas (43), los registros antiguos de la puerta de San Vicente (44), las dos casillas de la huerta del mayorazgo de Romanillos (45), la habitación de la huerta de las Minas, la habitación del tejat de Juan Blesa, la huerta de Santiago Olmedilla, por cima del convento de San Bernardino (46), la casa grande de campo llamada La Granjilla, de la comunidad de San Jerónimo (47), y la enunciada casa grande llamada «del Duende» y su ámbito que se extiende hasta Madrid y la puerta de San Bernardino, entre el Seminario (48) y la Casa del duque de Liria, desde las vistas de la real finca» (49).

21. La tramitación del *Breve* de que tratamos, a través del organismo gubernamental español del siglo xviii—tan complejo como lento en sus funciones— y las vicisitudes por que pasó, resultan interesantísimas y merecedoras—aunque no fuera más que por las notables personalidades que intervienen (50) de ser seguidas detenidamente.

22. En 6 de septiembre de 1798, D. Mariano Luis de Urquijo (51), por

(42) Tampoco se sabe el sitio donde estaban estas huertas —dependientes del Real Convento de San Jerónimo del Prado—, y acaso situadas no lejos de las anteriores.

(43) La llamada Casa de Vacas estuvo enclavada cerca del camino de El Pardo, algo más al Norte de la ermita de San Antonio de la Florida, y desapareció a finales del siglo xix con el trazado de las vías férreas que parten de la estación del Norte.

(44) Situados junto al entonces camino de San Vicente, ya citado, a la altura en que estuvo la puerta vieja de esta advocación.

(45) Ignoramos el espacio ocupado por esta huerta, si bien, teniendo en cuenta el orden —no siempre exacto— en que se van agrupando los lugares expresados en el *Breve* —véase la nota 46—, no la suponemos muy lejos del paseo o camino de San Vicente.

(46) La huerta de las Minas o de las Minillas —ya citada en la nota 13—, la habitación del tejat de Juan Blesa y la huerta de Santiago Olmedilla, ya se comprende que estaban en este orden a lo largo del camino que iba desde el de San Vicente a los Afligidos, y el de San Bernardino, que acababa en la puerta y convento de este nombre, ya a extramuros.

(47) Imposible nos ha sido determinar, por la forma y lugar en que se cita —alterando el orden de enumeración o no, según la hipótesis—, si esta finca, perteneciente al Real Convento de San Jerónimo, estará emplazada junto a las huertas citadas en la nota 42, o, por el contrario, próxima a la plazuela de los Afligidos —frente al palacio de Liria—; pero nos parece más verosímil la primera hipótesis que situaría La Granjilla no lejos del camino de El Pardo.

(48) La Casa del Duende ocupaba la manzana de casas —números 14, 16 y 18— de la calle de la Princesa, comprendida entre la calle de los Mártires de Alcalá y la plaza del Seminario —llamada así por estar en ella entonces el Real de Niños Nobles, fundado por Felipe V en 1625—, y desapareció a mediados del siglo xix. Pedro de Répide, en su ameno artículo *La Casa del Duende* —publicado en *El Madrid de los abuelos* (Madrid, 1908, pág. 83)—busca el origen de esta denominación del edificio en la legendaria existencia de ciertos duendecillos favorecedores de los habitantes de él. Pero nuestro querido amigo D. Roberto Castrovido supone que acaso provenga el nombre de la casa, no de la creencia popular aludida, sino de haber servido de morada, o haber pertenecido tal vez, al tristemente famoso D. Fernando Valenzuela (1636-1692, conocido, como se sabe, por «El Duende de Palacio», a causa de su continua vigilancia y ocultos manejos en los asuntos del vergonzoso reinado de Carlos II.

(49) El asombroso palacio de Liria —residencia del duque de Alba—, es el único de los edificios citados en el *Breve* que ha respetado el tiempo sin alterarle lo más mínimo. Fué construido por Ventura Rodríguez en 1770, y de su magnificencia y las riquezas que atesora no hemos de tratar aquí, por ser tan conocidos como imposibles de reflejar siquiera en tan poco espacio.

(50) Los documentos relativos al asunto se conservan en el Archivo Histórico Nacional, Sección de Consejos (legajo 17.153, carpeta 116), y se reproducen en la tercera parte de este trabajo.

(51) Nació en Bilbao en 1768. Estudió Derecho y se trasladó a Inglaterra, viviendo allí algún tiempo dedicado a trabajos literarios. Al regresar a España tradujo *La mort de César*, de Voltaire,

indisposición de D. Francisco de Saavedra, ministro-secretario de Estado (52), remite el *Breve* de su santidad al conde de Espeleta, gobernador del Consejo Real y Supremo de Su Majestad (53) de quien pasó, el 11 de los mismos, a la Secretaría de Interpretación de Lenguas, que desempeñaba entonces D. Leandro Fernández de Moratín, el cual tradujo el *Breve* al castellano (54) devolviéndolo el día 15 al marqués de Murillo, secretario del Consejo, con su original (55).

que publicó precedida de un estudio preliminar interesantísimo, cuyas ideas pusieron sobre aviso a la Inquisición. Gracias al conde de Floridablanca, que le dió un cargo diplomático fuera de España, pudo ponerse a salvo de las garras del Santo Oficio. En 1792 era oficial de la primera Secretaría de Estado, y este mismo año efectuó un nuevo viaje a Londres, donde estuvo hasta 1797. Durante el año siguiente de 1798 —fecha de su intervención en el asunto que nos ocupa—, se encargó interinamente de la cartera de Estado, que no podía desempeñar el ministro Saavedra —véase la nota 52— por su deficiente salud. Después de tener el cargo de embajador en la República bávara fué nombrado ministro de Estado en 1799. Entonces las insidias del Directorio francés, deseoso de sustituirle por D. José Nicolás de Azara —petición denegada por Carlos IV—, los manejos bajo cuerda del dañino Godoy y la curia romana, y el odio de Napoleón, concluyeron por derribarle del Ministerio y aun por ponerle preso en Pamplona durante algún tiempo. Avescindado en su ciudad natal contribuyó a apaciguar Vizcaya en 1804, si bien fué a parar de nuevo a la cárcel, de donde le sacó Fernando VII. Aconsejó a éste que no fuera a Vizcaya, y viendo a continuación el vergonzoso comportamiento del funestísimo monarca, optó por reconocer la soberanía del rey intruso, y aun fué secretario de su ridícula Junta de Notables. Pasada la gloriosa guerra de la Independencia, que dignificó el siglo XIX, Urquijo fué declarado reo de alta traición, como era justo. Confiscados sus bienes, emigró a Pau y luego a París, donde murió en 1817, después de nacionalizarse francés. A pesar de este y otros graves errores de la última época de su vida a que le llevaron su afición al rey y una imperdonable falta de confianza en la inmortalidad de España, es Urquijo figura digna de un detenido estudio. Espíritu elevado y altruista, ayudó a la difusión de la vacuna y a la abolición de la esclavitud, y facilitó a Humboldt su importantísimo viaje por América del Sur.

(52) D. Francisco de Saavedra (1746-1819), cuya vida es tan interesante como rica en acontecimientos diversos, fué nombrado ministro-secretario de Estado a su regreso de Caracas (Venezuela), donde desempeñó el cargo de intendente. En 1798 su falta de salud le obligó a dejar en su puesto interinamente a D. Mariano Luis de Urquijo —véase la nota 51—, y retirarse a Sevilla, su ciudad natal, hasta que la guerra de la Independencia le sacó de allí para ser presidente de la Junta Suprema y luego primer secretario en la Junta Central.

(53) Véase el documento I.

(54) Véase el documento II.

Sabido es que cuando D. Leandro Fernández de Moratín (1760-1828) desembarcó el 11 de diciembre de 1796 en Algeciras, a su accidentado regreso de Italia, se encontró ya con el cargo de secretario de la Intendencia de Lenguas, que su amigo Juan Melón había solicitado para él, sin consultarle, en un memorial dirigido a Manuel Godoy, teniendo en cuenta la especial predilección que parecía mostrar el abyecto favorito por el insigne escritor madrileño. Bien es verdad que estuvo éste a punto de indisponerse con el ya duque de Alcudía y perder su nuevo destino, por no haber movido su pluma en servicio de la adulación.

No hemos logrado encontrar el *Breve* original de Pio VI ni copia del texto latino. Pero sí la aludida traducción de Moratín —suficiente a nuestro objeto—, que publicamos en la segunda parte de este trabajo. Se conserva en el Archivo Histórico Nacional (Sección de Consejos, legajo 17.153, carpeta 116), y es la única muestra conocida hasta ahora de la actuación de D. Leandro en la Secretaría de la Interpretación de Lenguas. Además fija una fecha exacta de su estancia en Madrid durante aquellos años que pasó indistintamente entre la Corte y Pastrana (Guadalajara) dedicado a sus trabajos literarios. En cuanto a que la traducción citada sea obra suya no puede dudarse, ya que —aparte ser Moratín excelente latinista y el documento muy importante para ser confiado a cualquiera de los tres empleados subalternos que solía haber en la Secretaría—, la versión está certificada y firmada de su puño y letra, como hecha conforme al original, sin indicarse otro traductor. (Véase *Traducción...* línea 217 y siguientes y el documento III).

(55) Véase el documento III.

23. Entonces el arzobispo de Toledo, que era el ilustre cardenal Lorenzana (56), viéndose así privado de los derechos y diezmos pagados por aquellos terrenos—que acrecentarian no poco, seguramente, su abundante fondo destinado a limosnas—, y temiendo, por otra parte, que a este paso acabaran por asignar a la parroquia de Palacio el resto de su propia diócesis, hizo que D. Manuel Esteban de San Vicente, procurador suyo en la villa de Madrid (57), se querellase con la Real Capilla por semejante determinación.

24. En 22 de septiembre de 1798, declara que la ermita de San Antonio «que por dos veces se ha reedificado en el sitio de La Florida, camino de El Pardo» (58), siempre había estado sujeta a la diócesis del arzobispado de Toledo—como sometida que estaba al convento de San Martín, dependiente a su vez de dicho arzobispado—, y que «sin embargo de lo qual y en su perjuicio» se había obtenido la *Bula* del papa (59) incluyéndola en la jurisdicción del patriarca de las Indias. Se mostraba parte en el expediente formado para tramitación de la *Bula* pontificia, y pedía que se le entregara el *Breve* original, para deducir lo que le correspondiera reclamar. Por último, en 15 de octubre accede a lo demandado el fiscal D. Benito Ramón de Hermida, y la Cámara, en 27 de los mismos mes y año, también (60).

25. Mucho tiempo debió tener el *Breve* en su poder el arzobispo, y aun hubiera querido que fuera más, si no siempre, a fin de estorbar su cumplimiento, pues el 1 de diciembre de 1798 aún no había vuelto a poder del Consejo (61).

26. Con esta fecha comunica a éste D. Mariano Luis de Urquijo, en nombre de D. Francisco de Saavedra, que habiéndose enviado el *Breve* en cuestión al Consejo en 4 de diciembre (62), y orden al patriarca de las In-

(56) D. Francisco Antonio de Lorenzana y Butrón nació en León en 1722 y murió en Roma en 1804. Fue obispo de Palencia (1765), arzobispo de Méjico e inquisidor general. Consagrado arzobispo de Toledo en 1772, se distinguió en esta dignidad por sus valiosas obras literarias y su extraordinaria caridad, que le llevó a repartir en un día cierta herencia de 25.000 escudos que acababa de recibir. En 1800 renunció al arzobispado y se trasladó a Roma para auxiliar al nuevo papa Pío VII en la reorganización de los estudios eclesiásticos, tal vez desterrado políticamente por las intrigas de Godoy (Véase La Fuente, *Historia eclesiástica de España*, tomo VI. Madrid, 1875, página 410).

(57) (Véase el documento IV, nota 2).

(58) (Véase el documento IV, a).

Alude, como es natural, a las veces que la ermita de San Antonio de Padua ocupó terrenos de La Florida, esto es, las dos últimas, pues la primitiva capilla de tierra y la construida más tarde por Churriguera estaban fuera de su demarcación y junto a la puerta de San Vicente (Véase el párrafo 5 y la nota 10 de esta *Advertencia preliminar*).

(59) En los documentos utilizados hay divergencia en la denominación del traducido por Moratín, que para unos es *Bula* y para otros *Breve*. Como, a pesar de ser diferentes en cuanto a la forma de expedición ambos instrumentos diplomáticos, el sentido y efecto son iguales en los dos, no tiene importancia esta indecisión en enunciarlos. Nosotros repetiremos la denominación que se emplee en cada caso, y en los demás designaremos al documento como *Breve*, ya que ésta es la verdadera.

(60) Véase el documento IV, b.

(61) Véase el documento V.

(62) Fecha equivocada probablemente en el documento original—V—. Debe de ser el 6 del mismo mes y año (Véase el documento VI).

días para que dispusiera su pase, el patriarca D. Antonio Sentmanat—ya ducho en estas lides (63)—, había dicho que el documento estaba detenido por el recurso interpuesto por el arzobispo de Toledo, y que se le había entregado para informar contra él, según ya hemos dicho. Y agregaba que le sorprendía, no el paso del *Breve* al arzobispo, sino que se hubiera atendido siquiera la petición de éste, sabiendo que el propio rey había solicitado del papa la expención del documento. Y finalmente, que, como sólo había obedecido las reales órdenes, no litigaba con el arzobispo, y «así lo hace presente para la solución que sea del soberano agrado» (64). Urquijo, por su parte, informaba este comunicado diciendo que el rey había dispuesto, en vista de lo dicho por el patriarca de las Indias, que la Cámara despachara el *Breve*, sin dar contestación ni oír a nadie (65).

27. Así se hizo, y el día 5 se ordenó que pasara el *Breve* al Consejo. El 6 se efectuó el pase y se dió el original latino del mismo, con su traducción castellana, hecha por Moratín, al gobernador del Consejo, para que el patriarca adquiriera sus derechos, terminándose así el pleito definitivamente, y quedando por entonces, dentro de la jurisdicción de la parroquia real, la célebre ermita de San Antonio de la Florida.

(63) Véase la nota 27 de esta *Advertencia preliminar*.

(64) Véase el documento V.

(65) Véase el documento VII.

II

TRADUCCIÓN DEL BREVE DE PÍO VI, HECHA POR D. LEANDRO FERNÁNDEZ
DE MORATÍN

†

«Pío Sexto Papa _____
Para futura memoria _____

- Nuestro mui amado en Cristo, hijo Carlos, Rey Católico de España, nos hizo exponer, poco hace (1), que antes de ahora el Papa Benedicto decimocuarto, de feliz memoria, predecesor nuestro, a instancia de Fernando sexto, de esclarecida memoria, Rey Católico que tambien
5. fué, mientras vivió, de España, erigio su Real Capilla en Yglesia Parroquial, y la señaló su peculiar y señalado territorio, declarando ser su voluntad que estuviere sujeta en todos los tiempos sucesivos perpetuamente a la jurisdiccion espiritual del que en cualquier tiempo fuese Capellan mayor de los Exercitos de los Reyes Católicos (2) segun mas por extenso se contiene en sus letras expedidas en razon de lo que va dicho en igual forma de Breve el dia veinte y tres de junio del año de mil setecientos cincuenta y tres (3); y por quanto despues de haberse verificado la execucion de las mismas letras, se han suscitado muchas controversias y pleitos entre el Arzobispo de Toledo
 10. que a la sazón vivia y demas interesados de una parte y el enunciado Capellan mayor de la otra. Nos, á instancia de Carlos tercero de esclarecida memoria Rey Catolico que asi mismo fue mientras vivio de España habiendo reflexionado y considerado todos los derechos y a fin asi de cortar las controversias que ya se habian suscitado, como
 15. de precaver las que pudieran suscitarse en lo sucesivo, por nuestras Letras expedidas en igual forma de Breve el dia ocho de Abril de mil setecientos setenta y siete, prescribimos y señalamos ciertos limites del terreno asignado a la enunciada Iglesia erigida como va dicho en Parroquial y juntamente las personas, y lugares que estubiesen sujetas a la enunciada jurisdiccion, segun tambien mas por extenso se contiene en las citadas nuestras Letras (4). Y mediante que segun se añadia en la misma exposicion (5) el mencionado Rey

(1) Se refiere a Carlos IV, sin duda, y parece aludir a algún Breve o Bula menos completos y emanados del Papa Pío VI, poco antes que éste, para dilucidar la misma cuestión.

(2) El Patriarca de las Indias. (Véase lo dicho en la línea 36.)

(3) Véanse los párrafos 13 y siguientes de la *Advertencia preliminar*.

(4) Véanse los párrafos 15 y siguientes de la *Advertencia preliminar*.

(5) La petición del Rey Carlos IV solicitando el presente *Breve*.

- Catolico Carlos ultimamente con el fin de ampliar y dar extension a su Finca situada en el parage llamado la Florida ha comprado muchos Campos confinantes con ella, que están bajo la jurisdiccion espiritual de la Yglesia Parroquial de San Martin de la Villa de Madrid de la Diocesis de Toledo; y desea en gran manera que por Nos sean puestos aquellos con todo el enunciado terreno, que está contiguo á su Real Palacio de Madrid, y el mencionado territorio separado de su Real Capilla (6), a esta misma Real Capilla y al que en qualquier tiempo fuere, segun va dicho Patriarca de las Yndias y Capellan mayor de sus Reales Exercitos. Por lo qual y como quiera que ya ha asignado al Abad curado, y Comunidad de la dicha Yglesia Parroquial de San Martin (para evitar que de la enunciada separación y desmembración que solicita se les siga ningun perjuicio por razon de los diezmos y demás derechos que percibia y cobraba su Yglesia Parroquial dentro del ambito de la dicha Finca, y tambien de la Casa grande del Duende) treinta y una fanegas de tierra, y lo que es mas, ya desde el dia diez y ocho de Agosto del año mil setecientos noventa y siete, puso en posesión de dicho terreno a los enunciados Abad, y Comunidad, y construyó desde sus fundamentos, dentro del ambito de la propia Finca una Iglesia pública (7) de bastante capacidad para que en ella se exerza por los Ministros eclesiásticos que se nombrasen la Cura de almas de las personas que habitasen en aquel parage; y aún esta entendiendo en proporcionar todos los medios que le dicta su piedad y Religion ser combenientes a fin tambien de que en adelante se establezca alli un Cementerio proporcionado y de atender como corresponde a que no falte la asistencia de los Sacerdotes que fueren necesarios para la cura de almas, y se provea a la misma Yglesia de un surtido decente de alajas, y cosas sagradas, y se cuide como corresponde de su conservación. Y portanto nos ha hecho suplicar humildemente que usando de la benignidad Apostolica nos dignasemos proveer lo conducente en razon de lo que va dicho, y conceder el Yndulto que aqui adelante se expresará. Nos queriendo condescender en cuanto podamos en el Señor a los piadosos deseos del sobredicho Rey Carlos, y hacerle especiales favores y gracias y defiriendo a la expresada Suplica, con la autoridad Apostólica, y por el tenor de las presentes desmembramos, segregamos, separamos, y dividimos entera y perpetuamente la enunciada Finca, y su ambito y circuito, y todo lo que dentro de él se contiene del propio Real dominio, es a saber (8): La habitación de la Moncloa, el jardin Botanico, la huerta del Conde de Noblejas, la huerta de Marcelo Laurel, las habitaciones de las huertas de la Comunidad de San Geronimo, la antigua Casa de Bacas, los registros antiguos de la Puerta de San Vicente, las dos Casillas de las huertas del Mayorazgo de Romani-

(6) Esto es, el Palacio Real con sus dependencias, incluso la Casa de Campo —adscritos ya a la Capilla Real— y los terrenos de La Florida adquiridos en 1792.

(7) La ermita de San Antonio de la Florida la construyó Fontana, y se conserva actualmente, declarada monumento nacional. (Véase la nota 14 de la *Advertencia preliminar*.)

(8) Véase el párrafo 20 de la *Advertencia preliminar*.

- llos, la habitación de la huerta de las Minas, la habitación del Tejar de Juan Blesa, la huerta de Santiago Olmedilla por cima del Convento de San Bernardino, la Casa grande de Campo llamada la Grangilla de la Comunidad de San Geronimo, y la enunciada Casa grande
75. llamada del Duende, y su ambito que se estiende hasta Madrid, y la Puerta de San Bernardino entre el Seminario, y la Casa del Duque de Liria desde las vistas de la Real Finca, y las demas habitaciones que se construyeren en adelante dentro de la cerca de la misma Finca bajo los limites y confines que abajo se expresaran y tambien el
80. Clero y Pueblo que morasen dentro de los enunciados limites, que antes estaban bajo la ordinaria jurisdiccion espiritual ya del Arzobispo de Toledo y ya de la mencionada Yglesia Parroquial de San Martin de la propia Diocesis de Toledo; de toda la absoluta jurisdiccion del Arzobispo de Toledo y de la Yglesia Parroquial de San Martin,
85. y los exhimimos y libertamos tambien absoluta y perpetuamente de la superioridad jurisdicción potestad, sugesion, visita, corrección, y de otras qualesquiera derechos de las dichas Yglesias de Toledo y de San Martin, y de la obligacion de pagarles qualesquiera diezmos, y productos, u otros derechos. Y asignamos, sugetamos, sometemos,
90. y concedemos plenariamente la enunciada Finca desmembrada como va dicho bajo los limites y confrontaciones que aqui adelante se expresaran, juntamente con todas, y cada una de las habitaciones y heredades que van aqui ya antecedentemente mencionadas; y asi mismo el actual Clero y Pueblo que ahora, o en lo sucesivo en qualquier
95. tiempo viviesen dentro de dichos limites; a la Real Capilla y al que al presente es, y en qualquier tiempo en adelante fuere Patriarca de las Yndias, Capellan mayor de los Exercitos de los Reyes Catolicos y a su ordinaria jurisdiccion autoridad y potestad, colacion, visita, y correccion, y a todos, y a cada uno de qualesquiera actos propios del
100. orden quasi Episcopal, y que acostumbra y puede exercer, hacer y practicar, y de que suelen y pueden tambien usar los Obispos en sus respectivas Diocesis por derecho, costumbre, o de otro qualquier modo, y juntamente con qualesquiera derechos, diezmos, y productos que han acostumbrado percibirse hasta el presente de la dicha
105. Finca y sus heredades, y habitaciones por los mencionados Arzobispo de Toledo, y Párroco de San Martin. Y asimismo ordenamos, y mandamos á los enunciados Clero, y Pueblo que obedezcan, y respeten en todo, y por todo al sobredicho actual, y que en qualquier tiempo fuere, segun va dicho Patriarca de las Yndias, y Capellan mayor,
110. como á su propio Ordinario. Y los limites, o confines desmembrados, y separados en la forma que queda referida de la expresada Finca son los siguientes (9): empiezan desde el ángulo de los tejares de Blesa, y de la gran pared, por la qual se dividen, y comprenden las nuevas demarcaciones, y todo el camino de San Vicente, y que van desde el Prado nuevo llamado junto a la cerca hasta la nueva Puerta de la entrada principal de la Villa de Madrid denominada de San
- 115.

(9) Véase el párrafo 19 de la *Advertencia preliminar*,

- Vicente; y después desde la salida de la misma Puerta sigue la línea de demarcacion, que yendo en derechura a la mano derecha comprende todo el paseo contiguo al Rio llamado de la Florida y continua hasta mitad de la línea del camino del Real Sitio del Pardo, y desde la misma parte que mira a Poniente, y desde el enunciado terreno, y huerta de la Duquesa de Alba, por la misma línea obliquamente volviendo hacia el Norte sube por todo el Monte y Prado de Cantarranas hasta el tejaz de la misma Duquesa de Alba, y después volviendo hacia el Oriente vá desde la orilla del valle de Amaniel y sigue en derechura hasta el primer angulo del convento denominado de Religiosos de la órden de menores observantes de San Francisco descalzos, y huerta del Duque de Granada, el cual Convento viene a ser como el centro de toda la linea; y desde el segundo angulo de dicho Convento, continuando tambien por la propia linea hasta la puerta de la entrada de la expresada villa de Madrid llamada de San Bernardino, conforme se va al nuevo camino que acualmente se está construyendo en la nueva demarcacion de Madrid, al lado opuesto de la Casa ó Palacio del Duque de Liria, va mirando al medio dia, hasta el ángulo de la enunciada pared grande de los tejares de Blesa, y nuevas demarcaciones desde las cuales empiezan como vá dicho arriba la expresada linea, y límites o confines. Y en quanto a los medios de que la Parroquia que en lo sucesivo ha de erigirse en la Yglesia construida segun vá arriba dicho dentro de los límites de la mencionada Finca de la Florida, sea dotada de las competentes rentas, y se provea de lo combeniente para la decencia de los demás Ministros necesarios para exercer la Cura de almas en ella, y al adorno, y conservacion de la misma Yglesia; esto lo dejamos a la piedad, y Religión del sobredicho Rey Católico Carlos, a fin de que previa la competente concesion, y facultad nuestra, y de la Sede Apostólica, procure de todos modos cuidar de ello, ya sea consignando á aquella otros bienes eclesiásticos, o reservando, y constituyendo a su favor alguna pension anual sobre los frutos de las Mesas Arzobispaes ó Episcopales de los Reinos de España de su Real Patronato. Declarando que estas mismas presentes Letras, y todas, y cualesquiera cosas contenidas en ellas, no puedan ser en ningun tiempo tachadas de vicio de surrepcion, ú obrepción, ó nulidad, ni de defecto de intencion en Nos, ó de consentimiento de los interesados, ni de otro qualquiera, por mas grande, y substancial é inexcoitado que sea, ni ser impugnadas, invalidadas, o revocadas, ni pueda moverse instancia, o litigio sobre ellas, ni puedan ser reducidas á los términos de derecho, ni intentarse contra ellas el remedio de la nueva Audiencia de la restitution *in integrum*, ni otro ningun remedio de hecho, ó de derecho, ó de gracia, y que ninguno pueda usar, o aprovecharse de ningun modo en juicio, ni fuera de él de qualquiera que le hubiere impetrado ó le fuere, ó hubiere sido concedido, aunque esto haya sido «*motu proprio*» (*sic*), de cierta ciencia, y con la plenitud de la potestad Apostólica, aunque sea por razon de que qualquiera persona de qualquier estado, graduacion, orden, preeminencia, y dignidad que sean ú otras qualesquiera, aunque de ellas se debiese hacer espe-

- cífica é individual mención, y expresion, que tengan acaso ó pretendan tener de qualquier modo algun derecho, ó interés en lo que vá antecedentemente referido, no hubiesen prestado su consentimiento para este efecto, ni hubiesen sido llamadas, citadas, ni oídas sobre ello, ni por la de que no se hayan expuesto ni justificado suficientemente las causas por las quales se han expedido las presentes, ni por otra ninguna razon, ni causa por jurídica, piadosa, legitima, y privilegiada que sea, ni con ningun colorido ó pretexto, ni por ningun motivo, ó capitulo, aunque esté comprendido en el
170. cuerpo del derecho ni aunque sea por razon de enorme, ó total lesión; si no que antes bien estas dichas presentes Letras, y todas las cosas contenidas en ellas, sean, y hayan de ser siempre firmes, validas, y eficaces, y surtir, y producir su pleno é integro efecto, y sufragar plenísimamente en todo, y por todo á aquellos á quienes toca al presente, o tocasse de qualquier modo en lo sucesivo, y observarse por todos inviolablemente; y que así deba sentenciarse y determinarse en lo que vá dicho por qualesquiera Jueces ordinarios y Delegados aunque sean Auditores de las causas del Palacio Apostolico y Cardenales de la Santa Yglesia Romana, aunque sean Legados á Latere,
175. Vice Legados y Nuncios de la Sede Apostolica, quitandoles a todos y a cada uno de ellos qualesquiera facultad, y autoridad de juzgar, ó interpretar de otro modo, y que sea nulo, y de ningun valor ni efecto lo que de otra suerte aconteciere hacerse por atentado sobre esto, por alguno con qualquiera autoridad sabiendolo, ó ignorandolo. Sin
180. que obsten las constituciones, y disposiciones Apostolicas, ni las dadas por punto general, o en casos particulares en los Concilios Universales Provinciales, y Synodales ni en cuanto fuere conducente la regla nuestra y de la Cancelaria Apostolica que trata de *jure quæsito non tollendo* ni los estatutos y costumbres de las sobredichas
185. Yglesias Metropolitana de Toledo, y Parroquial, aunque esten corroborados con juramento confirmacion Apostolica, ó con qualquiera otra firmeza, ni los privilegios Yndultos y Letras Apostolicas, concedidas, confirmadas, é innovadas de qualquier modo en contrario de lo que vá expresado. Todas, y cada una de las quales cosas teniendo
200. sus respectivos tenores por plena, y suficientemente expresados é insertos, como si lo estubiesen palabra por palabra en las presentes, por esta sola vez, y para el efecto de lo sobredicho, habiendo de quedar por lo demas en su vigor y fuerza, las derogamos especial y expresamente, y otras qualesquiera que sean en contrario. Y es nuestra
205. voluntad que a los transuntos ó sea Exemplares de estas Letras, aunque sean impresos, firmados de algún Notario publico, y selladas con el sello de alguna Persona constituida en Dignidad eclesiastica, se les dé enteramente la misma fe que se daria a las presentes, si fuesen exhibidas, ó mostradas. Dado en el Monasterio de Monges de la orden de la Cartuja extramuros de la Ciudad de Florencia, sellado con el sello del Pescador el dia treinta de julio de mil setecientos noventa y ocho, año vigesimo quarto de nuestro Pontificado _____
210. Por el Cardenal Braschi Onesti _____
Bernardino Marescoti _____

215. Lugar † del sello del Pescador _____
Esta escrito en vitela. _____
Certifico Yo Don Leandro Fernandez de Moratin del Consejo de Su Magestad, Su Secretario y de la Ynterpretacion de Lenguas; que esta traduccion está bien y fielmente hecha en Castellano del Exemplar escrito en Latin, que de acuerdo de la Cámara me fue remitido para este efecto: Madrid y Setiembre quince de mil setecientos noventa y ocho=De Oficio Reg.^{do} f.^o 334. N.^o 835 [Rúbrica] 1798 = D. Leandro Fernandez de Moratin [Rúbrica] (10).» (*Un cuaderno de 12 fols., sin núm. El primero en papel sellado, en 4.^o, de cuatro maravedis. Año 1798. El último, en blanco.*)
- 220.
- 225.

(10) Solamente la firma es autógrafo de Moratin.

III

DOCUMENTOS

I

«Exc.^{mo} S.^{or}—Paso a manos de V. E. el adjunto Brebe de S. S. impetrado de O.^{rn} del Rey por n.^{ro} ministro en Roma p.^a la agreg.^{on} de la Haz.^{da} llamada la Florida á la jurisdiccion y territ.^o de la R.^l Capilla, a fin de q.^e visto p.^r el Consejo tenga el debido uso, si nada contubiese contra las regalías de S. M. y Leyes del Reino.—Dios g.^{ue} a V. E. m.^s a.^s S.ⁿ Ildelfonso 6 de Sept.^{re} de 1798.—Por indispos.^{on} del S.^{or} D.ⁿ Fran.^{co} Saavedra. Mariano Luis de Urquijo. [Rúbrica.]—S.^{or} Gobern.^{or} del Consejo (1). *Al margen*: Ex. S.^r Marino Fita Otinojosa.—M.^d 10 de Sep.^{bre} de 1798.—Precedida la traducción al Sr. Fiscal. [Rúbrica.] (*Un pliego en 4.º*)»

II

† «Con orden de 6 del corriente, comunicada por la via reservada de Estado, se ha servido el Rey remitir a la Camara el Breve que acompaña obtenido de orden de S. M. p.^a la agregacion de la Hacienda llamada la Florida a la jurisdiccion y territorio de la R.^l Capilla. Y haviendose publicado la citada orden en la Camara de ayer ha acordado que se pase a V. S. para su traducción y que executada, me la remita con el Breve original a fin de darle el curso correp.^{te}—Dios g.^{ue} a V. S. m.^s a.^s M.^d 11 de Septiembre de 1798.—S.^{or} D.ⁿ Leandro Fernandez Moratin. (*Un pliego en 4.º*)»

III

† «Devuelvo a V. S. traducido el Breve de S. S. agregando la Posesion llamada la Florida, a la jurisdiccion y territorio de la R.^l Capilla. Q.^e de o.^{rn} de la Cam.^a y con f.^{ha} de 11 de Sep.^{bre} de este presente año se sirvió V. S. remitirme p.^a este efecto.—Dios g.^{ue} a V. S. m.^s a.^s Madrid 15 de Sep.^{bre} de 1798.—D. Leandro Fernandez de Moratin. [Rúbrica.] (2) S.^{or} Marques de Murillo (3). (*Un pliego en 4.º*)»

IV

a) «Señor.—Manuel Esteban de San Vicente en nombre, y en virtud de Poder que presento del M. R. Cardenal Arzobispo de Toledo ante V. M.

(1) Lo era el conde de Ezpeleta, capitán general de Castilla la Nueva.

(2) Solamente la firma es autógrafo de Moratín.

(3) D. Juan Francisco de Lastiri, caballero del hábito de Santiago. Era secretario de Cámara y del Consejo Real y Supremo de Su Majestad, y además pertenecía al Real Patronato de Castilla.

parezco y digo, que la Hermita de San Antonio que por dos veces se ha reedificado en el sitio de la Florida camino del Pardo siempre ha estado en el territorio demarcado de la jurisdiccion del Diocesano, sin embargo de lo qual y en su perjuicio parece se ha obtenido Bula de su Santidad, sugetando la referida Hermita como todos los Cercados que desde la Puerta de San Vicente hasta el Prado de Santa-Ranas se estan haciendo a la jurisdiccion Patriarcal; y como sea en perjuicio de tercero, y aun contra los limites que se tienen designados á ambas jurisdicciones, para exponerlo debidamente me muestro parte en el Expediente que en dha. razon se ha formado.—A. V. M. suplico, que haviendo por presentado el Poder se sirba tenerme por tal, y mandar se me entregue el insinuado Expediente con la Bula que le ha motivado, para en vista de todo deducir lo que a los dros. del Diocesano corresponde y demas que se estime conforme a justicia que pido juro & r.^a —Manuel Esteban de San Vicente.—[*Rúbrica.*]

b) *De otra letra:* El fiscal (4) no encuentra reparo en que se comunique este expediente a la parte del M. R. Cardenal Arzobispo de Toledo como lo solicita y para que pueda con conocimiento exponer lo que le convenga en defensa de su jurisdiccion Diocesana sobre el pase del Breve Pontificio que acompaña: ó acordará la Camara lo mas acertado. Mad.^d 15 de Oct.^e de 1798.—M.^d 27 de O.^{bre} de 1798. Como lo dice el s.^r Fiscal. [*Rúbrica.*]

c) *De otra letra que las anteriores:* El M. R. Cardenal Arzobispo de Toledo solicitando se le entregue el expediente sobre el pase del Breve Pontificio impetrado de orden del Rey para la agregacion de la hacienda llamada la Florida a la jurisdiccion y territorio de la R.¹ Capilla para exponer lo que convenga a la jurisdiccion Diocesana por ser dho. Breve de 30 de julio del 98 contra los limites asignados antes de ahora a ambas jurisdicciones Diocesana y Patriarcal.—Pres.^{da} en 22 de set.^{bre} de 1798.—*Al margen:* La secret.^{ria} hace pres.^t q.^e el asunto q.^e expresa este pedim.^{to} esta en el s.^r Fiscal.—M.^d 24 de F.^{bro} de 1798. Al s.^r Fiscal. [*Rúbrica.*] (*Un fol. de papel sellado, 4.º, de 40 maravedis. Año 1798.*) (5).»

V

A consecuencia de haber comunicado de Orden del Rey al S.^{or} Cardenal Patriarca que como Gefe de la Real Capilla le correspondia disponer que se practicasen las diligencias convenientes para que por el Consejo se diese el pase al Brebe de S. Sant. de agregacion a la Hacienda llamada la Flori-

(4) Lo era D. Benito Ramón de la Hermida.

(5) Con este documento está cosido un impreso sin lugar ni nombre de impresor, y fecha de 5 de diciembre de 1792, que ocupa un pliego en folio con sello, 4.º, de 20 maravedis. Año 1792. En él, D. Francisco Antonio, arzobispo de Toledo, presbítero, cardenal de Lorenzana, canceller mayor de Castilla, capellán mayor de la real iglesia de San Isidro de Madrid, caballero prelado, gran cruz de la real y distinguida orden española de Carlos III, del consejo de S. M., designa sus agentes especiales y de su dignidad y mesa arzobispal en Toledo, Alcalá, Valladolid, Granada, Roma y Madrid. Y entre los procuradores de esta última villa figura D. Manuel Esteban de San Vicente. El impreso aludido va signado y firmado por Andrés Blázquez, escribano del Colegio de Madrid y notario apostólico, que certifica lo dicho.

da, al territorio y jurisdicción de dicha Real Capilla que de orden de S. M. dirigi a este fin al mismo Consejo en 4 de Septiembre de este año, ha representado el S.^{or} Cardenal Patriarca que despues de varias diligencias practicadas por el agente de su Dignidad, ha podido averiguar que el Brebe está detenido por una representacion que el s.^r Cardenal Arzobispo de Toledo ha hecho para que se suspenda su execucion, y que la Real Camara ha mandado se le entregue el citado Brebe para que exponga contra él lo que convenga a su derecho.—Que no ha dejado de sorprenderle esta novedad, no tanto por el paso dado por el s.^r Cardenal Arzobispo, sino porque no se haya despreciado esta oposicion sabiendose que el Rey mismo ha solicitado el referido Brebe, que es una Hacienda propia y que ningun derecho puede tenerse contra ella; pero que no teniendo mas interés que obedecer las R.^s ordenes, concluye el S.^{or} Cardenal Patriarca, que cree no deber meterse en un litigio con el S.^{or} Cardenal Arzobispo; y asi lo hace presente pera la realizacion que sea del Soberano agrado.—S. M. enterado de este asunto y de lo arriba expuesto; ha resuelto se comuniquen a V. E. como lo executo, para que la Camara despache inmediatamente el pase del expresado Brebe sin oyr contestaciones sobre el particular, dandome V. E. aviso de su puntual cumplimiento. Dios g.^{ue} a V. E. m.^s a.^s S. Lorenzo 1.^o de Dbre de 1798.—Por indisp.^{on} del s.^r d.ⁿ Fran.^{co} de Saavedra.—Mariano Luis de Urquijo [*Rúbrica*].—S.^{or} Gobernador del Consejo.—*Al margen*: M.^d 3 de Di.^{re} de 1798.—Pu.^{do} dese cuenta con el anteced.^t [*Rúbrica*].—M.^d 5 Di.^{re} de 1798.—Se da el pase a este breve. [*Rúbrica*] fho. el pase en 6 de dho. y remitido el Breve orig.^l al s.^r Gobern.^{or} del consejo el mismo dia. (*Un pliego en 4.^o*)

VI

Nota.—En vista de este Breve de su Santidad expedido a instancia de S. M. para la agreg.^{on} de la hacienda llamada de la Florida á la jurisdiccion y territorio de su Real Capilla, y de lo mandado por su magestad en orden de 1.^o del corr.^{te} mes ha concedido la Camara por Decreto de 5 de él el pase corresp.^{te} a este Breve. Madrid 6 de Dic.^{bre} de 1798. (*Una hoja en 4.^o*)

VII

† Ex.^{mo} s. s.—En Real orden de 1.^o del corriente comunicada a vd. por la via de estado, manda S. M. que la Camara dé inmediatamente y sin oír a nadie el pase al Breve impetrado a instancia de S. M. para la agregacion de la hacienda llamada de la Florida a la jurisdiccion y territorio de su Real Capilla, y que avise a vd. de estar executado.—Publicada la expresada Real orden en la Camara de 5 del corriente acordó su cumplimiento; y en su consecuencia paso a manos de vd. el referido Breve con el correspondiente pase de la Camara para que pueda dirixirlo a las Reales manos de S. M. en contextacion a la mencionada orden.—Dios g.^{ue} a Vd. m.^s años como deseo. Madrid 6 de Dic.^{bre} de 1798.—ex.^{mo} s.^{or} Gober.^r del Consejo. (*Un pliego en 4.^o*)

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA.

VARIEDADES

La proclamación del archiduque en Madrid en 1706

El año 1706 fué para la Villa y Corte año de zozobras. Desde la proclamación de Felipe V se había distinguido Madrid por su lealtad a la nueva dinastía, y el rey correspondía a ella haciendo a la Villa objeto de sus atenciones. Pero los desgraciados resultados que tuvo el viaje del rey a Cataluña, donde se vió precisado a levantar el sitio puesto a la capital del Principado, y la amenaza de un posible avance del ejército aliado, que desde Portugal se había corrido hacia Madrid, hicieron inevitable el trance de que la corte, primero, y el rey, después, abandonasen a la suerte la capital de la monarquía.

En 20 de junio de 1706 salió de Madrid la reina con todos los Consejos y Tribunales, y al día siguiente lo hizo el rey. Los aliados avanzaron hasta Madrid y el conde de Villaverde, con dos mil de a caballo, pidió la obediencia al archiduque, que le fué dada, porque así lo había dispuesto el rey al marcharse, el día 25 del mismo mes y año. Días después fué aclamado rey de España el archiduque con el nombre de Carlos III.

Halagado por estos éxitos el archiduque intentó entrar en Madrid, y ya se encontraba cerca de Alcalá de Henares cuando dos generales de Felipe V, el marqués de Legal y D. Antonio del Valle, avanzaron con sus fuerzas hacia la Corte el día 4 de agosto, y se hicieron dueños de la capital después de haber obligado a rendirse al conde de las Amayuelas, que mandaba en la Corte por el archiduque. Después, en la tarde del 7 del mismo mes, en la plaza Mayor se hizo públicamente la ceremonia de quemar el pendón que se había utilizado para la proclamación del archiduque y su retrato, todo el papel sellado recogido y otras minucias que se citan expresamente en la *Relación* que se acompaña, impresa en un medio pliego en 4.º en Madrid por Antonio Bizanón, sin fecha, pero seguramente en días inmediatos a los en que tuvieron lugar los cambios que en la *Relación* mencionada se refieren.

El texto es el siguiente:

«† RELACIÓN PUNTUAL, *Con insercion de las Cartas, y lo demas que ha pasado en Madrid, desde el día 4 de Agosto, y lo executado por el Ayuntamiento de esta Villa desde dicho día:*

Aviendo padecido Madrid el inevitable, y preciso desconsuelo de la ausencia del Rey nuestro Señor, que paso a ponerse a la frente de sus Tropas, para ocurrir en la forma que por entonces se pudiese al oposito de sus enemigos: y reconociendo el desamparo en que quedava, el qual crecia.

a la medida del dolor de ver tan cercanas a la Corte las Tropas de los Enemigos y que ni sus fuerzas eran aptas para oposicion alguna, ni el Pueblo (aunque tan numeroso) capaz de poder executar defensa, y que la avian de precisar a prestar la obediencia, y executar otros actos para evitar mayores perjuicios, fue inescusable al ceder al tiempo, dexandose por entonces llevar, y arrastrar del poder de los Enemigos, que pusieron su Campo a la vista de la Corte, introduciendo en ella al mismo tiempo muchas de sus Tropas, embiando Carta para que se prestase la obediencia; en cuya execucion tomaron posesión de todo, sin dexar arbitrio a Madrid mas que para cuidar, que no faltasen las provisiones, y abastos necesarios, como el resguardo de todas las casas principales, para que no padeciesen ninguna violencia, a que se aplica Madrid, valiendose de sus Diputados, y Gremios con tan gran afecto de todos, por ser la Corte la mas amada prenda del Rey nuestro Señor, que consiguieron el conservarla, sin aver padecido falta, ni detrimento alguno por tan continuados dias, como es notorio, hasta que la Divina Magestad permitio, y el indecible amor de nuestro Rey, y Señor movio algunas Tropas para poner en libertad, y sacar del cautiverio, que padecia esta su amada Villa, bien reconocido, y evidentemente manifestado, en que apenas se oyo el nombre de nuestro amado Principe, y se vio el primer soldado con su Divisa, quando todo el Pueblo, impaciente de la violencia que padecia, empezó a respirar en aclamaciones el innato amor de su corazon, y la fidelidad connatural a los Españoles, y que siempre han nacido, y vivido con ella.

Con el motivo del alborozo que ocasiono esta fortuna, concurrieron con la noticia de ella algunos Capitulares a las Casas de Ayuntamiento, aunque pocos, por no aver dado lugar a los demas el numeroso Pueblo, que vigorosamente corria por las calles mas publicas, celebrando, y aclamando el nombre de su Majestad, pasando solo con este tan feliz nombre a arrojar los pocos Enemigos que avian quedado dentro de Madrid, auxiliados de algunos Soldados se vio en el Ayuntamiento del dia 4 de este mes Agosto una Carta del Señor Marques de Mejorada, Secretario del Despacho Universal, que entrego el Señor Procurador General escrita a Madrid desde Torrejon de Ardoz el mismo dia, en que expresa la orden que tenia de su Majestad para entregarle una Carta suya, cuyo tenor es el siguiente:

El Rey se ha servido ordenarme pase a esa Villa a entregar a V. S. una carta suya, y hazerle expresion de sumo gozo en que se halla, de aver logrado el deseado dia de sacarla de la opresion, y violencia que estava padeciendo, y para poderlo executar segun la orden de su Magestad: espero la noticia de hallarse congregados sus Capitulares en las casas de su Ayuntamiento, adonde pasare inmediatamente que me lo participen, cuyo aviso me alcanzara sobre la marcha que no suspendo. Guarde a V. S. muchos años como deseo. Marchando desde Torrejon de Ardoz, a 4 de Agosto 1706. El Marques de Mejorada y de la Breña. Señores muy Noble, y muy Leal Villa de Madrid.

Y aviendose visto en este Ayuntamiento la Carta referida, e inserta, prontamente, y sin alguna dilacion, sin embargo de estar preocupados

todos del alborozo con que se avian movido universalmente los corazones, con el consuelo de ver tan cercanas las Tropas reales, y a ver de lograr por medio del señor Marques, tan amado como venerado hijo de esta Corte, firma, y carta de su Magestad se le respondio, dandole las gracias con carta, cuyo tenor es el siguiente:

Madrid aunque en corto numero de Capitulares, porque la confusion de unas, y otras Armas no han dado lugar a que puedan concurrir, responde, a V. S. a la Carta de oy por no retardar materia tan importante, diciendo solo: que Madrid siempre ha estado, y estara a las ordenes del Rey sin separar esta obligacion, la de mantener la Corte en quietud, que oy con gran dolor suyo ve perturbada, y malogrado su zelo, sin mas recurso que el que se promete con la preferencia de V. S. y su representacion que aguarda Madrid como muchas ocasiones del servicio de V. S. a quien guarde Dios muchos años. Madrid, y Agosto 4 de 1706.

En consecuencia del contenido de la carta del Señor Marques de Mejorada, y de la respuesta de Madrid, se conmovio Ayuntamiento para que entre quatro, y cinco de la tarde del mismo dia quatro, donde se espero al Señor Marques, el qual llego a la hora referida a las casas de Ayuntamiento, y mando llamar al Señor Don Mateo de Tobar, que hazia oficio de Decano, y en nombre de su Magestad le mando tomase la vara, y que el señor Corregidor Don Fernando Matança, Marques de Fuente Pelayo, cesase en el exercicio de ella, y al mismo tiempo se vio una Cedula de su Magestad, su fecha de tres de este mes, en que entre otras cosas nombrava por Corregidor de Madrid al señor Don Alonso Perez de Saavedra y Narvaez, Conde de la Jarosa, y en su execucion, y obedeciendola, como se debia, aviendo salido en la forma ordinaria quatro Cavalleros Capitulares del Ayuntamiento, dos antiguos y dos modernos, con los quales entro su Señoría, y hecho el juramento acostumbrado, tomo posesion de la vara, entregandosela el que hazia oficio de Decano, en consecuencia de la carta de su Magestad, y Cedula comprehendida en ella escrita en el Campo Real de Marchamalo, firmada de su Real mano, y refrendada del Señor Marques de Mejorada, en que demuestra su Real benignidad, y amor a Madrid, cuyo tenor es el siguiente:

EL REY (1):

Concejo, Justicia, Regidores, Escuderos, Oficiales Hombres-Buenos de la muy Noble, muy Leal Villa de Madrid, y su fidelísimo Pueblo, así como sé estais bien persuadidos al amor, y aplicacion, no interrumpida, con que correspondiendo a vuestra notoria fidelidad, he solicitado sacaros de la opresion, y violencia que aveis estado padeciendo, manifestando en

(1) De esta cédula se conserva también copia impresa en dos folios en 4.º, sin pie de imprenta, tipos distintos a los de la *Relación*, sin portada y con este encabezamiento: «COPIA DE LA CARTA DEL REY nuestro Señor Don Felipe V (que Dios guarde) para la muy Leal, Noble y Fidelísima Villa de Madrid, Corte de su Magestad Católica.»

la misma repugnancia, con que inevitablemente fuisteis sujetos a ella la verdad, y quilates de vuestra perpetua constancia; así podreis considerar el gran gusto, con que despues de aver logrado este deseado dia, os participo vuestra libertad del yugo de la opresion que aveis padecido; pues ocupada la Ciudad de Alcala por mis armas, y arrinconados los Enemigos en los Barrancos de Guadalaxra, de la otra parte del rio Henares; aunque esta precaucion de su terror dificultan que sean batidos tan breve, y enteramente como yo deseara para su escarmiento y mayor seguridad vuestra. De esto mismo resulta el que la tengais para discurrir, y facilitar los medios del abasto y mantenimiento de la fidelisima poblacion, a cuyo fin, y el de su aliento, y quietud, he querido no dilataros esta buena noticia; y que el no pasar yo personalmente a daros con mi presencia la manifestacion de mi gratitud, y aprecio de vuestra bien acreditada fedelidad a mi persona, y servicio, es por desear executar lo despues de aver deseado enteramente a los Enemigos; en el interin he tenido por conveniente, que seais informados de la disposicion de las cosas por esta carta, y mas distintamente por medio del Marques de Mejorada, de quien oyreis las expresiones de mi Real animo, y a quien he encargado expida diferentes ordenes, que le he ordenado; y porque conviene, que una Villa de tan ilustres, y grandes circunstancias, no este sin Corregidor que la gobierne, he nombrado para que lo sea por el tiempo de mi voluntad, a Don Alonso Pérez Narvaez, al qual admitireis luego, y sin dilacion a la posesion, y exercicio del empleo, en virtud de esta orden: dispensando yo para este caso en todos los requisitos, y formalidades que suelen regulares en otros, fio del desempeñar a mi confianza en este encargo, y de vosotros le ayudareis, y concurrireis a todo, lo que el procurara ser instrumento de vuestras aplicaciones a mi servicio, y vuestra gloria. Del Campo Real de Marchamalo a 3 de Agosto de mil setecientos y seis Yo EL REY: Don Pedro Cayetano Fernandez del Campo.

A esta carta Cedula respondio Madrid en el dia cinco: y aunque no cabe ni pueden caber en las voces las expresiones de la lealtad de sus pechos, ni el ardiente amor a la Real persona de su Magestad, en la forma que cupo, manifesto su fidelidad, con la expresion que contiene la carta siguiente:

SEÑOR:

Toda la piedad con que V. Magestad (Dios le guarde) se ha servido favorecer a Madrid, ha necesitado para recuperar en parte el desaliento en que la tenia, constituida la violencia, oprimiendo en los pechos de los leales vasallos de V. Magestad, moradores de esta Villa, incendio amoroso con que anhelavan al nativo Donativo con que Dios y la benignidad de V. Magestad nos ha favorecido: motivo que se le dio para que solo con la vista de la Divisa de las Armas de V. Magestad desfogase en parte en celebres aclamaciones el ardor que encerraban nuestros corazones, y en especial restituyendose a la esperanza nunca perdida, de que la poderosa mano del Altísimo ha de operar en las catolicas armas de V. Magestad, para la confusion de los Enemigos y mayor exaltacion de Madrid, en el

logro de la Real presencia de V. Magestad: La Divina guarde la Catholica, y Real Persona de V. Magestad muchos años como Christiandad ha menester. Madrid 5 de Agosto de 1706.

En es Ayuntamiento del dia 4 se vio una carta escrita a Madrid por el Excelentísimo Señor Don Francisco Ronquillo Presidente de Castilla, su fecha del mismo dia 3 y del Campo Real, en que continuando los favores, que siempre le ha debido Madrid, y de que vivira con eterno reconocimiento, manda se le asista al Señor Corregidor, Conde de la Jarosa, poniendo otras circunstancias de la mayor estimacion, cuyo tenor es el siguiente:

Aunque con una Carta orden general, doy aviso de aver su Magestad nombrado por Corregidor de ese Ayuntamiento, y Villa al Conde de la Jarosa, el afecto, y cariño que yo profeso de V. S. no me permiten el que dexé de hacer esta expresion a parte, aunque la brevedad del tiempo no lo permita; gracias a Dios que doy a V. S. noticia tan gustosa, como el verse libre de la violencia a que la desgracia expuso a V. S. pero creo muy bien ha sido disposicion Divina, para que luzca con mas fuerza el zelo, amor, y lealtad que siempre V. S. ha mantenido en el Real servicio: el Conde es sujeto en quien V. S. hallara todo el material que necesitaren sus vivos deseos, para que logre enteramente el mayor servicio de su Magestad y V. S. me tendra siempre al suyo con seguro y verdadero afecto, deseando prospere nuestro Señor a V. S. muchos años. Campo Real de Marcha-malo y Agosto 3 de 1706.

Posdata de la mano de su Excelencia:

V. S. crea que siempre tengo presente ha sido el servir a V. S. el instrumento de las honrras que debo a nuestro Amantisimo, y verdadero Amo el Señor D. Felipe V, de gloriosa memoria; y hallandome con este reconocimiento de que debo a V. S. toda mi fortuna, creo V. S. estara cierto quanto me interesare en todo lo que sea de su mayor servicio, para servir a V. S. en quanto yo considerare serlo de el, como he podido contribuir en la eleccion del Conde de la Jarosa para mi sucesor, en el empleo de Corregidor de esa Corte, que creo V. S. se hallara satisfecho de que el Rey nuestro Señor le aya nombrado para tal empleo. De V. S. su mayor y mas verdadero y afectisimo, Don Francisco Ronquillo.

A que Madrid respondio el dia 4 haziendo demonstracion a su Excelencia de su alborozo, dandole juntamente muchas gracias por la acertada eleccion de tal Ministro para su Corregidor, cuya copia es la siguiente:

EXCMO. SEÑOR:

Ha celebrado Madrid con singular alborozo la carta de V. Excelencia, por el ansia con que la deseaba su afecto, y hallandose con las noticias de la perfecta salud de V. Excelencia y las expresiones con que favorece a Madrid, se confiesa deudor a sus favores y repite a V. Excelencia muchas

gracias por lo que V. Excelencia ha contribuido para la acertada eleccion de Corregidor en el Señor Conde, en quien Madrid cifra el mayor desempeño de su obligacion al servicio de su Magestad esperando en la Divina, que los progresos de sus Reales Armas sean tan felices contra los Enemigos, que logre la mayor quietud, y sosiego como sus vasallos deseamos: Siendo tambien motivo, no de la menor estimacion de Madrid, el de esperar con la presencia de su Magestad para todo su consuelo, el de la de V. Excelencia para sacrificarle su afecto. Guarde Dios a V. Excelencia muchos años: Madrid 5 de Agosto de 1706.

En este mismo dia se acordo, que en muestra del alborozo de aver logrado Madrid el favor de la carta de su Magestad y en atencion a la Aclamacion universal, se pusiesen Luminarias publicas; aunque esto no parece que fue necesario, pues no hubo persona, ni individuo en toda la Corte, que no celebrase la dicha que gozava con todo genero de fuegos, y toda especie de luminarias, y hogueras, durando esto continuamente hasta el dia 8 por la noche y aun despues de este dia se ha continuado con alborozo universal, manifestando con estas demostraciones y exhalando los coraçones de todos la opresion que avian estado padeciendo.

Aviendose celebrado en el dia 5 Ayuntamiento con asistencia del señor Corregidor Conde de la Jarosa, se acordaron diferentes circunstancias de alborozos, que podian conducir a la mayor manifestacion del gozo con que Madrid se hallava para repetir mayores aclamaciones; y reconociendo que el de la formal publica no era acto que fuese necesario reiterarle, ni avia motivo que precisase a la repeticion de nueva aclamacion, acordo manifestar con otra providencia la violencia con que los Enemigos avian reducido su repugnancia a admitir el uso de otra Soberania, explicandose el dia 7 con el Vando, que se publico en la Plaza Mayor de esta Corte por D. Joseph Guerra, Rey de Armas mas antiguo, con asistencia de Soldados, y otros tres Reyes de Armas, que fue lo siguiente:

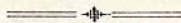
La Villa de Madrid restituida a su libertad, y libre de la opresion padecida, usando de este beneficio, que reconoce a la gran bondad de Dios y a los esfuerzos, y aplicaciones de su legitimo, y natural Rey, y Señor Don Felipe Quinto (que Dios guarde y prospere) manda que todos los Actos, y deliberaciones, y demostraciones que los Enemigos tiranicamente usurparon en el tiempo, que con la fuerza, y poder con sus armas dominaron esta Imperial, y Coronada Villa de Madrid se retrasen, y declaren por nulos, irritos, y invalidos, y en su consecuencia se quemen publicamente todos aquellos instrumentos que sirvieron a este fin.

Yo Don Joseph Alfonso de Guerra y Villegas, Rey de Armas de todos los Reynos, y Dominios de España certifico, que en compañía y con asistencia de los tres Reyes de Armas de Castilla mis compañeros, executé y executamos el contenido del Vando de esta otra parte en la Plaza mayor de esta Villa de Madrid, siendo la hora de las seis de la tarde, a presencia de todo el Pueblo y numeroso concurso de esta corte aviendose hecho a este fin delante de la Real casa de la Panaderia, un tablado grande, sin mas adornos que las mismas tablas, y delante de el en el suelo cantidad de leña, que se encendio, donde se quemaron el Pendon y su hasta dorada

estriada. El retrato del señor Archiduque, todo el papel sellado que se avian recogido, los decretos, Cartas, Ordenes, Acuerdos de Madrid, y demas instrumentos que a este fin se nos entregaron a mi y a mis compañeros, por el señor Don Alonso Perez Saavedra y Narvaez, Conde de la Jarsa, Corregidor de esta Villa de Madrid. Y concluido este Acto bolbimos a las casas del Ayuntamiento, donde aviamos salido, y en ellas por mi y dichos compañeros, colocamos el retrato del Rey Nuestro señor D. Felipe Quinto en el balcon principal de las dichas casas del Ayuntamiento. Y para que conste lo firmé en Madrid a 7 de Agosto de 1706, Don Joseph Alonso de Guerra y Villegas.

Este mismo dia, a la siete de la tarde, salieron de esta Corte los cuatro Comisarios, que en el Ayuntamiento del dia cinco avia nombrado, para que pasasen a ponerse a los Reales pies de su Magestad y le manifestasen el sumo alborozo en que estaba constituido Madrid, y lograsen en su nombre besar su Real mano, que fueron D. Jerónimo de Miranda, Cavallero del Orden de Santiago, y D. Cosme de Abaunza, Regidores antiguos: y por modernos D. Diego Orejon, y D. Juan Antonio de Vicuña Manrique, Cavallero del Orden de Calatrava, en la forma que acostumbra salir Madrid fuera de la Corte en semejantes funciones logrando estos Cavalleros Comisarios la dicha de ir hasta el Campo Real de su Magestad, favorecidos, del señor Marques de Mejorada, Secretario del Despacho Universal, que se restituia a la continuacion de su empleo, con cuya proteccion y la de los Soberanos que asisten inmediatos al Real servicio de su Magestad, lograron esta funcion con el mayor aplauso, debiendo a la Real benignidad una tan manifiesta como amorosa gratitud, de que dieron cuenta a Madrid en su Ayuntamiento, que ha servido con quarenta mil escudos, y espera con indecible afecto la restitution de su Magestad a esta Corte donde en su presencia logre continuar el zelo de sus afectuosos servicios.—[Sigue el pie de imprenta.]

AMALIO HUARTE.



El Duque de Rivas, madrileño

No se trata de arrebatarse a los cordobeses la gloria de contar entre sus paisanos al inmortal autor del *Don Alvaro*, el duque poeta, como por antonomasia se le llama. Nadie duda que D. Angel de Saavedra Remíz de Baquedano, como se llamó hasta el año 1834, y D. Angel de Saavedra Ramírez Remíz de Baquedano cuando el 15 de mayo de 1834 heredó la casa ducal de Rivas, vió la primera luz el 10 de marzo de 1791, siendo apadrinado por su hermano mayor el entonces marqués de Auñón y desde 1802 segundo duque de Rivas.

Como en el convento de Nuestra Señora de los Angeles, al que fué a buscar consejo y amparo doña Leonor de Vargas, había dos padres Rafael-

les, en la serie de los grandes de España han figurado, y no sin gloria, cuatro duques de Rivas del linaje y apellido de Saavedra, y aún subsiste este título, que lleva el distinguido diplomático D. Victorino Sáinz de la Cuesta como marido de la quinta duquesa.

El segundo de los duques, el citado marqués de Auñón, nació en Madrid en las casas que sus abuelos, los marqueses de Andía y de Villasinda, poseían en la Corredera Alta de San Pablo, y que tal vez fuera, o la que aún subsiste, en la que habitó el célebre catedrático de la Universidad Central D. Alfredo Adolfo Camús, o en las que había enfrente, donde se levanta hoy un cinematógrafo. Fué bautizado en la inmediata parroquia de San Martín, que era entonces monasterio de benedictinos, el día 2 de de 1784. Y según la piadosa costumbre que tenían los grande de España octubre túvole en la pila el hermano Pedro Oraque, en representación de su abuelo materno.

A los diez y ocho años quedó huérfano, siendo ya caballero de la Orden de Malta o de San Juan de Jerusalén, y recibiendo poco después la merced del hábito de Santiago, que no llegó a vestir porque así como el conde de Benavente, inmortalizado por su hermano Angel, no quería más que la cruz de Calatrava, estos Saavedras prefirieron ostentar única y exclusivamente la cruz de ocho puntas de la insigne y militar Orden de Malta. Era también capitán del regimiento de caballería de la Reina, y al comenzar la guerra de la Independencia diéronle el mando de un regimiento, a cuyas órdenes peleó su hermano, realizando actos de verdadero heroísmo en la triste batalla de Ocaña, donde, como nadie ignora, recibió, el que había de ser luego su sucesor en la dignidad nobiliaria y era ya altísimo poeta, las *once heridas mortales* de que habla en su conocido romance.

Al terminar aquella gloriosa epopeya, comenzada en Madrid la noche, lóbrega noche, del Dos de Mayo, y por la histórica proclama de Pérez Villamil que suscribió el alcalde de Móstoles, pasó al extranjero con su hermano, al que tiernamente quería, siendo ya viudo de su única mujer legítima doña Carmen Cabrera y Pérez de Saavedra, hija de los marqueses de Villaseca y hermana tal vez de la Olimpia cantada por Angel de Saavedra en sus primeros años, en versos que, según la opinión autorizadísima de D. Juan Valera, no merecen el menosprecio con que se los mira, y que se debe principalmente a los fulgores derramados por los de las obras magistrales del duque. De esta Olimpia, como de su hermana, pertenecientes ambas a la gran casa de Cabrera, de Córdoba, trae curiosísimas noticias en un interesante y rarísimo folleto el cronista de la ciudad protegida por el Arcángel que corona su torre, Sr. Rey Díaz (1), hijo de otro cordobés ilustre, el filósofo Rey Heredia.

Los acaecimientos del año 1820 obligaron a regresar a España a los dos hermanos Saavedra, y de esta época es tal vez la romántica aventura, de la que quizá fuera fruto doña Victorina de Saavedra, que casó con D. José María Aranda y Escobedo, de la casa de Humanes, también grandes de España. Estos románticos amores, que no pudieron ser legitimados por el

(1) Rey, José María, *Apuntes para la historia de la casa de Cabrera*. Córdoba, imprenta de El Defensor, 1913.

matrimonio anterior, simplemente rato, no consumado, que ligaba a la que tan fuertemente encadenó en su redes a D. Juan Remigio de Saavedra, pudieran explicar el retraimiento en que vivió siempre el segundo duque de Rivas hasta el 15 de mayo de 1834, en que murió repentinamente en su casa de los antiguos Ramírez, de Madrid, contigua al monasterio de la Concepción Jerónima, y que hoy, modernizada, es el palacio del tercer marqués de Viana, biznieto, como nadie ignora, del duque poeta, que también falleció en dicha casa el 22 de junio de 1865.

Ambos hechos, el del nacimiento y el de la muerte de D. Juan Remigio de Saavedra, segundo duque de Rivas, acaecidos en Madrid, se acreditan con su dos partidas sacramentales, de las que la última dice así:

«Don Constantino Estévez Martín, Presbítero, Licenciado en Sagrada Teología, Catedrático del Seminario Conciliar y Teniente Mayor encargado del Archivo parroquial de la Santa Cruz,

CERTIFICO: Que al folio doscientos seis del libro veintiuno de defunciones se halla la siguiente

PARTIDA.—El Excmo. Sr. D. Juan Remigio de Saavedra Remírez de Baquedano, Duque de Rivas, Grande de España, Gentilhombre de Cámara de S. M. con ejercicio, Coronel de Caballería, Exento del Real Cuerpo de Guardias de la persona del Rey, &, &, de edad de cuarenta y nueve años, natural de esta Corte, hijo del Excmo. Sr. D. Juan Martín de Saavedra, Duque y poseedor de dicho título, y de la Excmo. Sra. Doña María Dominga Remírez de Baquedano y Quiñones, Marquesa de Alcudia (léase Andía), Auñón y la Rivera, de estado viudo de la Excmo. Sra. Doña María del Carmen Cabrera y Saavedra, de cuyo matrimonio no dejó hijos, parroquiano de esta iglesia, que vivía en la calle de la Concepción, número nueve, no habiendo recibido más Sacramento que el de la Extremaunción por su repentina muerte, falleció en quince de mayo de mil ochocientos treinta y cuatro. No testó. Enterrose en uno de los nichos del cementerio extramuros de la Puerta de Toledo; dió a la fábrica cuarenta ducados, y lo firmé como Teniente Mayor, D. Felipe Bordones Montenegro.—Rubricado.»

En el testamento, bajo el que falleció en Madrid también, y en la casa de Rivas, en 1848, la primera poseedora de este título, marquesa por su propio derecho de Andía, Villasinda, La Ribera, condesa de Sevilla la Nueva, se dispone que sea vestido su cadáver con el hábito de Santo Domingo, a cuya ilustre familia pertenecía, y que sea trasladado al panteón que poseía en Guadalajara, y en donde estaban enterrados su hijo y sus padres. No he podido averiguar cuándo se verificase la traslación de los restos del segundo duque de Rivas «de uno de los nichos del cementerio extramuros de la

Puerta de Toledo» en que fué enterrado, según se lee en la partida que dejamos copiada.

El duque poeta retrató a su hermano mayor, y de este retrato —cuyo original ignoro donde se halle— conserva una interesantísima copia el señor marqués de Castromonte, conde de Priego, nieto de la condesa de Sevilla la Nueva, hija del primer duque de Rivas y hermana por ende de los duques el madrileño y el cordobés.

Madrid, madre cariñosa con todos sus hijos, no puede permitir que continúe en el olvido en que se halla quien sin duda figurara entre los hijos ilustres de algún noticioso Alvarez y Baena redivivo, y que es lástima escapa a la inteligente investigación de D. Luis Ballesteros Robles en su *Diccionario biográfico madricense*.

VALENTÍN DORADO DELLMANS.

RESEÑAS

GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, AGUSTÍN.—*Formación y elementos de la novela cortesana*. Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Ilmo. Sr. D..... Madrid, Tipografía Archivos, 1929; 8.º mayor; 152 págs.

No es este interesante estudio, salido de la docta pluma del Sr. Amezúa, sino un bosquejo breve de la *Historia de la novela castellana en el siglo XVII*, que prepara hace tiempo, y pronto verá la luz, seguramente. No obstante, constituye por sí solo un luminoso y erudito tratado de la novela que «nace a principios del siglo xvii; tiene por escenario la corte y las grandes ciudades, cuya vida bulliciosa, aventurera y singularmente erótica retrata; conoce días de esplendor y ocasos de decadencia, y muere con el siglo que la vio nacer para no resucitar por entonces». Esto es la *Novela cortesana*, según la denominación ideada, con gran acierto, por el autor del discurso que nos ocupa.

A pesar de ser la novela, con el teatro y el romancero, uno de los géneros literarios que descuellan singularmente en la literatura castellana, nadie ha hecho un estudio completo de ella, aun cuando se lo merezca por tantos conceptos. El insigne maestro Menéndez Pelayo, que pensaba hacerlo, murió, por sin igual desgracia, dejando interrumpidos sus magníficos estudios sobre los *Orígenes de la novela*. Después, algunos trabajos monográficos, dignos de toda alabanza, han tratado de estos temas, pero ya sin el plan ni la organización sistemática de una obra general.

Por eso el libro que prepara el Sr. Amezúa ha de llenar una inmensa laguna de la historia literaria con valiosas aportaciones que ya se presienten en este estudio ahora publicado.

Teatro principal de la novela cortesana fué Madrid. Aquel Madrid de los Austrias, abigarrado, exuberante de vitalidad, que en vano han querido evocar muchos, dándonos un cuadro desvaído o caricaturesco. El Madrid del siglo xvii aparece maravillosamente vivido en las páginas realistas y vibrantes de las novelas cortesanas. El afán de medrar y lucrarse, que congrega en la corte a gentes de todos los órdenes sociales y todos los puntos de España, da lugar a una población flotante diversísima, admirablemente novelable.

Describe muy documentalmente el Sr. Amezúa — utilizando asombroso conjunto de materiales — la extraña atracción que Madrid ejercía sobre todos los escritores de aquella época. Infinitas son las alabanzas que hacen de él, tanto los madrileños como los de fuera de la villa: «poetas, dramaturgos y novelistas apurarán los colores de sus paletas para ponderar la

anchura de sus calles, sus ricos y fértiles contornos, sus grandes palacios, la multitud de moradores, copiosos tratos, ricas mercancías, tantos negociantes, príncipes, caballeros, ministros y oficiales, para acabar diciendo con el personaje de una comedia:

«Tú, Moncayo, irás a vello,
y entonces conocerás
quién es Madrid; que pintalle
es más quitalle que dalle.»

Tanto era este entusiasmo por Madrid en toda España que no valían a aminorarlo las continuas diatribas de los viajeros franceses —Joly, Bertaut, y sobre todo, Brunel—, que, como siempre, después de recibir de los españoles consideraciones inmerecidas procuraban desacreditarlos todo lo que podían.

Pero era inútil, porque esta fuerza de atracción que ejercía la corte no residía —como ya hace observar el Sr. Amezáa— en su parte material, sino en la espiritual. No eran sus edificios pobres y sus casas, «a la malicia», en calles sucias y estrechas lo que enamoraba a los escritores; era su vida «de tan rica y caprichosa tropelía que los ingenios de entonces, por vez primera, siéntense atraídos y fascinados, como si en él radiara el lugar de los milagros y el centro de las transformaciones».

De lo dicho puede deducirse fácilmente el extraordinario interés de la novela cortesana —aparte su gran valor literario— para conocer la vida madrileña del siglo de oro, y hasta para compenetrarse con la ideología sociológica de España entera: los soldados que vienen de Flandes, jugadores empedernidos contra todas las órdenes emanadas de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte; los estudiantes, socarrones y maliciosos, que fluctúan entre el pícaro y el clérigo, unas veces aprendiendo latín, y otras el lenguaje «de germanía»; el pícaro mismo, producto, a menudo, de la acumulación de forasteros en Madrid, a caza de pingües empleos, y siempre originado del eterno deseo —entonces verdaderamente morboso— de vivir sin trabajar; los escuderos y lacayos departiendo con las mozas de la grey fregonil en torno a las fuentes, las damas rebozadas, los «mozos crudos», los bravos, los rufianes, los vendedores de variadísimas mercancías, desde el «manto de soplillo» hasta el «agua de nieve enfiada en cantimploras». Todo aquel mundo, en fin, que ve interrumpida su actividad y su continuo ir y venir por el paso ruidoso y chocarrero del encapirotado que azota la justicia, o por el desfile callado y recogido de una cofradía de disciplinantes que se flagelan por fervor religioso al grave son del *Misere-re* y a la luz vacilante de las hachas...

Pero los protagonistas y héroes de las novelas cortesanas no son éstos, sino el «caballero galán, noble, rico y ocioso», más ducho en las armas y en los juegos que en las disciplinas cursadas en las Universidades de Salamanca o Alcalá; poeta mediano, pero magistral componedor de billetes amorosos. Y la dama, hija de noble familia, honesta y recatada, que habrá de comunicarse con él, a hurtadillas de su dueña, a la salida de la iglesia o a través de una reja, donde ha de darle a la noche rumbosa sere-

nata... Y así hasta que le recibe en su aposento las más noches —fiada de sus promesas matrimoniales— y es sorprendida en una de aquellas por el severo padre, que limpia cruentamente la mancha arrojada a su honor.

De estos personajes y de este asunto ha de partir la trama de la novela, repetida con igual base y análogos problemas en todos los casos; pero de modo distinto siempre en el desarrollo y en la evolución del argumento.

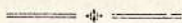
Amor y Honor son «como dos focos poderosos que iluminan plena y penetrantemente aquella sociedad española, tan bizarra y compleja, desde fines del siglo *vx* hasta comienzos del *vxiii*». Ellos han de demarcar con sus rayos todo el campo de la novela cortesana, como también limitan gran parte del teatro.

Empero, este género de novela cortesana aparece tras muchos intentos después de deslindada de la novela picaresca y de otros géneros romancescos. La literatura anterior influyó notablemente en ella; pero sobre todo las traducciones e imitaciones de los *novellieri* italianos: Boccaccio, Giraldo Ciuthio, y especialmente Bandello, que enseñan la técnica y las características generales, estudiadas muy original y profundamente por el Sr. Amezáña, así como la preceptiva general de la novela española.

El resto de su trabajo, lleno de amenidad e interés, está dedicado a la revisión de las novelas del siglo *xvii* y la actitud de la crítica moderna ante ellas, estudio éste de la mayor importancia, que revela la amplísima cultura literaria del ilustre académico, cristalizada sólidamente en el gran número de notas que siguen al discurso, rebosantes de datos nuevos y valiosísimos.

Por último, no queremos pasar en silencio, a pesar del limitado espacio disponible, el elogio que merece la bella contestación de D. Francisco Rodríguez Marín al discurso del Sr. Amezáña, donde se ponen de relieve los méritos de éste y se recuerda con frases de cariño y admiración sinceras la figura gloriosa y única de su maestro, D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA.



ALTAMIRA, RAFAEL.—*Temas de Historia de España*. (Vols. VIII y IX de sus *Obras completas*.) Dos tomos de 354 y 147 págs., en 8.º Madrid, 1929.

El ilustre polígrafo D. Rafael Altamira, al recopilar su copiosísima, varia y valiosa producción al través de una vida sobremedida fecunda para la cultura española, ha distribuido sus obras en seis grupos o series, para su mejor clasificación. A la cabeza de ellas figura la *serie histórica*, quizás por ser la modalidad historiográfica la más conocida y popular en el gran maestro. Nueve obras (algunas de nueve o diez tomos) integran esta primera serie, y a ella corresponde la que motiva estas líneas.

Temas de Historia de España es, como indica su nombre, una miscelánea histórica, donde el autor reúne trabajos compuestos por él en tiempos muy distintos, sobre variadísimas cuestiones pretéritas y diversos personajes que ya no existen. En su mayor parte son conferencias, discursos o artículos insertos en periódicos o revistas de España, Europa y América. A cada uno acompaña la fecha de su aparición primitiva, lo cual permite al lector puntualizar la génesis de los pensamientos que informan la obra y sus transformaciones al correr de los años; transformaciones sólo de detalle o de matiz, pues el Sr. Altamira alcanzó desde su mocedad una madurez y ponderación de juicio que, con su precoz iniciación en todas las corrientes espirituales del mundo, da a sus trabajos el privilegio de que envejezcan poco, aunque el autor, con su perenne juventud mental, no sea propicio a cristalizaciones ni estancamientos.

El primer volumen de este libro comprende *Hechos de España*. Empieza con una magnífica síntesis sobre las direcciones fundamentales de nuestro país en el siglo XIX, materia sobre la cual disertó el autor en varias Universidades británicas, y en la de Valencia para inaugurar uno de sus cursillos de extensión universitaria. Es quizás la visión más clara, honda, plena e integral de la vida y el estado espiritual de España en el siglo anterior, que nadie abarcó en su pluralidad de aspectos antes del Sr. Altamira, y que puede constituir la avanzada de esa historia orgánica contemporánea española que aquél preludió en el Ateneo, en el Centro de Estudios Históricos y en algunos de sus propios manuales, y que sus discípulos estamos requiriéndole siempre a llevar a cabo conforme a sus repetidas promesas.

Sigue una conferencia dada en París sobre la evolución espiritual de España desde 1898 hasta hoy, reseñando la depresión y el pesimismo que acompañaron a la pérdida de las colonias, con todos sus tópicos de literatura *regeneradora*; corriente a la que, por cierto, opuso el Sr. Altamira en el verano mismo de la catástrofe (aunque él, por modestia, no lo recuerde) acaso el único libro alentador y optimista publicado entonces: su *Psicología del pueblo español*. Analiza las transformaciones operadas en el ánimo público, hasta llegar a la impresión de confianza en sí que la nación siente hoy, ajena a la desestima en que pueda tener a sus gobiernos.

La conmemoración del centenario de la guerra de la Independencia española en 1908, sugirió al autor diversos estudios y comentarios, reunidos ahora aquí, reseñando las monografías que sobre aquel punto se publicaron, señalando las lagunas que existen en la historia de suceso tan memorable, y haciendo destacar la doble significación de aquél: demostración por la acción del pueblo de que sin la independencia nacional todos los bienes son mezquinos para un país, y fe profunda de su minoría ilustrada y directora en la regeneración de España por obra de su propio esfuerzo.

Bajo el epígrafe común de *Varios puntos de historia contemporánea*, alude serena, aunque rápidamente, al verdadero alcance económico de nuestras pérdidas coloniales últimas, al «caso Ferrer», al libro del conde de Romanones sobre *Las responsabilidades del antiguo régimen*, a la influencia intelectual alemana entre nosotros y a *La Habana a mediados del siglo XIX*, en relación con un libro reciente de ese título.

Diserta sobre *Viajes y viajeros por España*, deteniéndose en los de

norteamericanos y en la bibliografía formada sobre ese particular por Foulché-Delbosc, la cual completa el maestro con un nutrido suplemento de su erudida aportación personal.

Con motivo de un libro de bien trazada propaganda turística sobre nuestro país, escrito por el Sr. Sánchez Cantón, rechaza el Sr. Altamira los errores corrientes fuera de España sobre el suelo español, del que sólo quiere conocerse la llamada *estepa castellana*, ignorando la rica variedad peninsular, y, dentro de esa misma *estepa*, la abundancia en tierras feraces, vergeles frondosos, cual los de La Granja y Aranjuez, y paisajes alpinos no inferiores a los de Suiza. Ello le conduce a rebatir la *leyenda de la meseta*, circulante por ahí como obligado *cliché*, y a la reivindicación histórica de la calumniada Castilla, tenida por los regionalistas periféricos como un páramo intelectual y económico, aunque no sólo desde su hegemonía peninsular, sino mucho antes, en plena Edad Media, fué siempre a la vanguardia de la cultura española, creando a la vez un rico florecimiento industrial y mercantil, que tuvo por grandes focos a Toledo, Segovia, Burgos, Sevilla, Granada, Cádiz, Medina, Cuenca, Talavera y Murcia. Adviértase que para el caso Castilla es también la España del Sur, ya que el prejuicio ajeno unió a sus naturales con los hijos de la meseta en la misma leyenda de poltronería e ineptitud.

Esta reivindicación de la tierra castellana en nombre de la verdad histórica y psicológica, realizada por un levantino como el Sr. Altamira, nacido en Alicante, es cosa que nunca le agradeceremos en todo su valor los que estimamos como el más limpio linaje el haber nacido en esta vieja Castilla, *que face los homes e los gasta*.

Completan el tomo artículos sobre *Los restos del Cid*, Hugo Grocio y *España* (destacando la aportación de nuestro país al Derecho internacional), *Los «Diarios» de Jovellanos, Montesquieu y la decadencia española*, *El conde de Aranda y la guerra*, revistas bibliográficas y críticas.

El segundo y último volumen de esta obra (mucho más breve que el anterior) está consagrado a *Hombres de España*. Todos ellos son personalidades de nuestros días a quienes el autor trató y observó de cerca, y que, aun siendo recentísima su actuación, entraron ya en la historia por haber franqueado los umbrales de la vida material. Así, Joaquín Costa, Azcárate, Salmerón, Buylla, Alcubilla, Simarro, Reyes Prosper, Rafael Salillas, Más y Pi, Granados, Fernández Jiménez, Hermenegildo Giner de los Ríos, Segismundo Moret, Dato y Fermín Canella.

De todos traza el autor siluetas breves, pero felicísimas, de distinta intensidad, según lo vivo y lo hondo del recuerdo; pero llenas siempre de *comprensión, de cordialidad, de simpatía*. Al través de algunas va entretejiendo el Sr. Altamira, sin proponérselo seguramente, jugosas páginas autobiográficas, que deseamos explane más amplia y directamente en otra obra *ad hoc*; pues lo fecundo y vario de su vida espiritual, su actuación en medios distintos dentro y fuera de España, y su convivencia con notabilidades de todos los países, daría extraordinario valor a un libro de *Memorias*, género cuya escasez en nuestra literatura ha deplorado él tantas veces. Pero quizás no es tiempo aún, pues «D. Rafael» puede hacer y presenciar muchas cosas más, importantes o curiosas, que comunicarnos un día.

Por lo pronto surgen aquí recuerdos personales ligados a su vida propia: de camaradería juvenil, con Salillas; de maestros venerados por él, con Joaquín Costa, Azcárate y Salmerón; con Buylla y Canella, de anti-guos cooperadores suyos, precursores en la admirable obra que dió prestigio universal a la Universidad de Oviedo, y bajo cuyos auspicios emprendió el propio Altamira el fructuoso y resonante viaje de patriótico apostolado por ambas Américas, iniciador del moderno intercambio intelectual entre ellas y España. D. Joaquín Costa y D. Francisco Giner tienen el altar más alto en el culto devoto que sabe rendir el autor a los grandes maestros formadores de su espíritu. A Giner dedicó aparte un libro entero. La sombra de Costa anima las páginas de este volumen, refiéranse o no al gran polígrafo aragonés; las caldea, las unge de ideal, de tolerancia, de españolismo depurado por la cultura y la crítica, de cordialidad, de sentido ético, de noble inquietud, de fe progresiva, de fervores humanos.

J. DELEITO Y PIÑUELA.



MAYER, AUGUSTO L.—*El estilo gótico en España*, traducido del alemán por Felipe Villaverde. Primera edición. Madrid, Espasa-Calpe, 1929; 310 págs. + 155 figs., 4.º

Como afirma muy bien Worringer (1) —nadie como él ha estudiado la esencia, la medula, la trabazón, la figura y la contrafigura del estilo ojival—, el goticismo estuvo embrionariamente escondido en la primitiva ornamentación del Norte: «La base sobre la cual se desenvuelve la voluntad gótica de forma es el estilo geométrico, que se halla extendido sobre toda la tierra, como estilo del hombre primitivo, pero que hacia la época en que el Norte ingresa en la evolución histórica aparece como propiedad común de los pueblos arios.»

Es, en efecto, el goticismo un efecto de la espiritualidad humana. Es la plasticidad de un torrente de deseos que se lanzan hacia arriba y se prolongan hasta el infinito, ahilándose.

En España no adviene tarde lo gótico. Adviene del Norte precisamente. Gente del Norte lo trae en el gusto y en el anhelo. Los monjes del Cister; las huestes de francos y borgoñones que vinieron a la *de las Navas*; los príncipes y las princesas nórdicas —latitud española—: Raimundo de Borgoña, Leonor de Inglaterra, Beatriz de Suabia...; los peregrinos compostelanos; los profesores llegados a las Universidades de Palencia, Zaragoza y Salamanca...

Y adviene lo gótico a España en su expresión más genuina, pura y apasionante, en la que puso un atisbo de originalidad el elemento mudéjar.

(1) Worringer, *La esencia del estilo gótico*. Madrid, *Revista de Occidente*, 1925, pág. 43.

Aparte de las obras fundamentales de Lampérez —*Arquitectura gótica civil y Arquitectura gótica cristiana*— y de Tormo y Monzó —*Historia de la escultura*—, en España inexisten los esfuerzos para clasificar los estilos de la forma.

El profesor Augusto Mayer, gran y buen catador del arte español, como lo demostró en obras anteriores (1), publica ahora *El estilo gótico en España*, síntesis perfectamente razonada, de matices ensamblados a toda ponderación, de lo ojival español.

No se atiene para el estudio de éste a lo que pudiéramos llamar geografía del goticismo: grupo leonés y castellano, grupo catalán-aragonés, grupo bético. Ni siquiera reduce sus sugerencias al gótico genuinamente ibérico. Como indica en el prólogo, sus pretensiones son otras.

Toda manifestación de lo gótico en España. Creaciones que fueron producidas en el suelo español por artistas indígenas y por artistas extranjeros: alemanes, flamencos, franceses, italianos.

Augusto Mayer pone a sus notas un diapason cronológico dentro de cada uno de los síntomas ajenos de inspiración por que pasó el gótico español, encerrados aquéllos en el paréntesis de una sugestiva afirmación: la de que el arte morisco asimila los primeros aspectos ojivales y el arte barroco descompone los últimos.

Cree el profesor alemán que no existe un arte gótico puramente español de tanta importancia que pueda exigir mención en una Historia Universal de las Artes Plásticas, y que, sin embargo, las esculturas y edificios del ojival primitivo francés, las estatuas, bordados y repujados de los artistas italianos, las producciones de familias enteras de artistas y grupos de escultores, arquitectos, tallistas, nieladores, orfebres flamencos, suabos y holandeses, elevan el gótico en España a una máxima categoría.

En Castilla, después de muerto Pedro I, bajo cuyo reinado el apogeo del arte mudéjar paraliza el crecimiento del ojival; en Aragón, desde los años de Pedro IV, príncipes y mercaderes, monasterios y gremios, sienten y realizan unos deseos irrefrenables de obras de arte extranjeras.

De París y Lyón llegan los devocionarios iluminados, las estatuillas de la Virgen, polícromas, los cofrecillos marfileños, las labores de orfebrería de Borgoña, los dípticos y trípticos y polícticos a relieve, los frontales de imágenes ingenuas, los altares taraceados. De Flandes, los tapices murales. Y en todos estos vestigios una misma estilización, una *manera semejante*, pero de posibilidades múltiples.

Durante los siglos xiii y xiv, acaso por la índole de las relaciones —prietas, en pro o en contra, pero prietas, intensas— entre España y Francia, los maestros franceses, por su número y por su influencia, acaparan la intensidad artística española.

Ya a fines del siglo xiv irrumpen los artistas del Brabante. Durante el siglo xv el gótico holandés triunfa. Y en el xvi un verdadero aluvión de:

(1) *Der Spanische Nationalstil des Mittelalters*. Leipzig.

Goya. Madrid, Espasa-Calpe, 1928.

Historia de la pintura española. Madrid, Espasa-Calpe, 1928.

La pintura española. Barcelona, Editorial Labor, 1926.

Alt Spanien. Leipzig, segunda edición.

artistas de la Baja Alemania se afincan en España. Y se da el caso de los góticos *distintos yustapuestos*. Y el caso de los góticos *influenciados*. Y el caso de los góticos *truncados unos en otros*. Burgos, la bella acrópolis un día del ojival francés, soporta y embellece el esfuerzo del alemán Juan de Colonia.

¿Cuáles son las características que separan el ojival galo del germano y éste del español?

El profesor Mayer las señala con tino singular. En la arquitectura la *ligereza* es francesa, la *estilización suprema* alemana, la *pesadez* española, una *pesadez* un poco recargada, una *pesadez* que *recuerda*, que trae legados la complicación árabe, la *tristeza* mudéjar.

En la escultura, España cultiva la nota melancólica, heredada de los mahometanos; Francia, la belleza de líneas; Alemania sacrifica la belleza a la expresión.

Afirma el profesor Mayer que no pueden señalarse en España *sonas* donde se dé algún gótico con exclusión de los demás. El ejemplo de la catedral de Burgos lo confirma. Da asimismo como cierto que no siempre los ojivales francés y flamenco influenciaron al español, ya que en ocasiones artistas de una y otra nacionalidad acogieron con verdadero entusiasmo la idea del *adorno* español y aun lo elevaron a la suma perfección. Ejemplos: el altar mayor del maestro Juan de Suabia-Gmunda en la Seo de Zaragoza, las creaciones de Simón de Colonia en Burgos, Valladolid y Aranda, las de Gil de Siloé y las de Juan de Juanes. No le ofrece dudas que la difusión del gótico y también las irradiaciones de los gustos extranjeros se realizaron con bastante uniformidad por todo el país, primero los grandes monasterios: La Oliva, Fitero, Veruela, Santa María de la Huerta, Poblet, Santas Creus, Las Huelgas, Santa María de Meira; luego las grandes catedrales: Burgos, León, Toledo, Barcelona, Gerona, Palma, Sevilla; después los castillos: Valencia de Don Juan, Maqueda, Escalona, Medina del Campo; por último, las construcciones civiles: el Alcázar de Segovia (lado Este), la Torre de Don Fadrique (Sevilla), las Torres de Serranos (Valencia), la Lonja de Barcelona...

De los estudios que componen *El estilo gótico en España* dice el mismo profesor Mayer: «... constituyen una serie de ejemplos típicos y eminentes del gótico en España en lo que toca a arquitectura, escultura, pintura y profesiones artísticas. En cuanto a la pintura, creo que podré limitarme a un número de ejemplos relativamente pequeño, puesto que ya he tratado en mi *Geschichte der Spanischen Malerei* (1). Pero también me complace exponer aquí algunos pormenores y utilizar varios conocimientos nuevamente adquiridos. A lo concerniente a la escultura se le ha dado especial importancia, por lo que merecen ser publicadas aquí muchas producciones desconocidas y que tienen general interés.»

Siendo *El estilo gótico en España* una obra de capital importancia, escrita con fino espíritu crítico y en la que no se escatimaron los materiales de todos órdenes —láminas, figuras, impresión admirable, presentación espléndida—, no se puede afirmar, sin embargo, que sea la obra más com-

(1) Traducida al castellano, *Historia de la pintura española*, Espasa-Calpe, Madrid, 1928.

pleta que acerca del gótico español se ha publicado. No abarca por completo el tema. El mismo profesor Mayer lo reconoce.

Faltan en él motivos fundamentales como la iglesia de Santa Ana, en Sevilla; la capilla-palacio de Santa Agueda, en Barcelona; la capilla de los marqueses de Vélez, en la catedral murciana; la capilla del Condestable, en Burgos; el sepulcro Lauria, en la iglesia de El Puig (Valencia); el altar mayor de la iglesia parroquial de Castellón de Ampurias, y otros varios, acogidos los más por Jorge Weise en su *Spanischen Plastik aus sieben Sahrhunderlen*.

S. DE R.



PÉREZ, DIONISIO (*Post-Thebussem*).—*Guía del buen comer español*. Madrid, 1929. Un tomo de 356 págs., en 8.º

Dionisio Pérez es unánimemente reconocido como uno de los periodistas de más castiza solera y más sólidos merecimientos entre cuantos honran aún la prensa española. El antiguo fundador y director de *Vida Nueva* (periódico famoso que llena una época: la del pesimismo y la *regeneración* consiguientes a nuestra catástrofe colonial del 98), que tan hondo surco labró en el pensamiento español, ha pasado después por los más varios sectores del periodismo — crónica de actualidad, crítica literaria, remembranza histórica, silueta biográfica, recuerdo personal—, conservando y aun acrecentando en el correr del tiempo los áureos quilates de su pluma, donde se armonizan sapiencia y amenidad, elegancia y llaneza, información concienzuda y riqueza de léxico, enjundia y donaire, soltura y buen gusto.

Dionisio Pérez fué novelista, ensayista, erudito, narrador de viajes; pero antes, después y siempre, fué periodista de pura cepa, que sirvió a Nuestra Señora la Actualidad al través de sus continuas metamorfosis. Y, dentro del periodismo, supo especializarse en un género que resiste la mudanza de las cosas mejor que el *suceso del día* literario o político: el género culinario.

Para el vulgo un libro de comidas sólo puede escribirse por un cocinero o cocinera, y con una mentalidad que no rebase de las lindes del fogón. Abonan tal prejuicio no pocos de los simples *recetarios de cocina* circulantes por ahí, sin que hayan mejorado la producción los literatos y literatas sin vocación gastronómica, que escribieron sobre guisos como pudieron hacerlo sobre la cría del canario o sobre el *arquitrabe*.

Escritores de veras que fuesen a la vez doctos en primores del paladar, hubo dos en las postrimerías del siglo anterior: Castro y Serrano (*Un cocinero de S. M.*) y Pardo de Figueroa, que hizo famoso el pseudónimo *El doctor Thebussem*. Continuator de la obra y del sobrenombre del último es Dionisio Pérez, conocidísimo en diarios y revistas como *Post-Thebussem* cuando escribe sobre *re coquinaria*, y que con tal nombre tiene, además del actual, otros dos volúmenes escritos: un prólogo y glosario al

viejo *Libro de guisados* de Ruperto de Nola, y una serie de *Documentos para la historia de la cocina española*, que empieza por guisos conventuales y dulces monjiles. Es, pues, ya un veterano en andanzas *bibliográfico-culinarias*, y como tal la Asociación profesional de Cocineros de Cataluña le nombró su presidente honorario.

Obró atinadamente el Patronato nacional del turismo en España al encomendarle este libro, que no sólo es estudio de platos nacionales, sino obra de propaganda españolista, como, aunque en diverso plano, lo puedan ser los grabados de El Escorial, Toledo, Sevilla o la Alhambra, puesto que el libro se subtitula *Inventario y loa de la cocina clásica de España y sus regiones*, y es, en efecto, su más ferviente y entusiasta panegírico. Ya era bastante acierto el primer título de *Guía del buen comer*. La guía no puede ser solamente para el turista una cuestión topográfica de planos y croquis. Y así como hay guías místicas para espirituales ejercicios, y así como literatos suiles han inventado *Guías sentimentales* (las hay ya, y muy exquisitas, de varias ciudades hispanas), debe haber guías (más prosaicas, pero no menos útiles) para las necesidades del *gourmet*.

Seguramente que nadie reúne para el caso en España las complejas aptitudes de Dionisio Pérez que en esta *Guía del buen comer español* resaltan. En ella se ve al refinado comedor y bebedor, de buen apetito, abundantes tragaderas y gusto sibarita, diestro en descubrir, percibir y gozar con voluptuoso regodeo toda la gama infinita de sabores y olores gratos que pueden combinar la fantasía y el arte de los émulos de Brillat-Savarin. Pero también se ve al infatigable viajero, que sabe escudriñar peculiaridades típicas de las comarcas que recorre, al fino observador de ambientes locales, al erudito investigador y bibliófilo, que sabe hallar precedentes y datos para su estudio en papeles viejos y antiguas obras literarias.

La enumeración de la cocina es completísima: pretérita y contemporánea, nacional, regional y local. No hay rincón culinario en el pasado o en el presente español, que se sustraiga a su sagaz pesquisa.

Empieza su reconstrucción por la cocina celta, puramente animal, a la que siguen la romana, que nos trae el ajo y el aceite (reivindicados con celoso patriotismo por el autor), y la árabe, importadora del limón, cidra, naranja, azafrán, nuez moscada, pimienta y caña de azúcar. Dedicar un capítulo a la cocina post-colombina, expresando el influjo culinario del descubrimiento de América, al cual debemos la patata, el tomate, el pimiento y el chocolate; y el predominio de nuestra cocina en Europa, que acompañó al de nuestros tercios, nuestros pintores, poetas, dramaturgos, juristas y teólogos. Dionisio Pérez reivindica para España la paternidad del *hojaldre*, la tortilla, la salsa *mayonesa* (llamada así impropriamente, y con mayor causa *mahonesa*, por tener su origen en Mahón) y otros platos nacionalizados luego en Francia como nativos de allí, y universalizados por el prestigio de la cocina francesa; y va después pasando revista en sucesivos capítulos a las cocinas de Extremadura, de Andalucía en general, y en particular de sus provincias todas; a las cocinas levantina, catalana, aragonesa, navarra, vasca y santanderina, leonesa, asturiana, gallega, de Castilla la Vieja, de Madrid y Castilla la Nueva, de la Mancha, y, finalmente, a la insular de Baleares y Canarias. Cada apartado forma una zona diversa del yantar nacional, y lo es también del alma colectiva.

Capítulos jugosamente literarios son *El garbanzo en el meridiano de Madrid*, evocador de Galdós, y *En un lugar de la Mancha*, ungido con remembranzas cervantinas, por donde cruzan las ollas succulentas de las bodas de Camacho, la bien abastecida mesa de D. Diego de Miranda, y los rústicos y sobrios manjares campestres, que bastaban al idealismo del hidalgo inmortal y entretenían el hambre incurable de su tragón escudero.

Tanto como el estudio directo nos presenta Dionisio Pérez encuestas culinarias, realizadas con escritores o gastrónomos locales, y una bien seleccionada antología de opiniones, notas y comentarios, que sobre el comer español dejaron viajeros extranjeros ilustres.

Y completa su libro, con todo el aparato posible de obra seria y doctrinal, añadiéndole, sobre el índice de materias, otro de referencias biográficas e históricas, otro geográfico y otro gastronómico y culinario.

No es cosa sencilla *hacer literatura*, en el mejor sentido de la frase, con guisotes, picadillos, reposterías, tartas, mermeladas y mistelas. Mucho más difícil es cautivar el interés del lector, que no sea cocinero profesional o ama de casa (y sobre todo si tiene hábito de buenas lecturas) con obra destinada a tales ingredientes y otros análogos.

Y sin embargo ambas cosas se logran en este libro singular, que saborea con deleite el hombre más apartado de los recursos del fogón, el más exigente en seleccionar lecturas, y que prende la curiosidad de quien se asoma a sus páginas, llevándole al final con ávida atención y sin sombra de fatiga. Son secretos del *savoir faire*. Dionisio Pérez es un cocinero literario habilísimo. Sabe dar a sus platos el preciso punto de sazón, el grado exacto de condimento, para que sean a la vez nutritivos y sabrosos. Salpimenta lo que es menester, y tiene la *salsa* necesaria (prosiguiendo estos *tropos* de cocina económica). Su libro es una visión plena, cálida y fervorosa de España en uno de sus aspectos, un cuadro geográfico, una evocación histórica, un archivo *folk-lórico*, un atisbo de psicología y un himno de patriota.

J. DELEITO Y PIÑUELA.



NAVARRO, JOSÉ GABRIEL. — *La Escultura en el Ecuador* (siglos xvi al xviii). Madrid, Antonio Marzo, 1929, 195 págs. + 2 hojas, 4.º

La esterilidad de los concursos oficiales es ya cosa sabida por todos. Pero esta vez ha dado un fruto que compensa con creces la persistente ausencia de ellos. Se trata del libro del Sr. Navarro titulado *La escultura en el Ecuador* (siglos xvi al xviii), trabajo premiado por la Academia de San Fernando en el concurso de la Fiesta de la Raza del año 1927.

El mencionado trabajo, en manuscrito, fué objeto de un dictamen del valor que el nombre del académico Sr. Orueta garantiza. Terminaba el Sr. Orueta su informe recomendando no sólo el premio al cual concursaba,

sino una recompensa extraordinaria, que se concedió por considerar dicho trabajo de mérito excepcional.

En efecto, el libro es de un gran valor por todos conceptos. Su estudio minucioso, detenido y bien documentado hace de esta obra un libro serio, de importancia enorme para el estudio del arte colonial en América, puesto que trata precisamente de su desarrollo en el foco principal del arte americano del Sur, en el Ecuador, que indudablemente fué, gracias a Quito, su capital, un centro creador y director del movimiento artístico sudamericano.

Consta la obra de diez capítulos, más un prefacio. En el capítulo primero trata el autor de valorizar el arte de su patria al colocarlo dentro del cuadro del arte americano en general, sobre el cual, dice el Sr. Navarro, ejerció un papel hegemónico el arte quiteño. Sólo queda al margen de esta influencia otro foco creador de gran empuje: el foco mejicano, el cual, reconoce el autor, «soporta la rivalidad artística del Ecuador».

Hace notar además que si bien hubo en la época colonial artistas notables en toda América, se presentaron tan esporádicamente que no llegaron a formar escuela o encauzar una corriente. «Sólo—dice el Sr. Navarro— puede vanagloriarse de ello el Ecuador, en cuyo seno tuvo el arte asiento permanente desde los primeros síntomas vitales de su capital, que registra una larga lista de pintores, escultores y arquitectos criollos formados, ya en las escuelas de arte de los franciscanos y jesuitas, ya en los talleres de «obradores» a donde concurrían por centenares mestizos e indios.»

Tras este capítulo de enfoque general vienen los demás, donde, con precisión de datos y abundancia de documento gráfico (187 figuras y xxviii láminas), estudia los excelentes ejemplos que el foco ecuatoreño guarda para gloria suya y de América, ejemplos verdaderamente asombrosos por su gusto y riqueza, como la iglesia de los jesuitas, «joyero de la escultura quiteña», la basilica de la Merced, la catedral y tantos conventos y parroquias que encierran, en arquitectura de gran importancia, obras de verdadero valor artístico en cuadros, esculturas, retablos y portadas.

Pero quizás mejor que una enumeración de obras sobresalientes, que aquí no puede hacerse, dará idea del libro y su contenido la transcripción de las cabezas de capítulo, las cuales nos ofrecen un esqueleto o armazón de la obra que reseñamos, cuyo contenido se nos ofrece a modo de programa.

Tras el prólogo y prefacio figuran los siguientes títulos: «Excelencia del arte colonial quiteño», «Factores que han concurrido a la formación del arte colonial en el Ecuador», «Formación del escultor quiteño, el gremio y el taller», «Caracteres específicos de la escultura quiteña», «Techos y artesonados», «Retablos», «Sagrarios, púlpitos, mamparas y mobiliario eclesiástico», «La escultura quiteña en piedra», «La escultura quiteña en la fabricación de loza en el siglo xviii», «Escultura en cera», «Los escultores quiteños» y «La iglesia de la Compañía».

Quizás el capítulo más enjundioso y doctrinal sea el dedicado a los caracteres específicos de la escultura quiteña, en donde, tras el estudio curioso y atrayente del taller de escultor, con sus trucos y técnicas, el autor entra a fijar los caracteres de la escultura quiteña, a la que, si bien la gran escultura peninsular dió los modelos, pronto aparecieron características

autóctonas, como es natural, dada la distancia de nuestro meridiano al quiteño y la abundancia de factores indígenas, que ya hemos visto fueron en el Ecuador más preponderantes que en ningún otro sitio de Sudamérica.

Particularmente interesante es el capítulo de la loza en el Ecuador, donde floreció una fábrica fundada en 1771 por el español D. Salvador Sánchez Pareja, y que produjo obras tan interesantes como la serie de figuritas de mulatos, vendedores, etc., y de piezas de «nacimiento».

La obra del Sr. Navarro es obra clave para la historiografía del arte americano, y debe ser en lo futuro un capítulo de la historia del arte español, que produjo en América obras de un valor artístico que a veces supera en mucho al metropolitano. Es necesario anotar la existencia de Murillos y Zurbaranes firmados en los conventos quiteños, patente demostración de los vínculos que en todo tiempo unieron el arte peninsular con el colonial. Asimismo es de gran interés hacer constar la intensa exportación de obras de arte ecuatoriano a las distintas regiones americanas, exportación que ha durado hasta la actualidad, en la que los núcleos artísticos creadores que las diferentes nacionalidades americanas se han esforzado en formar van cubriendo las necesidades del mercado sin necesidad de acudir a la fecundidad ecuatoriana, que los surtió durante siglos. El Sr. Navarro, que se encuentra entre nosotros estudiando el arte de la antigua metrópoli desde hace algún tiempo, promete nuevos e interesantes estudios sobre el arte de su patria.

A. GARCÍA BELLIDO.



ANDRÉ, MARIUS. — *Cantares*. París, Editorial *Le livre libre*, 1930.

Un vol., 75 págs.

Marius André, meridional de Francia, sintió terriblemente la atracción de España; y sus obras, las obras que publicó en vida, lo demuestran, pero mucho más un pequeño tomito que piadosamente su viuda acaba de dar a conocer.

Es un libro de cantares, escrito en castellano y con la traducción francesa enfrente.

¡Qué pasión por una tierra hace falta, no ya para vibrar con lo más sustancial de ella, con lo más profundo, lo de más largas raíces, sino para que brote de lo íntimo de uno mismo, en explosión, un grito que quiere ser el grito de esa tierra!

Porque Marius André no deseó hacer las coplas como entretenimiento de literato, sino como un español del pueblo. Saturado de aroma andaluz, removido hasta las entrañas, renació en aquel pueblo y lanzóse a cantar.

En un corto prólogo cita algunas magníficas coplas que oyó en Madrid.

Después vienen las suyas, y es realmente muy curioso leerlas. Se ve que perfectamente ha comprendido el mecanismo de la copla, lo mismo en

su forma externa que en su contenido, y hasta en el género de asuntos y metáforas más corrientes.

He aquí algunas:

«El arroyuelo que corre | del peñón a la pradera, | dice que no hay flor que valga | la boca de mi morena.

Me quedé en el cementerio | toda una noche sin luna, | y vi brotar dos luceros, | amor mío, de tu tumba.

Calla, serrana, si quieres; | yo no te pregunto nada, | porque en medio del silencio | te ha traicionado tu cara.»

Claro que entre estos cantares, que él no corrigió antes de su publicación, hay algunos que a un oído español le parecen duros o faltos de alguna sílaba, y otros que a veces nos hacen pensar en la imposibilidad de conocer una lengua extranjera y una vida extranjera en sus detalles.

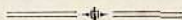
Así, por ejemplo:

«Los turrónes de Gijón | a mí me parecen agrios, | desde el día que cogí | la granada de tus labios.»

Pero es una tentativa tan amorosa, tan fiel a su objeto, que rinde a todo crítico.

La edición, sencilla, elegante y clara, realizando este milagro de que un libro publicado en París pueda ser norma de libros publicados en España.

M. NÚÑEZ DE ARENAS.



SUBIRÁ, JOSÉ. —*La participación musical en el antiguo teatro español.*

Publicaciones del Instituto del Teatro Nacional de la Diputación de Barcelona. Barcelona, 1930, 102 págs., con nueve ejemplos musicales.

He aquí de qué modo empieza el docto musicógrafo Vicente María de Gibert el extenso artículo que a esta obra dedicó recientemente en el diario *La Vanguardia*, de Barcelona:

«Después de los dos recios volúmenes consagrados a la tonadilla escénica, y en espera del tercer volumen de la misma obra, que nos ofrecerá una selección de textos musicales, hemos leído, a modo de deleitable *intermezzo*, un trabajo de José Subirá... que fué leído por su autor en noviembre último en una sesión organizada por el susodicho Instituto, intercalándose en la lectura un cierto número de ilustraciones musicales por demás curiosas y de valor intrínseco.

Este trabajo, como lo da a entender su título, consiste en una ojeada dada a los orígenes y al desenvolvimiento del elemento musical en la escena española. Ya sabemos que Subirá domina la materia y la ama; y así como semejante dominio le permite llevar a fondo sus estudios, como lo ha demostrado en *La música en la casa de Alba*, y en la obra ya citada sobre

la tonadilla, permítele asimismo hacer un resumen, a la vez rápido, jugoso e instructivo, de un largo proceso musical, que no otra cosa podría realizar aquí, dada la índole de este escrito.»

Hemos creído oportuno recoger una opinión ajena y absolutamente desinteresada al considerar que la disertación de Subirá se apoya preferentemente —y por lo que respecta a cuatro capítulos de una manera exclusiva— en los fondos musicales de la Biblioteca Municipal de Madrid, que nuestro colaborador viene estudiando, desde hace un par de lustros, con tanto cariño como tenacidad. Fruto de esas investigaciones son las noticias, en parte inéditas y en parte ofrecidas anteriormente como primicias a los lectores de esta REVISTA, que alberga el folleto publicado por el Instituto del Teatro Nacional. Nos consideramos dispensados de elogiar a su autor, con quien están ya familiarizados nuestros lectores, y por tanto, en cumplimiento de nuestras tareas informativas, resumiremos aquí el índice de materias.

La participación musical en el antiguo teatro español desarrolla su contenido en ocho capítulos, los cuales examinan sucesivamente la intervención musical en los antiguos misterios y representaciones, en las églogas de Encina, en la producción escénica de los siglos XVI y XVII (señalando al por menor las zarzuelas y óperas calderonianas) en las comedias con música, los sainetes líricos, las tonadillas escénicas, los melólogos y las pantomimas del siglo XVIII. El postrer capítulo está dedicado a enaltecer dos compositores catalanes de música teatral que gozaron de sumo prestigio en Madrid durante la segunda mitad del siglo XVIII: D. Luis Misón y D. Pablo Esteve.

Entre los trozos musicales incluidos en el volumen figuran un «cuatro» de la ópera calderoniana *Celos aun del aire matan*, con música del maestro Hidalgo; una «marcha fúnebre» de la comedia con música *El castigo de la traición* (Esteve); un minué y un fandango de la tonadilla *Lo que pasa en la calle de la Comadre* (Misón); una melodía de la zarzuela *El tío y la tía* (Rosales); un «adagio» del melólogo *Guzmán el Bueno* (letra y música de D. Tomás de Iriarte), y una «marcha» de la pantomima musical *El asalto de Galera* (Laserna).

M. M.



GALLEGO BURÍN, ANTONIO.—*Pedro de Mena y el misticismo español*.

Granada, tipografía y litografía de Paulino Ventura Traveset, 1930; 28 págs. + 19 láms. (Sep. del *Boletín de la Universidad de Granada*, núm. 7, 1930).

En 1926, precisamente en esta misma REVISTA, se reseñaba otra obra de este fino erudito en arte, que es el catedrático de la Facultad de Letras de la Universidad de Granada, Gallego Burín.

Se trataba de su *José de Mora*, biografía de lo más acabado que hemos leído.

1930. *Pedro de Mena*. Otro *imaginero* español. De los *imagineros* españoles que, a decir de Renán, dan el equivalente — el único posible — de los escultores griegos.

Pedro de Mena. ¿Fué maestro de José o rival de Bernardo de Mora, padre de José? Gallego Burín, en un capítulo de su obra anterior dedicado a la imaginería española en sus diversas regiones, parece señalar esta sucesión: Alonso Cano; Pedro de Mena y Bernardo de Mora, discípulos; José de Mora, discípulo de su padre y de Pedro. Nosotros antepondríamos a la escala otro nombre, Martínez Montañés. Y el entronque está hecho. Pudo ser, en efecto, maestro y rival de José de Mora. Lo que *no pudo es morir* en 1639, como se asegura en uno de los apéndices a la traducción española del *Apolo*, de Reinach (1).

Existe una obra fundamental para el estudio de Pedro de Mena. Obra que agota todas las certezas y todos los aciertos. La de D. Ricardo de Orueta y Duarte. [Vid. *La vida y la obra de D. Pedro de Mena y Medrano*. Madrid, imprenta de Blass y Compañía, 1914.]

Gallego Burín, por ende, no pretende hacer de su breve monografía nota de más en el mismo sentido. Pero creyendo el profesor de la Universidad granadina que el misticismo español —ascetismo, insinuaríamos nosotros—, está plasmado, como en ninguna otra, en la inspiración de Mena, traza, de maestra mano, una original suposición, ya sospechada por el Sr. Beruete y compendiada en este párrafo: «Si el arte del siglo xvii es nuestro arte propio por excelencia, y si, como el de ningún otro tiempo, se mantiene con la savia puramente indígena y simboliza de manera plástica el modo de pensar y sentir esta sociedad apartada, el artista que va a ser objeto de este trabajo, Pedro de Mena y Medrano, es, o por lo menos así me atrevo a creerlo, el más profundamente español de todos aquellos escultores, y el que más sinceramente encarna el espíritu y el carácter del ambiente social que respiraba» (2).

Los siglos xvi y xvii fueron para España de consecuencias ineficaces. Los dos *tipos* originalmente españoles, el místico y el pícaro, dan la medida del desastre de nuestra capacidad económica. El místico desprecia el oro. El pícaro lo dilapida. Pero desde luego el místico es la figura culminante de la época. Acaso por un anhelo de consecuciones eficaces e inmortales. Por ello dice Gallego Burín que de nuestras artes era la escultura la que más vivamente podía herir con sus elementos de forma la retina y los sentidos todos de aquel pueblo de hondas admoniciones espirituales. Y la escultura fué la esencia religiosa popular. Las características de este arte y del misticismo venían a ser idénticas. Popular y realista la mística. La escultura, realista y popular.

Pedro de Mena, temperamento tan opuesto al de su maestro Cano —francamente tan *italiano*—, fué el artista más profundamente sentimental y lírico. Estas dos cualidades, lirismo —todos los místicos lo fueron en la literatura— y sentimentalismo —de él se desbordan el rey y el villano—, forman como el marchamo espiritual de aquellas centurias españolas. Por

(1) *Apolo*. Cuarta edición. Librería Gutenberg, 1921, pág. 427.

(2) Obra cit., pág. 23.

eso Pedro de Mena se nos antoja el *más nuestro* de nuestros escultores. La obra general rebosa tristeza. No tristeza dolorosa. No peripatetismo a lo Zurbarán o Valdés Leal. Tristeza tranquilamente triste. Tristeza profundamente serena. Acaso tristeza un poco *entontecida*.

De toda la obra de Mena cree Gallego Burín que dondè mayor se acusan sus características —vigor, emoción— es en las series franciscana y alcantarina y en la interpretación de la Magdalena. El San Francisco de la sillería del coro de la catedral de Málaga, el de la catedral de Toledo; el San Pedro de Alcántara, propiedad del conde de Güell; el del museo de Barcelona, el del convento de San Antón de Granada, el San Diego de Alcalá del mismo convento, la Magdalena del museo del Prado, dan la medida de estas aseveraciones, que reputamos atinadísimas.

El catedrático de Granada dedica en su monografía sendos capítulos al misticismo español, a la escultura religiosa y a la obra de Pedro de Mena, seguidos de varias notas, llenas de oportunidad.

Acompañan e ilustran el trabajo varias láminas: una de la Dolorosa, tres de San Francisco, cinco de San Pedro de Alcántara, dos de San Diego de Alcalá, una de San Francisco de Borja, otra de San Ignacio, dos de la Magdalena y dos de Santa María Egipciaca.

S. DE R.



ARTIGAS FERRANDO, MIGUEL y SÁINZ RODRÍGUEZ, PEDRO.—*Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*. Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A. Madrid-Buenos Aires, 1930. Un vol. en 8.º mayor, 253 págs. + 1.

La opulenta literatura española, tan prolífica en muchos géneros literarios —verbigracia, el teatro—, y creadora de otros peculiares suyos, como el romancero y la novela picaresca, por ejemplo, adolece, en cambio, según se oye continuamente, de una colección epistolar digna de ella, equivalente a las que poseen otras literaturas, especialmente la francesa. Empero nada menos cierto que semejante tópico.

En primer lugar, no carecemos en absoluto de cartas más o menos literarias, impresas, sino que existen, y de interés. Recuérdense siquiera los dos tomos de *Epistolario Español* contenidos en la nunca bastante alabada *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, donde aparecen muestras valiosísimas y variadas de este género literario, y se verá lo infundado de tal aseveración. Y en segundo lugar, conviene advertir que la mayoría de la correspondencia de los más célebres personajes de nuestra historia permanece aún desperdigada, cuando no inédita y olvidada, en archivos hostiles a toda investigación, o perdida en un mar de papeles semicatalogados, si estos archivos son asequibles, o simplemente desdénada por los investigadores, que suponen la historia todavía como un

conglomerado confuso del que hay que ir destacando individuos, en vez de formar con ellos la historia. Para estos *historiadores*, que desestiman el detalle significativo y sincero, deslumbrados por el hecho visible, a menudo formulariamente diplomático, los epistolarios tienen interés muy relativo o carecen de él. Prefieren pintar, con ostentoso colorido y retórica hueca, una batalla, un tratado, sin penetrar en el espíritu de los protagonistas ni en el ambiente de la época. Y aun además intentan hacer frecuentemente la semblanza de éstos, deduciéndola a veces de aquel hecho, con la misma eficiencia histórica que el más insignificante de los coetáneos, cegados por lo aparente y ciegos ante lo cierto.

Así, pues, no es extraño que epistolarios curiosísimos y bellos permanezcan desconocidos. Su valor histórico pocos lo estiman, y su importancia literaria ha de parecer escasa en un país donde todavía una parte de la literatura está inédita, otra, mayor, en impresiones rarísimas, y otra, muy extensa—vergonzosamente extensa—, sin estudiar ni poco ni mucho. Mientras por nuestra historia sigan paseándose seres burdamente enmascarados, o continuemos admitiendo como fidedignos los juicios temerarios formulados erróneamente por quienes tuvieron como fuentes únicas la referencia de enésima mano o la leyenda amanerada y cursi, los epistolarios—como los documentos, los textos auténticos y originales, y toda base sincera—no aportarán realmente utilidad alguna.

Sin embargo, este triste estado de cosas—producto de haber tomado algunos lo malo y no lo bueno del siglo XIX—tiende a desaparecer rápidamente. La juventud intelectual, la de *ahora*, sabe abrirse paso por sí misma y enfrentarse con la verdad directamente. Trabaja en los archivos y en las bibliotecas, no en los despachos con notas tomadas por otros, a menudo erróneamente. Van por el camino que ya marcó con firmes pasos el maestro incomparable D. Marcelino Menéndez Pelayo conocer por sí mismo las obras, los documentos y sobre ellos ejercer la crítica, penetrante y sincera; hacer historia pura y perdurable, sin política ni *bellezas* de lenguaje. Por eso, quienes han seguido su escuela, son *ahora* jóvenes también intelectualmente, y publican obras de la importancia de *La España del Cid*, de D. Ramón Menéndez Pidal, tan moderna en la técnica como el gigantesco trabajo *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, de D. Angel González Palencia, valor preeminente entre los nuevos maestros universitarios, por no citar sino los autores de los libros de este género más recientes.

Pues bien, el *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, publicado por los Sres. Artigas y Sáinz Rodríguez, es de esas obras que han de considerarse inestimables quienés, como ellos, pertenecen al grupo aludido últimamente.

Dudo que haya aparecido hace mucho tiempo colección de cartas más sugerentes y amenas, y al mismo tiempo más rica en datos de interés que esta correspondencia cambiada entre el inmortal novelista y el creador de nuestra historia literaria. Hubo de concurrir para ello—aparte la valía de las dos figuras tan excepcionales—la feliz circunstancia de haberse conservado en la biblioteca de D. Marcelino gran parte de las cartas aludidas, que ha aumentado con un generoso donativo D. Ignacio Batier, hasta formar el extenso epistolario de que vamos a ocuparnos.

Nada más distinto—como ya advierten en su erudito prólogo los editores—que las vidas de Valera y Menéndez Pelayo, y nada más interesante—añado yo—que el retrato sincero y espontáneo de cada uno de ellos contenido en estas páginas íntimas, en las cuales no aparecen acaso tan distantes de pensamiento ambos críticos.

Los dos «grecolatinos y clasicotes hasta los tuétanos», según dice el propio Valera; liberal—no tan avanzado como se creía—éste, conservador—no tan *neo* como algunos quieren—D. Marcelino, y admiradores fervientes de nuestras letras y españolísimos en sus opiniones uno y otro, habrían de coincidir—y coincidieron—en muchos puntos de sus respectivas ideologías, siempre llevados de la justicia de hombres de bien y de la crítica erudita y certera.

Presentado Menéndez Pelayo a Valera cuando vino a estudiar el doctorado de Filosofía y Letras en Madrid, ni la diferencia de años—Valera tenía más de cincuenta cuando conoció a Menéndez Pelayo, de poco más de veinte—, ni sus tendencias políticas distintas, ni aun la disparidad de vidas—D. Marcelino, el retraído por el intenso trabajo intelectual, y D. Juan, «el cortesano ejemplar de la España del siglo xix»—fueron bastantes para impedir una amistad que gradualmente fué aumentando hasta llegar a una franca intimidad. No obstante, apenas se conocía esta interesantísima evolución, que hoy podemos seguir paso a paso a través de las páginas prologadas bellamente por los Sres. Artigas y Sáinz Rodríguez.

El número de cartas de Valera y de Menéndez Pelayo es muy desigual. De D. Marcelino no hay más que diez y nueve, al par que las de Valera llegan a ciento cincuenta y siete. La causa de esto es que Menéndez Pelayo enviaba periódicamente a Santander sus papeles y libros, y con ellos las cartas que iba conservando, y Valera, en cambio, por sus continuos viajes diplomáticos y particulares, que le obligaban a cambiar de residencia muy a menudo, no era el más indicado para conservar documentos, que por otra parte, carecían de la estimación de que hoy gozan. A pesar de ello puede perdonársele al autor de *Juanita la Larga* esta negligencia, ya que casi suple las noticias contenidas en las perdidas cartas de D. Marcelino con el cuidado que pone en responder punto por punto a ellas en forma tan expresiva como ingeniosa.

La primera carta (28 de septiembre de 1877) es de Valera, y también las que siguen hasta después de un año justo en que aparece la primera de D. Marcelino (28 de septiembre de 1878). Llevan ya dos años de amistad, y Menéndez Pelayo muestra la influencia social de D. Juan Valera, su mentor en la vida, como Laverde lo había sido en la ciencia.

En esta ocasión el hombre de mundo, asiduo concurrente a los salones aristocráticos de toda Europa, que le abría su carrera diplomática; conversador inimitable, admirado por el elemento femenino, que le rodeaba de un prestigio de conquistador afortunado, «con la aureola de una pasión romántica por un amor imposible»; el novelista de moda, cuya *Pepita Jiménez* recorría en triunfo el mundo entero, hubo de ser la guía espiritual y discreta de aquel «estudiantón ensimismado y poco atento al aliño de su persona», sólo pendiente de los libros, de pluma ágil, pero de lengua torpe, que apenas había salido de unas cuantas tertulias provincianas o eruditas y que conocía el mundo punto menos que de oídas. Valera le había adentrado poco a poco

en aquella vida luminosa e inquieta, mostrándole el valor de una sonrisa y la fuerza de una ironía, y le había presentado *Aglayas*, *Corinas*, *Raqueles*, *Rodophis*..., y aquella *Lydia* a quien llegó a ofrendar sus versos latinos y castellanos el joven literato montañés.

Ha pasado algún tiempo y Valera interviene en las oposiciones de Menéndez Pelayo a la cátedra de la Universidad Central. Le ofrecen la presidencia del tribunal, que rechaza en un principio por delicadeza, teniendo en cuenta su amistad con el opositor; pero acaba por aceptarla ante el temor de que se la dieran a Campoamor, «bárbaro extravagante y enamorado de Sánchez Moguel», el contrincante más temible por su mano izquierda, o a otro semejante, pues sabía por experiencia la injusticia de aquellos jueces, que «se inclinan siempre al sol que más calienta». «Me van a desollar vivo», comenta; «yo estoy seguro de mí en cuanto a la buena y recta voluntad». «Me siento con bríos hasta para dejar a usted en segundo o tercer lugar si llego a creer que lo exige así la justicia», escribe a Menéndez Pelayo. «Canalejas y Sánchez Moguel han venido a visitarme y recomendarse ellos mismos.» «A Sánchez Moguel ya le conocía, y en cuanto al Sr. Canalejas me ha parecido presumidísimo, cosa que en mi sentir desgracia mucho cualquiera prenda que pueda tener.»

Al mismo tiempo da cuenta a Menéndez Pelayo de todos los acontecimientos literarios más interesantes de Madrid; su traducción del *Fausto* de Goethe, cuya belleza se muestra en las canciones de Brander y Mifistófeles en la taberna de Averbach, que incluye en una de las cartas; el acertado plan de una monumental *Historia de España* que le han encargado, etc.....

Más adelante Valera aparece de ministro de España en Portugal, tronadísimo de dineros, pero representando dignamente a su patria, sin perder por los apuros económicos aquel aire de gran señor que siempre tuvo. Entonces es D. Marcelino el que ha de hablarle de Madrid y de su vida cultural, inolvidable para Valera. Este le relata, con la gracia y amenidad que le son características, sus impresiones de Portugal, el trato que sostiene con los hombres más notables de allí, las publicaciones que aparecen y pueden interesar a Menéndez Pelayo, sus preocupaciones familiares, sus proyectos, etc..... Le pregunta por sus amigos comunes, la Academia Española, las tertulias literarias, la del conde de Cheste, la *Sinagoga* de los Baüer, el *Museo Alejandrino* de Pidal..., y *Rodophis*, *Lydia*.

Menéndez Pelayo contesta a todo como Dios le da a entender, y aun interesándose por ello; pero más atento siempre a sus continuos estudios, con que va formando la historia de la cultura española. De vez en cuando concede alguna parte de su querido tiempo a los encantos de aquella vida, tan admirablemente comprendida y juzgada por Valera; pero al punto vuelve la vista a sus libros, y quiere recuperar el tiempo perdido, amontonando en sus cartas datos y noticias valiosísimas, entresacados de los trabajos que le ocupan por entonces. Además aprovecha la estancia de Valera en Portugal para pedirle libros de allí, que D. Juan le remite en un gran cajón.

Por fin acaba la embajada de Valera en Lisboa, y después de una corta temporada que pasa en Cintra, Madrid y Doña Mencía, recibe el nombramiento de ministro de España en los Estados Unidos, y a ellos parte el autor de *Pepita Jiménez*, después de pasar por París y Londres.

La primera carta escrita desde Wáshington se refiere a su llegada al país y la impresión que le produce. D. Marcelino habrá de continuar informándole de los sucesos de Madrid, donde Valera ha dejado a su familia, y se reproducen casi las noticias de las cartas anteriores, aunque diferentes y relacionadas con distintas personas; noticias de gran interés, pues resultan unas verdaderas efemérides de la vida literaria y política madrileña.

Valera, por su parte, se dedica a poner a Menéndez Pelayo en comunicación con la literatura americana, como antes le había puesto en contacto con la portuguesa. Le habla de los escritores yanquis, de los poetas, de la traducción al inglés que está haciendo él mismo «a ruegos de la miss más sabia y más desatinada y extravagante que se puede imaginar», de la edición de sus poesías que han de hacerle en Madrid, de las ciudades que visita, «de anacrónicos amoríos, tan fuera de razón y tan desatinadamente vencidos», de las cuestiones diplomáticas y políticas hispanoyanquis, etc.

Dos desgracias de carácter diferente, pero no por eso desiguales en sentimiento, afligen a Menéndez Pelayo y a Valera por esta época. La muerte de Milá y Fontanals, el insigne erudito y crítico, maestro de don Marcelino, y la muerte de Carlitos, el hijo mayor de Valera. Ambos se comunican tan tristes nuevas, y se consuelan mutuamente con su inquebrantable amistad, en cartas admirables.

«La muerte de mi pobre Carlitos, escribe Valera, ha despertado mi actividad, con el deseo de distraerme de la gran melancolía que va apoderándose de mí, y porque además esta muerte, que anda tan cerca de mi corazón, me hace pensar en la mía y sentir con más ahínco que nunca el deseo de no *morir del todo* cuando muera, y de lograr que me sobreviva y quede por estos mundos lo más lozano y mejor de mi espíritu, cuando hasta lo más lozano y mejor, como retoño del cuerpo, se me va antes de que el cuerpo se me vaya.»

La correspondencia acaba con una carta de D. Marcelino. Cuando llega uno a ella no puede menos de lamentar que no continúen estas conversaciones íntimas, que reflejan tan fielmente los espíritus de sus autores; documentos preciosísimos además para el estudio de los últimos años del siglo XIX, por las innumerables noticias de todo género contenidas en ellos.

Imposible es aludir siquiera a los datos más importantes; pero no quiero pasar en silencio dos clases de éstos, de excepcional interés: los relativos a la marcha de las obras de Menéndez Pelayo y Valera, que permiten seguir paso a paso la producción literaria de cada uno, y los juicios críticos referentes a escritores coetáneos suyos, hechos con la sinceridad y crudeza que permiten las cartas privadas, sin la sujeción de la imprenta. En muchos casos coinciden más con la opinión actual que con la de entonces, incluso la que hacían pública ambos, más por prudencia que por hipocresía.

«Harto sabe usted como yo—escribe Valera a D. Marcelino—que las poesías políticas de Núñez de Arce, sin excepción, son artículos de fondo de periódico, declamatorios y huecos, con metro y rima.» «Los *Gritos del combate* son filfa, y hasta el título es risible por lo *pretencioso* sin fundamento.» «Acabo de leer en los periódicos un nuevo *pequeño poema* que pasma, enamora y seduce. Se titula, creo, *Las mujeres y las flores*, o algo así. Muerde de *cursí*, de falso sentimentalismo y de prosaísmo ridículo en

la exposición, que quiere pasar por sencilla y es afectada; los *pequeños poemas* me hacen el efecto del *Observatorio rústico*, de D. Gregorio Salas, si el *Observatorio rústico* fuese más gringo y menos castizo.» «... las cosas de Ayala [Adelardo López de Ayala], que fuera de España, y de los que admiran sus ojos y sus bigotes, no se pueden aguantar; *Clarín*, a pesar de sus manías, es de lo que más vale», etc., etc.

Y D. Marcelino asiente cuando escribe a Valera: «Campoamor ha leído en el Ateneo dos o tres poemas absurdos y necios, en unos versos que parecen prosa. Núñez de Arce ha escrito otro, *La pesca*, mejor versificado, pero sin interés ni pasión de ningún género, mero ejercicio retórico. En los dos tomos de Manuel del Palacio hay buenas cosas.» «... *La Regenta*, de *Clarín*, donde, como usted verá, se anuncia un grandísimo talento de novelista, en medio de ciertas inexperiencias y rasgos de mal gusto.» «Se acaban de publicar en un volumen las poesías de Ayala. ¡Qué colección de pobreza y de tonterías!», y así otros muchos ejemplos.

Es de lamentar que las conveniencias sociales y políticas—esa política nefasta e inútil del siglo xix—impidieran la publicación de estos juicios, que hubieran evitado la existencia de tantos falsos prestigios, dejando acaso lugar a otros valores verdaderos oscurecidos en aquella época, y hoy los de mayor interés para nosotros.

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS y PEÑA.



COLECCIÓN DE PLIEGOS SUELTOS, AGORA DE NUEVO SACADOS, recogidos y anotados por Vicente Castañeda y Amalio Huarte, del Cuerpo facultativo de Archiveros-bibliotecarios. Madrid, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1929.

D. Vicente Castañeda, el ilustre secretario de la Academia de la Historia, y D. Amalio Huarte, el inteligente bibliotecario de nuestra Nacional, han lanzado al público un admirable libro.

Reproducción exacta de pliegos sueltos, de letra gótica, con preciosas figuras; agrado de los ojos, alegría de la inteligencia.

Por múltiples conceptos hay que agradecerles su gesto. Los pliegos sueltos de la época de que se trata, siglo xvi, son rarísimos. Unicamente en contadas bibliotecas pueden contemplarse, y los bibliófilos que poseen alguno son excepcionales. El libro de Castañeda y Huarte nos trae a las manos la magnífica ilusión de una gran riqueza que se nos entrega.

Pero no sólo desde un punto de vista bibliófilo puede contentar el volumen. Ha de ser, como es intención de los colectores, maravilloso instrumento de trabajo para conocer y ahondar en nuestra historia.

Pliegos sueltos, poesía popular surgida del pueblo, realista, detallado-

ra, picante e ingenua, nos retrata como ninguna un momento de nuestra vida pasada.

Sueñan los autores con aportar decidido material para trabajos como los bellísimos de Langlois, el hasta hace meses director de los Archivos Nacionales de Francia, que supo utilizar poemas e historias novelescas medievales para poner en relieve las principales ideas y los más salientes ideales de los tiempos antiguos.

Mas no sólo con una finalidad erudita o histórica se puede leer el tomo. El puramente aficionado o curioso ha de hallar en sus páginas de qué quedar prendado.

Hay coplas satíricas, socarronas, alegres, desenfadadas; hay romances nobles; hay poesías de amor de finísima emoción; hay discursos de honda filosofía moral. No he de citar ninguno, porque ello me llevaría a citar demasiados; tan frecuentes son el gracejo, la burla, la reflexión sensata, el alarde heroico o la triste melancolía.

En un prólogo breve y sustancioso han ceñido sus propósitos Castañeda y Huarte. En él sitúan, con escrupulosidad de conocedores, cada uno de los pliegos que editan. Después los describen por el orden en que aparecen en el libro.

Tres índices completan la introducción: de autores de los pliegos, de composiciones incluídas y de primeros versos.

Hay veintiséis pliegos, de gran variedad de temas y de tonos; se citan quince autores y comprenden ochenta y cinco composiciones.

La edición está perfectamente cuidada y puede citarse como ejemplo.

M. NÚÑEZ DE ARENAS.



CARAYON, MARCEL. — *Maîtres des littératures: Lope de Vega*. París, Rieder, 1929. Un vol. de 88 págs., con 60 láminas en hueco-grabado.

La casa Rieder, de París, es una de las editoriales de más amplia visión, de mayor campo de publicaciones. En bloque aparece como más inclinada a abrir el horizonte francés que a laborar en el suelo propio. Ha vertido en el mercado innumerables obras de escritores extranjeros. Y no sólo los ha dado a conocer en libro, sino también en la revista que edita, *Europa*, donde colaboran continuamente hombres de todos los países. Sentido internacional, aunque no internacionalista; sentido de izquierda democrática y pacifista. Entre sus directores de conciencia figura en primer término el noble Romain Rolland. Sus columnas se honraron en momento crítico con unas palabras valerosas de nuestro Alomar.

Pero no únicamente en el espacio pretende ser universal, sino también en el tiempo. A esta aspiración corresponden varias colecciones de arte,

de música, de religión, de filosofía, y la última que ha comenzado, la de *Maestros de las literaturas*.

Tres volúmenes han aparecido de esta serie: *Shakespeare*, *Balzac* y *Lope de Vega*.

Propónense dar a conocer en breves páginas la vida, la esencia de la obra, una sucinta bibliografía y una colección de estampas aclaratorias o reveladoras.

Vivimos la hora del triunfo de la imagen. Llegaremos quizá a asombrarnos de que un libro pueda no estar ilustrado. Pero si esta concepción moderna puede a veces antojársenos absurda, en este caso de las biografías la creo acertadísima. En nuestro deseo de mejor comprender a un autor, se nos figura que por lo menos su retrato físico nos es imprescindible.

Y cuánto mejor si disponemos de la efigie de los que le han rodeado, de las mujeres que amó, de los sitios de su predilección, y también de sus odios, de sus repugnancias.

Así, esta iniciativa de la casa Rieder la elogio sin reservas.

Por otra parte, el resumir, siempre que la labor esté realizada honestamente, la biografía y la obra de un escritor, es propaganda segura para un mayor conocimiento directo de los escritos que se han indicado.

Empeño de sugerir, de despertar curiosidades, empeño saludable.

El tomo de Lope de Vega ha sido encomendado a un joven catedrático, traductor de Blasco Ibáñez, de Pérez de Ayala, de Ors.

La vida tan frondosa de Lope y su enorme producción hacían difícil una breve reseña que fuera a un tiempo fiel, clara y completa en lo esencial.

El Sr. Carayon ha realizado con rara fortuna su empresa y merece sinceros plácemes.

La biografía de Lope está además escrita de una manera viva, agradable, amenísima. Es una deliciosa narración.

En la segunda parte, destinada a analizar la obra, considera primero la labor no escénica y luego la dramática. Termina con una breve conclusión.

En este examen de la obra quizá, a mi entender, se ha dejado conducir demasiado por trabajos recientes, que no es que me parezcan mal, pero que por ser recientes exigen al ser utilizados el acompañamiento de las razones que modifican un punto de vista anterior, y quizá también han influido en él los ecos del centenario de Goya para hallar una trabazón entre el pintor y el poeta.

Mas esto son mínimos reparos tratándose de una obra de conjunto, y no disminuyen su mérito. Son puntos de vista.

Al trabajo del Sr. Carayon acompañan 60 láminas en huecograbado, muy interesantes; conocidas de los especialistas, son completamente nuevas para el público francés. Retratos de Lope, de amigos y enemigos suyos (error en el que figura como de D. Juan Ruiz de Alarcón); vistas de Madrid, de Segovia, de Salamanca, de Toledo; reproducción de viejas estampas, de portadas, etc.

M. NÚÑEZ DE ARENAS.

MARKOFF, ALEXIS. — *Historia de Rusia*. Barcelona... Editorial Labor, S. A. 1930. 219 págs., con 69 figuras + 16 láms. + 2 mapas, 8.º, mlla., tela.

No sabemos hasta qué punto una cordillera —nombre: los Pirineos— puede escindir un territorio de un continente —España, de Europa—. La necia frase «África empieza en el Pirineo», de nada sirve sino de revulsivo histórico. Pero sí creemos, por el contrario, en las inmateriales barreras, de imposible franquicia, que el carácter, la religión, las costumbres y el *atavismo amarillo* de unas hordas —la Rusia hasta el siglo XVII— levantan ante el avance fecundo de una civilización: la de Occidente, blanca, rubia y expresiva.

La historia de Rusia hasta el año 1613 es la historia de una sucesión de tribus bélicas y de «gens» paganas.

Alexis Markoff, autor de esta breve *Historia de Rusia* que nos ofrece la casa Editorial Labor, ha sabido dar una apaisada sensación de película a los motivos moscovitas de todos los tiempos.

Alexis Markoff marca con singular tino las causas que más pueden haber influido en el «atraso continental» de Rusia: primero su vasta extensión territorial, y segundo, el clima, tan opuesto al benigno que influye en el Occidente europeo. Clima del que dijo el historiador Schmurlo: «La naturaleza, madre cariñosa para el hombre occidental, se convierte en madrestra para el habitante de Rusia.»

Acaso una razón más —de peso, sopesada— sea la que dió el profesor de la Universidad de Burdeos, Denis: el rastro sanguíneo, la decadencia mental del mongol y el carácter pasivo del primer elemento de orden, el variego, a quien los fineses llamaban «russ».

De esta primera *gran edad* rusa, en la que se suman la antigua y media de los pueblos occidentales, apenas si se destacan la hegemonía de tres grandes ciudades—*Kiev*, con su «Duma» y sus «Zácupî», gente semiesclava, el mujick primitivo; *Luzdalovm* y *Moskva*— y el advenimiento de varios príncipes un poco de melodrama: Rurik, Lineus y Triwor, jefes variegos, verdaderos cazadores de tribus para formar la masa proletaria; Igor, sin otra representación que la musical de Borodine; Iván IV, el terrible escarneo de boyardos, primer zar absoluto, un poco el Barba Azul de cualquier *leyenda moscovita*; Boris Godunoff, Dimitri Zarevich, el príncipe verdadero, que pudo ser un falso príncipe, religioso, católico y sentimental.

Alexis Markoff señala el advenimiento de los Romanoff como el momento en que Rusia se advierte europea. En efecto, un rápido interés europeo se enseñoorea en la tierra rusa. Gustavo Adolfo de Suecia se apodera de Novgorod. Y ya entonces surge como un precursor de las máximas teorías actuales del comunismo Stenka Razin, cosaco en tiempos del zar Alexis, cosaco y orador, cosaco y repartidor de las riquezas, cosaco y doctrinario de ensangrentadas doctrinas, cosaco y decapitado, cosaco y aureolado por una leyenda póstuma.

Desde luego los momentos rusos más interesantes son los reinados de Pedro I, Catalina II, Alejandro I, Alejandro II y Nicolás II. Decimos los más interesantes desde un punto de vista *européo*. Pedro I es el monarca *del siglo de oro guerrero* que todas las naciones occidentales han admirado: Carlos I de España, Isabel I de Inglaterra, Luis XIV de Francia y Federico II de Alemania. Catalina II representa los motivos feministas en auge, y como la doble seducción del sexo y del talento. Nuestra Isabel inglesa. Catalina de Médicis, francesa. Alejandro I es... la reminiscencia napoleónica. Austerlitz, Tilsit, Moscú. Reminiscencia tam bién en todos los estados occidentales.

Alejandro II inicia las sugerencias nihilistas, la literatura *tendenciosa* y los presidios de la Siberia. Alejandro II liberta a los campesinos, abole las penas corporales..., pero... El ideario de los nuevos ciudadanos era turbio. Bakunin, Nichaeff, Herzen traducían las apetencias económicas europeas. El terrorismo explota. Trae forma de bomba. Y una de las víctimas, Alejandro II.

Nicolás II conoce el esfuerzo belicoso de 1914. Antes también había conocido el de 1904. Y en 1917 la amargura de una abdicación vergonzosa.

Es lástima que Alexis Markoff cierre su *Historia de Rusia* cuando se inicia en ella la etapa más interesante para el mundo de la ideología, el comunismo, la obra rusa por excelencia.

La *Historia de Rusia* se completa con una final situación estadística del imperio ruso desde los tiempos de Pedro el Grande hasta 1917.

Territorio, población, iglesia, moralidad pública, salud pública, instrucción, comunicaciones, comercio, hacienda... No muy pertinente a la Historia, pero sí a la curiosidad del lector.

S. DE R.

NOTICIA

El 16 de junio próximo pasado fué presentada a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando una moción del ilustre crítico musical y académico D. Miguel Salvador, cuyo objeto principal era hacer llegar al Municipio un justo elogio y una felicitación autorizada a D. Víctor Espinós a propósito de la labor por él desarrollada al frente de la Biblioteca Circulante Musical.

Se hace en dicha moción historia circunstanciada del desarrollo de la referida institución y de la excelente gestión del Sr. Espinós, llamando justamente la atención sobre el carácter de expansión y divulgación de los conocimientos musicales que esta Biblioteca realiza.

La moción fué unánimemente aprobada por la Academia, que dió además al Sr. Espinós las gracias por el envío del catálogo y los apéndices recientemente publicados.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA

Generalidades

1.951. *Bibliografía madrileña*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VII, 1930, págs. 221-224. V. núm. 1.900.

1.952. Répide, Pedro.—*Madrid*, en *Libro de oro Iberoamericano*. Catálogo oficial y monumental de la Exposición de Sevilla, tomo I, páginas 567-571.

Escritores madrileños

1.953. Altschul, A.—*Browings «Fra Filippo Lippi» und Lope de Vega*, en *Archiv für das Studium der Neueren Sprachen und Literaturen*. Braunschweig, Berlin und Hamburg, CLVI, 1929, págs. 250-253.

1.954. Araujo-Costa, Luis.—*Quevedo*, en *La Epoca*. Madrid, 31 mayo, 1930.

1.955. Baig Baños, Aurelio.—*Ante el aniversario de la muerte de Cervantes. El mayor homenaje para las letras cervantinas*, en *El Liberal*. Madrid, 18 abril, 1930.

1.956. Baig Baños, Aurelio.—*Ideario de Cervantes*. Madrid, Imprenta Gráfica Literaria, 1930, 2 vols., 19 cm., 8.º mlla.

1.957. Bello, Luis.—*Larra y Martínez de la Rosa*, en *La Esfera*. Madrid, 19 abril, 1930.

1.958. Bouvier, R.—*Quevedo «homme du diable, homme de Dieu»* [Première partie: *L'Homme et l'œuvre*. Deuxième partie: *Les plus belles pages de Quevedo*]. *Le monde vu du dedans et du dedans et du dehors. La fortune raisonnable. Poèmes*. Traduction de M. Jean Camp. Paris, H. Champion [1929], 371 págs., 8.º

1.959. Casaldueiro, J.—*Acotaciones al «Burlador de Sevilla» [de] Tirso de Molina*, en *Die Neuren Sprachen*. Marburg, XXXVII, 1929, págs. 594-598.

1.960. Castro, A.—*Cervantes o człowieku i zyciu*. Przegląd Współczesny, VIII, 1929, págs. 337-353.

1.961. Castrovido, Roberto.—*Larra y el pueblo de Madrid*, en *La Voz*. Madrid, 17 abril, 1930.

1.962. Cervantes.—*El cautivo*. Edición de C. Pitollet. Paris, A. Hatier, 1926, III + 64 págs.

1.963. Cervantes.—*Le Captif*. Traduction nouvelle por C. Pitollet, avec des extraits de *Rinconete y Cortadillo*. Paris, A. Hatier, 1929, V + 66 págs.

1.964. Cirot, G.—*Encore les «Maris jaloux» de Cervantes*, en *Bulletin Hispanique*. Bordeaux, XXXI, 1929, págs. 339-346.

1.965. Coello y Olivan, R.—*Mil pensamientos de Cervantes, entresacados de todas sus obras y clasificados por orden de materias y conceptos*. Madrid, Espasa-Calpe, 1929, 260 págs., 8.º

1.966. Fernández de Moratín.—*Epistolario*. Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones [1929], 317 págs., 8.º

1.967. Gippini, José Enrique.—*Mujeres del teatro de Benavente. Rosina, de «La losa de los sueños»*, en *La Época*. Madrid, 5 abril, 1930. V. núm. 1.914.

1.968. González Palencia, A.—*La edición del «Quijote» con notas de Bastis*, en *Boletín de la Universidad de Madrid*, núm. V, 1929, páginas 542-545.

1.969. Larrubiera, Alejandro.—*Mariano José de Larra*, en *La Libertad*. Madrid, 13 abril, 1930.

1.970. Martín Arrabal, F.—*El alma de Cervantes. Espíritu moral y religioso reflejado en su vida y en sus obras*. Madrid, Edit. Luis Santos, 1929, 96 págs., 8.º

1.971. Mesonero Romanos, R. de.—*Cinco «Escenas matritenses»*, ed. with notes and vocabulary by W. J. Entwistle. London, Longmans, Green and Co., 1928, IV + 100 págs.

1.972. Montero Alonso, José.—*Al margen de la vida y de la muerte de «Figaro»*, en *La Libertad*. Madrid, 15 abril, 1930.

1.973. Romero Cuesta, José.—*La casa de Cervantes en Valladolid. Peregrinaciones cervantinas*, en *Nuevo Mundo*. Madrid, 30 mayo, 1930.

1.974. Rubio, F.—*El cardenal arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas y Miguel de Cervantes. Relaciones económicas entre ambos*, en *La Esfera*. Madrid, 31 de mayo, 1930.

1.975. San José, Diego.—*El último viaje de Cervantes*, en *El Liberal*. Madrid, 23 abril, 1930.

1.976. Soler, Luis.—*La casa de Lope de Vega*, en *Revista Diplomática*. Madrid, septiembre, 1929.

1.977. Téllez, Gabriel.—*Don Gil de las calzas verdes*. Comedia en tres actos, en verso. Madrid, Comp. Iberoamericana de Publicaciones, 1929, 224 págs., 8.º

1.978. [Téllez, Gabriel].—Tirso de Molina. *Los tres maridos burlados*. Con rasgos biográficos del autor, notas y comentario para el tercero y cuarto año de estudio, por María Clara Barbotti (con cinco grabados). Roma, A. Signorelli, 1930, 71 págs., 8.º

1.979. Vega, Lope de.—*Obras*. Publicadas por la Real Academia Española. Nueva edición. Obras dramáticas. Tomo VIII. [Prólogo de E. Cotarelo y Mori]. Madrid, Suc. de Rivadeneyra, 1930, XLV + 712 págs., 4.º Tomo X. [Prólogo de F. Ruiz Morcuende]. Madrid, G. Sáez, 1930, LVI + 738 págs., 4.º

1.980. Vega, Lope de.—*El acero de Madrid*. Con introduzione e note di P. Mazzei. Firenze, G. Le Monnier, 1929, XXXIX + 166 págs., 16.º

1.981. Vega, Lope de.—*Komödien*, Zum ersten Male ins Deutsche übertragen von Wolfgang Wurzbach. Wien und Leipzig, Hans Epstein, 1929, 364 págs., 8.º

Archivos, Librerías, Bibliotecas e Imprentas

1.982. Amarillos, C. de.—*La inseguridad del tesoro bibliográfico*, en *La Esfera*. Madrid, 8 marzo, 1930. [Trata de la Biblioteca Nacional].

1.983. Hemeroteca municipal de Madrid.—*Relación de las publicaciones periódicas que se reciben en la Hemeroteca en 1 de marzo de 1930*. Madrid, Imprenta Municipal, 1930, 38 págs., 23 cm.; 4.º

1.984. Huarte, Amalio.—*Orígenes del Archivo de protocolos de Madrid*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, VII, 1930, págs. 194-199.

1.985. Romano, Julio.—*Una gran institución municipal*, en *Nuevo Mundo*. Madrid, 16 mayo, 1930. [Trata de la Hemeroteca Municipal].

Bellas Artes, Artistas, Monumentos y Museos

1.986. Baños Fernández, Pedro A.—*Tres aspectos de la provincia de Madrid. El monasterio de El Pualar, Manzanares el Real, La sierra de Guadarrama*, en *Libro de oro Iberoamericano*. Catálogo oficial y monumental de la Exposición de Sevilla, tomo I, págs. 572-573.

1.987. Beroquí, Pedro.—*El Museo del Prado*, en *Boletín de la Sociedad española de excursiones*. Madrid, XXXVIII, marzo, 1930, págs. 33-48.

1.988. Canga Argüelles, Conde de.—*Alcalá de Henares*, en *Libro de oro Iberoamericano*. Catálogo oficial y monumental de la Exposición de Sevilla, tomo I, pág. 578.

1.989. Castro y Jarillo, Antonio.—*La sala de Goya del Museo de la Real Academia de San Fernando*. Madrid, Imp. Aldecoa, 1930, 6 hoj. + 12 láms., 8.º mlla.

1.990. Ezquerro del Bayo, Joaquín.—*El palacete de la Moncloa*. Madrid, s. i., 1929, 44 págs., 12 láms., 16.º apaisado.

1.991. Ezquerro del Bayo, Joaquín.—*El palacete de la Moncloa. Su pasado y su presente*. Madrid, Espasa-Calpe, 1930, 38 + 30 págs. + 52 láminas, 33 cm., fol.

1.992. García Sanchiz, Federico.—*Aranjuez o España sonríe*, en *Libro de oro Iberoamericano*. Catálogo oficial y monumental de la Exposición de Sevilla, tomo I, págs. 579-580.

1.993. Luceño, Tomás.—*Una función de gala en 1809. En los Caños del Peral*, en *Blanco y Negro*. Madrid, 11 mayo, 1930.

1.994. Mayral, José L.—*Estampas madrileñas. Las bodas de oro del teatro Lara*, en *La Voz*. Madrid, 27 marzo, 1930.

1.995. Soler, Luis.—*Estampas madrileñas. Las ermitas de San Antonio*, en *Revista Diplomática*. Madrid, marzo, 1929.

1.996. Soler, Luis.—*Estampas madrileñas. La Parroquia de San Pedro*, en *Revista Diplomática*. Madrid, junio, 1929.

1.997. Subirá, J.—*El cultivo del melólogo en España*. (Esclarecimientos históricos), en *Boletín Musical*. Córdoba, diciembre, 1929. [Da noticias sobre los fondos musicales de la Biblioteca Municipal de Madrid.]

1.998. Subirá, José.—*La participación musical en las comedias madrileñas durante el siglo XVIII*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VII, 1930, págs. 109-123.

1.999. Subirá, J.—*El pedantismo en el siglo XVIII*, en *Ritmo*. Madrid, 15 marzo, 1930. [Da noticia de una tonadilla inédita existente en la Biblioteca Municipal de Madrid.]

2.000. Subirá, J.—*La rehabilitación de un gran artista: Don Luis Misón*, en *Música*. Barcelona, enero, 1930. [Señala el gran auge que a la música dió en Madrid este artista hoy olvidado.]

2.001. Subirá, J.—*¿Fue «La Tirana» tonadillera?* (Esclarecimientos históricos), en *Boletín Musical*. Córdoba, febrero, 1930. [Da noticia sobre la vida teatral madrileña del siglo XVIII.]

2.002. Subirá, J.—*La zarzuela au XVIII^e siècle*, en *L'Opera-Comique*. París, 1 abril, 1930. [Da noticias sobre el cultivo de la zarzuela en Madrid.]

2.003. Subirá, J.—*Some New spanish Compositions*, en *The Christian Science Monitor*. Boston, 25 enero, 1930. [Da noticias sobre la música sinfónica en Madrid].

2.004. Romano, Julio.—*Galerías artísticas madrileñas. El palacio del duque de Alba es un palacio de arte*, en *La Esfera*. Madrid, 22 marzo, 1930.

2.005. Romano, Julio.—*Galería artísticas madrileñas. El conjunto de cuadros y las magníficas cerámicas de Don Félix Boix*, en *La Esfera*. Madrid, 29 marzo, 1930.

2.006. Zarco Cuevas, Julián.—*El monasterio de El Escorial*, en *Libro de oro Iberoamericano*. Catálogo oficial y monumental de la Exposición de Sevilla, tomo I, págs. 575-577.

Tradiciones, Costumbres, Folk-lore

2.007. Boix, Félix.—*El Prado de San Jerónimo. Un cuadro costumbrista madrileño del siglo XVII*. Madrid, Blass, s. a. [1930], 14 págs. + 5 láminas, 4.º

2.008. Deleito Piñuela, José.—*La vida madrileña en tiempo de Felipe IV*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VII, 1930, págs. 172-188, V. núm. 1.673.

2.009. López Núñez, Juan.—*Lo que va de ayer a hoy. La antigua Puerta del Sol*, en *Mundo Gráfico*. Madrid, 5 marzo, 1930.

2.010. San José, Diego.—*Estampas del Madrid viejo. El Carnaval de otros tiempos*, en *Nuevo Mundo*. Madrid, 7 marzo, 1930.

2.011. San José, Diego.—*Estampas del Madrid viejo. Hijosdalgos del hampa*, en *El Imparcial*. Madrid, 30 marzo, 1930.

2.012. San José, Diego.—*Estampas del Madrid viejo. El librero de la plaza de las Descalzas*, en *El Imparcial*. Madrid, 13 abril, 1930.

2.013. Velasco Zazo, Antonio.—*La Romería de San Isidro*, en *A B C*. Madrid, 11 mayo, 1930.

2.014. *Tertulias de café. Las «peñas» del Suizo*, en *La Esfera*. Madrid, 29 marzo, 1930.

Administración municipal, Instituciones y Servicios municipales

2.015. Velasco Zazo, Antonio.—*El Parque de Madrid*, en *La Esfera*. Madrid, 17 mayo, 1930.

Obras y proyectos. Planos y guías

2.016. Bayo y Timmerhans, Clara.—*Un parque destruido. «Pajaritos»*, en *La Epoca*. Madrid, 27 marzo, 1930. [Trata del jardín particular situado en las calles de Velázquez, Ayala, Lagasca y Don Ramón de la Cruz].

2.017. Gómez Renovales, Juan.—*El portillo de Gilimón*, en *Nuevo Mundo*. Madrid, 4 abril, 1930.

2.018. Martínez Angel, Manuel.—*El desarrollo urbano de Madrid y el problema de la localización industrial*, en *Arquitectura*. Madrid, XII, febrero, 1930, págs. 55-58.

2.019. Muñoz Monasterio, M.—*Plaza de Toros, de Madrid*, en *Arquitectura*. Madrid, febrero, 1930, págs. 35-42.

2.020. *Proyectos del aeropuerto de Madrid*, en *Ibérica*. Barcelona, XVII, 1930, págs. 178-181.

2.021. San José, Diego.—*Guía espiritual del Madrid viejo. La plaza de la Paja*, en *Mundo Gráfico*. Madrid, 2 abril, 1930.

2.022. San José, Diego.—*Guía espiritual de Madrid. La plaza de la Villa*, en *Mundo Gráfico*. Madrid, 7 mayo, 1930.

2.023. Soler, Luis.—*Estampas madrileñas. La plazuela de la Paja*, en *Revista Diplomática*. Madrid, abril-mayo, 1929.

2.024. Velasco Zazo, Antonio.—*La calle de Toledo*, en *La Esfera*. Madrid, 8 marzo, 1930.

IMPRESA MUNICIPAL